

# BOMBAY EXPRESS

UN THRILLER DE  
**DAVID  
RIBAS**

**ALFREDO DE BRAGANZA**

# **BOMBAY EXPRESS**



**ALFREDO DE BRAGANZA**

Título: *Bombay Express*  
© 2019, Alfredo de Braganza

De la maquetación: 2019, Romeo Ediciones  
Del diseño de la cubierta: 2019, Shutterstock  
Del diseño de la portada y edición: Autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

# ÍNDICE

## PRIMERA PARTE

### UN MUNDO PELIGROSO

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

## SEGUNDA PARTE

### UNA NUEVA MISIÓN

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

## TERCERA PARTE

### LA AMENAZA TERRORISTA

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

CUARTA PARTE

NO ES UN BUEN DÍA PARA MORIR

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[Sobre el autor](#)

[Otras obras del autor](#)

A Ariam y Dino, con cariño.

En memoria de José Antonio Bernal, sargento primero del Ejército del Aire, y de los siete  
agentes del CNI muertos en Irak:

Carlos Baró Ollero, comandante de Infantería; Alberto Martínez González, comandante de  
Caballería; Alfonso Vega Calvo, brigada de Infantería; Luis Ignacio Zanón Tarazona, sargento  
primero del Cuerpo de Telegrafistas del Ejército del Aire; José Lucas Egea, brigada de  
Caballería; José Ramón Merino Olivera, comandante de Infantería, y José Carlos Rodríguez  
Pérez, comandante de Infantería.

«Cuidaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces».  
Mateo 7, 15-20

«No es bueno ser soldado y tener conciencia».  
Leon Uris, *Éxodo*

**PRIMERA PARTE**

# **UN MUNDO PELIGROSO**

# 1

En Madrid, aquella tarde, aunque disponían de un sistema de reconocimiento facial, no sabían a quién buscaban. Pero Julián Fernández sí estaba seguro de dar la orden a sus agentes operativos para que neutralizaran a terroristas islamistas antes de que causaran daños a personas inocentes. Él era antiguo empleado del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) y ahora dirigía una nueva misión contra el terrorismo islamista, pero con la diferencia de que actuaba bajo el organigrama de otra organización, conocida entre sus empleados como el Cervantes. Trabajaba en la sede central de Madrid cuando el CNI sufrió el ataque más demoledor de su historia. Él fue el primero en visionar las imágenes de Sky News captadas en Irak que mostraban los cuerpos de siete compatriotas siendo ultrajados de manera tan vil. Al joven Julián aquellas imágenes se le quedaron grabadas para siempre. Era lo más aterrador que había visto en toda su carrera y le causaron una desolación absoluta.

Los siete agentes habían pasado toda la mañana visitando algunas instalaciones de la coalición internacional en la ciudad de Bagdad. Era hora de pensar en retornar hasta Diwaniya y Nayaf.

Allí se encontraba desplegada una brigada Plus Ultra del Ejército español en virtud de la resolución 1483 de las Naciones Unidas, que permitía que fuerzas militares extranjeras contribuyesen a la estabilidad y seguridad en Irak bajo la autoridad de Estados Unidos y Reino Unido.

Cuatro de los ocho agentes del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) acababan de llegar al país para sustituir en la misión a los cuatro anteriores. El grupo saliente, con mucha más experiencia, estaba realizando junto a sus compañeros una visita de aclimatación y reconocimiento sobre el terreno.

Los sustitutos habían llegado el 26 de octubre y los relevados volverían a casa a finales de año. El reloj marcaba las 14:30, hora local, dos horas menos en España.

Tras haber comido juntos, decidieron dar por concluido el trabajo del día y emprender el regreso a la base.

No era habitual que tantos miembros del servicio de inteligencia viajaran juntos, pero desde la sede del CNI en Madrid se había autorizado el desplazamiento de los ocho agentes. Alegaron que así sería más fácil afrontar cualquier imprevisto que si se trasladaban por separado.

Los agentes se distribuyeron en dos vehículos: un Nissan Patrol blanco y un Chevrolet Tahoe azul.

Decidieron adoptar ciertas medidas de seguridad, como viajar por la carretera secundaria y no por la autopista, donde los ataques se producían con mayor frecuencia.

Con los depósitos de combustible llenos para realizar las menos paradas posibles, llevaban siempre a mano sus armas de dotación, pues tenían asumida la reacción de protegerse unos a otros en caso de que ocurriera algo inesperado.

Los dos vehículos circularon por las calles de la capital iraquí hasta enlazar con la denominada «ruta Jackson», una carretera secundaria que une Bagdad con Diwaniya y Nayaf

atravesando numerosas poblaciones y aldeas.

Discurrieron casi en paralelo a la autopista, que en aquellos momentos se encontraba cerrada al tráfico rodado. Durante el recorrido, los dos vehículos permanecían en contacto a través de teléfonos vía satélite, cerciorándose de que todo estaba en orden y dando detalles de la situación y las zonas, así como algunos consejos.

Pasaron la ciudad Mahmudiyah, ubicada cuarenta kilómetros al sur de Bagdad, con una población estimada de 350 000 habitantes, y donde estaba situado un puesto de la III Brigada del 505.º Regimiento de la 82.ª División Aerotransportada estadounidense. Al ser sábado, tuvieron que atravesar lentamente la población porque su mercado se encontraba atestado de gente.

Eran las 15:22, hora local, cuando ya habían salido de Mahmudiyah. Los dos vehículos habían reducido notablemente la velocidad para atravesar otra población, llamada Latifiya, encuadrada en el llamado «triángulo de la muerte».

De repente, un vehículo tipo berlina de color blanco con cinco ocupantes en su interior se situó detrás del último todoterreno español, el Nissan Patrol, y comenzó a disparar con fusiles de asalto AK-47.

Las ráfagas de los kalashnikov alcanzaron de lleno en la cabeza del conductor español y a otro de los agentes, que resultó gravemente herido.

Los neumáticos del flanco izquierdo reventaron por el efecto de las balas y el vehículo circuló sin control hasta quedar parado en el arcén.

El coche de los terroristas continuó avanzando, y sin dejar de disparar en ningún momento, se colocó a la altura del Chevrolet Tahoe. Las balas alcanzaron también a su conductor, que murió en el acto, y a otro de los agentes, que recibió un impacto en el estómago.

El Chevrolet Tahoe de los agentes españoles comenzó a circular sin control, se salió de la carretera y, tras descender por un pequeño terraplén, quedó atrapado en una zona enfangada.

Eran las 15:25, solo habían pasado tres minutos desde el inicio del ataque y el convoy del CNI ya tenía dos víctimas mortales y dos agentes gravemente heridos.

En el interior del Nissan Patrol movieron el cuerpo sin vida del conductor a la parte trasera, y a pesar de tener las ruedas pinchadas, condujeron hasta alcanzar al Chevrolet Tahoe.

Se echaron a tierra y devolvieron el fuego con sus armas reglamentarias —pistolas y fusiles Steyr—, que nada podían hacer frente a los AK-47 de sus atacantes.

El coche de los terroristas se detuvo a unos centenares de metros, pero nadie desde el interior disparó ni se apeó del vehículo.

En esa pequeña tregua uno de los agentes españoles del Nissan se dirigió al otro todoterreno para evaluar la situación.

Decidieron contactar con el CNI en Madrid a través de uno de los teléfonos vía satélite. Avisaron de que estaban siendo atacados y pidieron apoyo, pero la comunicación se cortó sin que pudiesen indicar la ubicación en la que se encontraban.

Desde la azotea de dos edificios cercanos se reanudó el ataque con fuego de ametralladoras e incluso de lanzagranadas RPG.

Al mismo tiempo, desde la calzada, los terroristas se apearon de la berlina blanca, tomaron posiciones y comenzaron a disparar. Los españoles se encontraron en medio de aquel infierno insurgente y no tenían ninguna vía de escape.

Cuatro de los agentes del CNI respondieron como pudieron al fuego con sus armas reglamentarias, mientras que el resto intentaba mantener con vida a los dos heridos.

Eran las 15:32, hora local. Volvieron a contactar con el CNI en Madrid. Pidieron apoyo aéreo e informaron del número de víctimas mortales, pero la conexión volvió a fallar cuando iban a

facilitar sus coordenadas.

El cerco se estrechaba en torno a ellos. Eran momentos duros en los que los heridos iban cayendo uno tras otro.

Alertados de lo que estaba ocurriendo desde la oficina central de los servicios de inteligencia en Madrid, el acuartelamiento español en Nayaf envió varios helicópteros de apoyo, pero la misión resultaba prácticamente imposible, ya que no tenían las coordenadas de los agentes españoles y tendrían que buscarlos barriendo la ruta Jackson kilómetro a kilómetro.

A las 15:42 perdió la vida otro español.

Los agentes del CNI trataban de protegerse del intenso fuego que llegaba desde la azotea de los dos inmuebles. Decidieron que uno de ellos saliese a buscar ayuda.

El elegido cumplió la orden y entre disparos alcanzó la carretera en una zona lejos del alcance de los terroristas. Necesitaba hacerse con un vehículo para poder solicitar ayuda. Los iraquíes que contemplaban desde la distancia el terrorífico espectáculo repararon en su presencia, se bajaron de sus vehículos y empezaron a rodearle.

El español levantó su arma para efectuar un disparo disuasorio al aire, pero se le encasquilló. Se le echaron encima y él no podía hacer otra cosa que intentar protegerse inútilmente de los golpes.

Un hombre le quitó el arma y le apuntó a la cabeza mientras le dirigía insultos en voz alta. Intentó dispararle, pero el arma seguía encasquillada. Otra persona de la muchedumbre le arrancó una medalla de la Virgen que llevaba al cuello mientras proseguían golpeándole por todo el cuerpo.

Entre gritos, golpes y gestos, decidieron quitarle el cinturón para atarle las manos a la espalda. La algarabía lo arrastró por el asfalto e intentaron meterlo en el maletero de uno de los vehículos.

Cuando todo parecía perdido, un hombre delgado y bien vestido, abriéndose paso, se acercó al español y le dio un beso en la mejilla: un gesto árabe que denota amistad y apoyo. Se trataba de un notable de la zona. La turba se calmó y le dejó libre.

El magullado agente no perdió un instante y suplicó montarse en un vehículo con rumbo a alguna parte en busca de ayuda.

A los pocos minutos se cruzaba con un convoy de tres coches patrulla de la policía de Latifiya. Les paró y les explicó la situación. Los agentes iraquíes lo llevaron hacia su puesto de mando.

En esos momentos él no lo sabía aún, pero se acababa de convertir en el único superviviente del atentado contra el convoy de vehículos españoles.

Los agentes españoles lucharon heroicamente por sus vidas hasta que la munición que llevaban se terminó.

Apenas pudieron resistir media hora desde el inicio del ataque. El armamento del enemigo era mucho más mortífero. Sus coches fueron quemados y sus cuerpos ultrajados por una turba enloquecida.

Las imágenes de sus cadáveres captadas por la cadena británica Sky News dieron la vuelta al mundo, pero no fueron emitidas en España.

Fue una masacre cargada de incógnitas.

Aquel episodio impactó tanto a Julián Fernández que ahora, curtido en años, rodeado de sus empleados y frente a numerosas pantallas de ordenador e imágenes de Madrid proyectadas en pantallas gigantes, no podía evitar que reverberase aquel trágico suceso en su memoria.

## 2

El Centro Nacional de Inteligencia había sufrido el ataque más demoledor de su historia. Aquellos agentes arriesgaron sus vidas para proteger a las tropas españolas en apoyo a las fuerzas estadounidenses que invadieron Irak para acabar con el régimen de Saddam Hussein.

Muchos años después, un antiguo empleado del CNI dirigía una nueva misión contra el terrorismo islamista, pero con la diferencia de que actuaba bajo el organigrama de otra organización.

En su memoria no podía evitar que de vez en cuando reverberase aquel trágico suceso.

Se llamaba Julián Fernández y su imagen era muy distinta a la del joven administrativo que fue en sus comienzos como agente de inteligencia. Por aquel entonces trabajaba en la sede central de Madrid y fue el primero en visionar las imágenes de Sky News.

Cuando los terroristas se fueron del lugar del ataque, los habitantes del lugar se arremolinaron en torno a los vehículos. Para ellos se trataba de espías extranjeros y celebraron sus muertes bailando y pisoteándolos.

Al joven Julián Fernández las imágenes de los cuerpos de sus compatriotas siendo ultrajados de aquella manera tan vil se le quedaron marcadas para siempre. Lo más aterrador que había visto en toda su carrera, una impotencia y desolación absoluta sin ton ni son.

Se había convertido ya en un hombre curtido por la experiencia, un hombre de despacho decidido y fuerte que se lanzaba a la guerra contra el terrorismo sin titubear. Dirigía una organización secreta de inteligencia ubicado en un edificio en el que se podía leer en una placa Instituto Cervantes.

En Madrid, aquella tarde, aunque en el Cervantes dispusieran de un sistema de reconocimiento de rostros, no sabían a quién buscaban. Pero Julián sí estaba seguro de su predisposición a dar la orden a sus agentes operativos para que neutralizaran a terroristas islamistas antes de que causasen daños a personas inocentes.

Desde hacía días habían estado vigilando a una célula infiltrada en España. Sus intenciones eran hacer estallar explosivos en el metro de Madrid.

A partir de su experiencia personal, Julián se prometió a sí mismo no dudar un instante en tomar las medidas pertinentes que evitaran la muerte de inocentes.

Habían estudiado la posibilidad de cerrar el servicio de metro, pero no conocían la hora ni el lugar. Se estaban utilizando métodos de vigilancia fija, móvil y estática para controlar zonas de la ciudad y a varios sospechosos.

En la sala de operaciones, sentado frente a una serie de pantallas, se encontraba el *hacker*, genio informático y de análisis estratégico Varun Grover, de origen indio; a su espalda estaban Julián Fernández y Goyo Lebrede. Este último ostentaba el cargo de subdirector y encargado de la operación; apuesto y con mucha experiencia en su campo, por su aspecto habría estado más en su salsa en un catálogo de ropa de El Corte Inglés que en medio de un follón peligroso como en el que se encontraban.

A escasos metros, uno de los empleados situado frente a los monitores de pantalla plana, que

se encontraba peinando las estaciones de metro a través de las cámaras internas de seguridad, les llamó la atención e informó de la presencia de un posible terrorista.

Varun tomó nota del nombre de la estación, del número de la cámara y de su posición e hizo clic en el ratón, tecleando con rapidez sobre su consola.

En la pantalla aparecieron las imágenes del individuo: un hombre con una chaqueta holgada caminaba lentamente por el andén a la espera del tren.

—Por su lenguaje corporal hay algo anormal —dijo Varun en voz alta.

—Es evidente que procede de Asia o quizá de Oriente Próximo —comentó Goyo—. Nariz larga, no lleva barba, recién rasurado, piel de color café aguado.

—La chaqueta es demasiado grande. Muy ancha alrededor del torso. ¡Fíjate! —dijo Julián señalando al individuo en la pantalla.

Mientras tanto, Varun cotejaba el rostro en la base de datos. Tecleó con rapidez y en un lateral de una de las pantallas apareció la foto de perfil del sospechoso junto a una breve biografía: Amir Rabbani. 28 años. Nacido en Lahore. Miembro de la organización terrorista Milli Muslim League.

Goyo no esperó. Apretó un botón, se inclinó y habló a través de un micrófono.

En una furgoneta que circulaba por las calles de Madrid, la radio comenzó a emitir.

—Aquí Control.

Sentada en el asiento de copiloto, Laura García accionaba el transmisor y contestaba:

—Trafalgar a Control, te recibimos.

—El objetivo va a coger el tren en Alfonso XIII. Línea 4. Dirección Argüelles.

—Control, recibido.

Se encontraban en la Avenida de América. El vehículo se dirigió hacia la estación de metro más próxima: Prosperidad.

—Vosotros dos, os venís conmigo —ordenó Laura señalando a cada uno de ellos—. Alfa y el resto, quedaos en la otra salida por si el sospechoso sale huyendo.

A la altura de la boca de metro la furgoneta frenó en seco y, abriendo la puerta con rapidez, Laura salió y echó a correr escaleras abajo, seguida de los dos agentes. Mientras saltaba de dos en dos los escalones, insertó un pequeño auricular en su oído.

Los tres pasaron por encima de la barra de control como expertos practicantes de *parkour* urbano y siguieron abriéndose paso entre los pasajeros, que los miraron irritados e increparon a sus espaldas.

Las vías comenzaron a vibrar cuando llegó al andén. El tren salió del túnel y Laura vio al conductor y varios pasajeros de pie frente a las puertas mientras los vagones pasaban de largo. De inmediato, hizo un gesto a cada agente para que se situaran en las salidas del andén.

Goyo volvió a acercarse al micrófono, y observando las pantallas internas del metro, informó a Laura:

—Varón, aspecto árabe, de casi treinta años, vestido con una chaqueta deportiva ancha. Sin barba...

—Recibido —dijo Laura, interrumpiéndole y sin dejar de observar el convoy.

El tren se detuvo con un chirrido de frenos, las puertas se abrieron y decenas de pasajeros se aparearon. Laura permaneció de pie, atenta. Sus ojos de experta analizaban con rapidez el aspecto físico de cada persona, su vestimenta y su movimiento corporal.

Si el objetivo no saliese, ella tendría que entrar en el vagón y matarlo ante todos los pasajeros rezagados; no quisiera que sucediese, pero no habría otra alternativa para salvar vidas inocentes.

«Venga, sal», se dijo a sí misma. «Sal a Prosperidad». De entre un grupo de estudiantes salió un individuo que encajaba en el perfil de un terrorista. Los pasajeros chocaban con él al pasar de

largo, pero el hombre no reaccionaba.

Laura lo escrutó y supo, sin duda alguna, que se trataba de él. Las puertas se cerraron y el tren arrancó.

En el centro de operaciones del Cervantes escucharon su voz mientras contemplaban la pantalla.

—Lo tengo —confirmó.

Sacó la Glock y la mantuvo escondida en la espalda, bajo su chaqueta. Permaneció atenta al individuo, guardando las distancias.

—No va hacia Argüelles. Piensa actuar aquí. Quedo a la espera de luz verde.

Los últimos pasajeros ya se habían marchado escaleras arriba, pero el individuo quedó de pie con la mirada fija en la entrada de pasajeros al andén. Su mirada se cruzó con la de uno de los agentes apostado junto a la pared y con la mano dentro de su chaqueta.

En el Cervantes pudieron ver a través de otras cámaras internas que un grupo muy numeroso de pasajeros se aproximaba en sentido contrario y de manera apresurada al andén.

Inesperadamente, el sospechoso alzó la cabeza hacia los extremos del techo del andén, como si estuviera buscando algo con la mirada, hasta que se fijó en una cámara de seguridad. En el Cervantes vieron en una pantalla su rostro, sonriéndoles.

Con un movimiento de cabeza Julián asintió a Goyo, dando su aprobación.

—Trafalgar, luz verde —ordenó Goyo.

El terrorista comenzó a murmurar oraciones en voz alta mientras seguía mirando la cámara de seguridad. Se metió una mano dentro de la chaqueta.

A unos cinco metros de distancia, Laura adoptó la posición de disparar. Sostuvo su mano derecha sobre la izquierda y apuntó la Glock a la parte posterior de la cabeza del objetivo. Oprimió el gatillo y la pistola dio una sacudida. Una lluvia de sangre estalló. Disparó de nuevo inmediatamente sobre el cuerpo caído y fragmentos de huesos y sesos saltaron a la vía.

Los disparos retumbaron por los túneles y por la entrada y salida del andén. El ruido ensordecedor hizo que los primeros pasajeros que habían accedido al andén echasen a correr histéricos y gritando hacia la superficie.

Laura se apresuró a poner el cuerpo boca arriba. Abrió la chaqueta y dejó a la vista el chaleco explosivo visible para los artificieros que en breve se encargarían de desactivarlo. Le chequeó los bolsillos, en busca de pertenencias. No llevaba nada consigo.

No le había avisado. No le había dado oportunidad a rendirse. Lo había matado a sangre fría.

—Una magnífica actuación, Trafalgar —dijo Goyo por el micrófono—. Sal de ahí cuanto antes. Ahora llegará la Policía Nacional con los artificieros.

Laura ordenó a un agente que se quedara hasta que las autoridades llegasen. Mientras ella y el otro operativo salían con premura de la estación de metro por el lado opuesto de donde habían entrado, Varun recibía la ubicación del segundo grupo terrorista. Levantó la mano para llamar la atención y señaló hacia la pantalla.

Goyo se inclinó hacia adelante, y mientras escrutaba la pantalla superior, dijo:

—Control a Trafalgar.

Laura había salido de la boca del metro, donde la furgoneta Mercedes Sprinter modelo Furgón de color blanco le estaba esperando. En el costado ostentaba el nombre ficticio de una empresa internacional de paquetería.

—Te recibo —dijo Laura sentándose de un brinco en el asiento de copiloto, al tiempo que el agente operativo saltaba al interior de la parte trasera y cerraba la puerta corrediza.

—Dos individuos en un Ford Fiesta color naranja. Estacionado frente a la boca de metro de

Arturo Soria.

—Control, recibido.

### 3

David Ribas estaba sentado en un concurrido, humeante y aromático restaurante. Masticaba enérgicamente. Comía las verduras con curri usando trozos de *roti*, de harina de guisante, como si fuera una combinación de tenedor y cuchara.

Su nombre no aparecía en las columnas gastronómicas de los periódicos ni en ninguna guía turística. Ni siquiera en el Lonely Planet.

Era un restaurante frecuentado por vecinos y obreros. A pesar de que el lugar francamente daba una imagen cochambrosa y el ritmo de la vieja nevera de Coca-Cola contra la pared parecía errático, era el mejor sitio de Bombay donde servían comida casera; así lo consideraba el español.

Había una pequeña pero moderna pantalla de televisión colocada encima de la barra. Mientras daba órdenes a sus empleados, el gerente del local contemplaba al mismo tiempo cómo Aishwarya Rai movía las caderas en una escena de baile de una conocida película de Bollywood.

Limpió el resto de comida del plato con el último trozo de *roti*. Se levantó. Fue hasta la hornacina instalada en la pared posterior del local, donde había una pila, un grifo y un espejo. Se lavó las manos y la cara, expectoró y escupió ruidosamente en el lavabo, como hacían todos los hombres del restaurante al terminar una comida. Luego pagó y se marchó.

No había nada afortunado en que David siguiera vivo en una ciudad donde se fundía lo viejo con lo nuevo, donde distintas religiones y culturas coexistían con respeto mutuo, al menos de momento. Nada afortunado en haber experimentado en sus propias carnes la lacra del terrorismo.

Su mujer había sido asesinada hacía años por islamistas tras el asedio al hotel Taj Mahal Palace, donde 174 personas perdieron la vida y 327 fueron heridas. Aunque la mayoría de las víctimas fueron indios, los objetivos principales del ataque terrorista fueron estadounidenses, británicos, australianos e israelíes.

A él le dieron por muerto y fue rescatado por la jefa del crimen organizado en Bombay, conocida como Hassena *madame*.

Ella lo devolvió a la vida y lo protegió durante años. Pero el corazón del español se había vuelto frío, de hielo. La muerte le acechaba desde hacía ya tiempo. Sicarios contratados por personas muy poderosas eran enviados a la India con regularidad para matarle.

Hasta el momento la había esquivado, pero si algún día la muerte física le llegara, sería un alivio.

Cruzó la zona de Colaba dando un paseo. Había dejado la motocicleta Enfield cerca de Sassoon Dock con la intención de comprar pescado.

Pasó por debajo del arco principal de la entrada al viejo astillero construido en 1875, considerado en la actualidad uno de los muelles más antiguos en Bombay, donde se organizaba el mercado de pescado más antiguo de la ciudad.

El hedor de las gambas secándose al sol en montañas rosadas inundaba el agitado ambiente. Había gente por todas partes.

El español avanzó serpenteando entre varias mujeres vestidas con saris que llevaban cestos

cargados de pescado sobre sus cabezas. El embriagador salitre del mar le llenaba los orificios de la nariz.

Siguió abriéndose paso entre grupos de hombres, vestidos con el tradicional *lungi* alrededor de las caderas, que empujaban carros de madera en los que transportaban pescado entre hielo triturado en cajas de plástico amarillas, azules y verdes. En el borde del muelle un grupo de vendedores y subastadores gritaban al aire su mercancía.

En los muelles había grandes y coloridos barcos de madera, como los que habían navegado cientos de años atrás la costa Maharata, en el mar Arábigo. También grandes barcos de pesca de metal, con sus carracas oxidadas. Unos junto a otros, se movían como caballos sujetos a sus arneses.

Todo era inquietante. La cantidad de gente, la humedad, el fuerte olor a pescado, los incesantes graznidos de los cuervos, que parecían estar en todas partes, la cacofonía de las gaviotas, los gritos de los vendedores, todo era un frenesí continuo.

En constante vigilancia escudriñaba el muelle. Si había sobrevivido tanto tiempo en la India era gracias a su cautela. Nunca se sentía cómodo entre una multitud: creía ser vulnerable ante cualquier súbito peligro.

Un pescador, con la frente ancha y los labios curvados hacia arriba, le abordó tímidamente ofreciéndole *tambusa*, el pargo rojo indio, pero él negó con la cabeza y continuó su camino observando los productos frescos expuestos a la venta.

Compró varios brámidos, gambas, *rawas* para cocinar al curri y perca rosado. El vendedor, con chancletas, *lungi* y camiseta blanca de tirantes, satisfecho por la venta, le ofreció beber con él un té al tiempo que esbozaba una sonrisa de felicidad, dejando a la vista una fila de dientes ligeramente separados y de color marfil. David aceptó con agrado.

Tenía la piel arrugada y morena como el cuero ajado. Sacó de una bolsa de plástico un termo de metal y sirvió en dos pequeños vasos de plástico el líquido marrón. Tenía las manos nudosas y con endurecidos nudillos de tanto faenar en el mar.

Animado y entusiasmado, el vendedor le habló de los frágiles barcos que se aventuraban a navegar sobre olas montañosas, de los amigos que había perdido allí y del precio del pescado, que cada vez era más caro.

Entre sorbos de té masala, el español le preguntó por sus hijos. Con los ojos desvaídos por el sol le explicó que hoy en día los jóvenes olvidan su tierra y prefieren aviones que vuelan alto y trabajar en edificios donde hay aire acondicionado.

Cargado con las bolsas de pescado, dejó a sus espaldas los navíos agitándose en sus amarres sobre la suave marea.

Una vez que salió del mercado, compró bananas a una vendedora callejera. Mientras caminaba fue comiéndose una, lenta y metódicamente.

El calor del sol implacable caía a plomo sobre hombres, mujeres y niños. Había quienes caminaban protegidos por coloridos paraguas.

En una zona de obra en construcción, mujeres con los cuerpos erguidos como palos transportaban como funambulistas sobre sus cabezas cuencos metálicos llenos de grava. La forma en que mantenían el equilibrio y la entereza que mostraban ante el clima y aquel duro trabajo físico era impresionante.

Tras cinco minutos andando, guardó la compra en un compartimento lateral de su motocicleta Enfield Bullet. Puso la moto en marcha con el pie y se alejó rugiendo entre el serpenteante tráfico.

Conocida popularmente por su manejabilidad y su longevidad, la Enfield Bullet fue construida según el modelo original de 1950 de la British Royal Enfield. Una motocicleta cargada de una

peculiar idiosincrasia, basada en su estrecha relación de la máquina con el piloto, como la comprensión, la tolerancia y la paciencia.

Se dirigió hacia el sur, sorteando a miles de personas que se encaminaban a sus oficinas o labores cotidianas al iniciarse la semana.

El tráfico cada vez era más denso conforme cruzaba el área más transitada de la ciudad de Bombay. Los cláxones y el zumbido de los motores eran incesantes. Todos hacían sonar la bocina —coches, camiones, furgonetas, *autoricksaws*— como una forma de dar a conocer su posición, cambiar de carril y adelantar.

Los vehículos circulaban por la mediana, invadían el arcén e incluso se enfrentaban al carril contrario con tal de escapar del tráfico. Mientras, los transeúntes caminaban por el borde de la carretera sin prisa aparente, como si estuvieran en estado de gracia, dispuestos a irse a otra dimensión.

Llegó a un bungalow antiguo. Estaba apartado de la calle principal y la frondosa vegetación de alrededor hacía que la vivienda pasase desapercibida; era algo que le gustaba del lugar porque le ayudaba a pensar. Cruzó la entrada de gravilla y aparcó la moto.

La pintura exterior estaba desconchada. Era una edificación con diseño colonial, con dos columnas a la entrada y de una sola planta.

Conforme sacaba las bolsas de pescado, vio algo por el rabillo del ojo, un movimiento furtivo. Pudo percatarse de un hombre que camina con aire distraído frente a la vivienda. Aquella figura la había visto en el mercado de Sassoon Dock y evitaba mostrar su rostro bajo una gorra.

En su vida habían sembrado semillas de paranoia. Como experto en inteligencia, sabía que esto era un aspecto difícil de soslayar, ya que una mirada curiosa podría provenir simplemente de una mente observadora, sin aparente peligro, y un peatón podía ser un inocente transeúnte circulando por la calle.

## 4

En el interior del Ford Fiesta el conductor se giró y miró a su acompañante.

—Deja de temblar o la gente lo notará —dijo Mohammed con un tono de voz pausado.

—No puedo —respondió Akbar.

Akbar Malik no podía evitar su nerviosismo. Tenía un chaleco con explosivos abrochado con correas y hebillas. Sabía cómo activarlos, pero ahora no se encontraba tan seguro de sí mismo como en un principio se había mostrado, cuando se reunió con Mohammed en una mezquita de un suburbio de Barcelona.

Hacía dos meses escasos que estaba en España. Había nacido en el norte de Pakistán, donde había sido adiestrado en técnicas terroristas mientras estudiaba el Corán y los hadices, los textos sobre la vida del profeta Mahoma.

—Sí puedes —le conminó con dureza Mohammed.

Mohammed Mansuri era ciudadano español. Sus padres eran de Cachemira, al norte de la India, y habían emigrado a España, donde nacieron sus cuatro hijos. Mohammed era el mayor de ellos; era un forofo del Fútbol Club Barcelona y hablaba perfectamente catalán y español.

El Estado español había cuidado de la educación y la salud de los hermanos Mansuri e incluso les pagaba un subsidio cuando no les apetecía trabajar.

Ahora, Mohammed estaba dispuesto a morir y matar a tantas personas como pudiera. Había sido entrenado para la ocasión, siguiendo un curso técnico y de adoctrinamiento durante su última estancia en Pakistán.

Akbar abrió la boca, pero antes de que pudiera decir algo una furgoneta se detuvo bruscamente a escasos metros, con el fuerte ruido de sus neumáticos sobre el asfalto.

La puerta lateral se abrió. Cuatro personas con pasamontañas, vaqueros, pesados chalecos antibalas, zapatillas deportivas y empuñando pistolas se apearon apresuradamente de la furgoneta y rodearon al Ford Fiesta.

—¡No muevan las manos! —gritó Laura bajo su pasamontañas negro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Akbar temblando, sujetando el botón de la detonación en un extremo de un cable blanco.

Al contrario que Akbar, a Mohammed la muerte no le infundía temor porque, según le habían adoctrinado, le conduciría al sueño eterno. «La muerte de un *shahid* es recompensada con el paraíso eterno no solo para él, sino también para sus familiares», le dijo el imán de Barcelona en un español con fuerte acento catalán antes de viajar a Pakistán para su entrenamiento.

Mohammed cerró los ojos, volvió a abrirlos y expelió lentamente una bocanada de aire.

—Cuando se acerquen a ti —respondió—, aprieta el botón.

—¡Obedezca! —vociferó un hombre encapuchado.

—No disparen —dijo Mohammed levantando los brazos.

Un agente se aproximó y abrió la puerta del conductor, retrocediendo unos metros.

—¡Salga! —gritó.

—¡Esto es una equivocación! —replicó Mohammed.

Para los experimentados operativos, la expresión de su barbudo rostro y su tono de voz revelaban una amenaza y un estado de ánimo muy diferente.

—Las manos en alto y no haga ningún movimiento brusco —ordenó el agente.

—¡Nos acosan porque somos musulmanes! —gritó Mohammed—. Somos inocentes.

—Le he dicho que salga —insistió el agente.

Mohammed puso despacio la pierna izquierda sobre el asfalto, y cuando fue a poner la derecha, saltó al tiempo que levantaba un rifle que había mantenido escondido entre las piernas.

Se sentía orgulloso de morir matando por Alá, así que dijo:

—*Allahu...*

No le dejaron tiempo de acabar ni de que pudiese apretar el gatillo. Tres disparos le reventaron la parte superior de la cabeza, salpicando la carrocería del vehículo, donde buena parte de los sesos y fragmentos del cráneo se desparramaron.

Los hombros de Mohammed, de veintisiete años de edad, impactaron contra el suelo, donde recibió otro tiro en la nuca.

Mientras, la mujer ponía toda su atención en el hombre sudoroso sentado en el asiento de copiloto. Tanto a ella como al resto de los agentes les resultó evidente que portaba un chaleco explosivo.

—¿Luz verde? —le preguntó un agente dispuesto a abatirlo sin contemplación alguna.

—No. Lo quiero vivo —respondió Laura—. Llamad al equipo de artificieros.

Akbar se inclinó hacia adelante, levantó la cabeza y vio a su compañero tumbado en el suelo. Le faltaba un trozo del cráneo del tamaño de un puño.

Apartó la vista bruscamente. Se repantingó en su asiento y comenzó a respirar nerviosamente viendo al grupo armado con pasamontañas. Las lágrimas caían por sus mejillas.

—No disparen, por favor. No quiero morir —imploró con voz preñada de desesperación y chapurreando en inglés.

Aquel cambio de idioma y la falta de decisión dieron a entender a los avezados agentes que el muerto era el cabecilla y que el vivo era un lobo solitario al que le habían endosado los explosivos para inmolarse.

—Haz lo que te digo y no te pasará nada —ordenó Laura con un impecable acento inglés británico y abriendo la puerta. Su tono autoritario no dejaba dudas sobre quién mandaba y controlaba la situación.

Akbar puso los dos pies al mismo tiempo sobre el asfalto y con un leve movimiento salió del vehículo.

—Me llamo Akbar Malik. Iba a detonar esta bomba en el metro, pero ya no quiero hacerlo. Por favor, ayúdeme. No quiero matar a nadie.

Laura le hizo un gesto con la mano para que se apartase de la puerta. Con rapidez y cautela, los agentes inspeccionaron el interior del vehículo.

Al mismo tiempo, como si estuviesen cronometrados, otro agente con guantes de látex registraba con apremio las pertenencias del terrorista muerto y las metía dentro de una bolsa hermética de plástico.

—De rodillas —le ordenó Laura.

—No disparen. No quiero morir —dijo Akbar obedeciendo.

—Eso ya lo has dicho —dijo ella—. Vas a hacer lo que yo te diga y no te pasará nada, ¿me entiendes, Akbar? —le preguntó sonriendo con gesto tranquilizador.

—Sí —contestó; su rostro, completamente lívido, permaneció impasible mientras trataba de desentrañar el porqué de lo que aquella persona trataba de hacer, jugándose la vida.

—Separa los brazos del chaleco —ordenó ella de manera imperiosa. Se giró y preguntó a un agente—: Alfa, ¿qué pasa con los artificieros? ¿Están de camino?

—Negativo —respondió—. Están desplegados en otra zona, un equipo va ya hacia el metro de Prosperidad, y otro tardará un mínimo de veinte minutos en llegar hasta aquí. Nosotros no podemos esperar tanto. —Se acercó a Laura y susurró—: Es mejor que terminemos con él y nos marchemos antes de que se llene este lugar de polis y de gente grabando con móviles.

—No.

El resto de los agentes sacaba del Ford Fiesta varios fusiles de asalto y bolsas con munición y lo transportaban todo a la furgoneta.

Un agente muy alto y musculoso se acercó, de un bolsillo lateral de su pantalón sacó unas ligaduras de plástico y esperó a la orden de Laura.

—Akbar, mi compañero te va a sujetar las muñecas —le dijo mientras el agente le ataba las muñecas sin que opusiera resistencia—. Es por tu propia seguridad.

—No es necesario. No voy a accionar el detonador.

El agente se las ató ignorando sus palabras.

—¿Hay alguna trampa explosiva? —preguntó Laura señalando con el índice el chaleco.

—No, pero si no es detonado a mano, lo activa un temporizador.

—Es decir, solo tengo quitar los detonadores de los explosivos —dijo guardando la pistola y quitándose el pasamontañas.

—Y luego arrancar el reloj del circuito —añadió el terrorista más azorado que nunca al ver aquel rostro de mujer.

Laura habló a través de un micrófono adherido a la altura de su hombro derecho.

—Trafalgar a Control, ¿me recibís?

En la sala del Cervantes se escuchó su voz mecanizada.

Goyo se inclinó y tomó el micrófono.

—Trafalgar, te recibimos alto y claro.

—Control, es posible que pueda desactivar los explosivos.

Goyo se volvió y miró a Julián esperando una confirmación. Este movió ligeramente la cabeza de un lado a otro.

Goyo tomó de nuevo el micrófono.

—Trafalgar, negativo. Deja un agente operativo hasta que llegue el equipo de los TEDAX. Desaloja el área inmediatamente.

—Mierda —murmuró Laura.

Era consciente de la gravedad de lo que iba a hacer: desobedecer a sus superiores y poner en peligro su vida.

—¿Qué pasa? —preguntó Alfa.

—Voy a desactivarla.

—No eres artificiera. Ellos están de camino.

—No hay tiempo. Este hombre lleva un circuito secundario activado por un temporizador.

Alfa refunfuñó tras su pasamontañas, se lo quitó y dijo:

—Pues que se quede aquí solo el hijo de puta hasta que estalle en pedazos y se vaya al paraíso con sus setenta y dos vírgenes.

Laura lo fulminó con la mirada, y señalando a la multitud que se había agolpado a ambos lados de las aceras, ordenó:

—Alfa, cúbrete la cara y haz que todos ellos se dirijan a una calle más abajo. Acordonad el perímetro.

—Trafalgar, no somos policías. Eso lo harán los nacionales cuando vengan.

—¡Haz lo que te digo! —gritó.

La reacción de Laura había sido rápida y respondía a su inherente impulso de desdeñar la autoridad. Actuaba por instinto. Hasta el momento nunca le había fallado.

—De acuerdo —contestó Alfa cubriéndose de nuevo el rostro con el pasamontañas.

Alfa echó a correr junto a otro compañero hacia los curiosos y ambos les gritaron al tiempo que alzaban los brazos para que se alejasen.

Otro agente acordonaba la zona con una cinta gruesa de plástico negra y amarilla con letras rojas que ponía «Peligro. No pasar».

En la sala de operaciones, Goyo tomó de nuevo el micrófono.

—Trafalgar, ¿me recibes? ¡Trafalgar! ¡Contesta!

Laura desconectó la comunicación y en el Cervantes escucharon un clic. Aquello era un desatino que nadie podía imaginar.

—Pero ¡será posible! —espetó Goyo pegando una sonora palmada a la mesa, haciendo dar un respingo a Varun, que en ese momento conseguía acceder a las imágenes de los satélites y las cámaras de seguridad urbana en las pantallas de la sala de operaciones.

Todos alzaron la cabeza hacia la enorme pantalla plana superior de la sala, pendientes de lo que estaba sucediendo en aquellos momentos.

—No quiero hacer daño a nadie —dijo Akbar.

—Akbar, nadie va a morir. Tú no te muevas, que yo estoy aquí para ayudar.

El pakistani sonrió alegremente. El cabello, su rollizo rostro y el cuello de la chaqueta estaban perlados de sudor.

Llegó una patrulla de la Policía Nacional con el ensordecedor sonido de la sirena. Eran muy jóvenes. Alfa se aproximó a ellos, y como estaba entrenado para este tipo de situaciones, les enseñó una identificación falsa.

El avezado agente del Cervantes supo que su aspecto con pasamontañas intimidaba a los jóvenes policías, así que les ordenó que impidiesen a las personas entrar o salir de la vecina boca del metro. Los policías le obedecieron sin rechistar.

—Trafalgar, dos minutos y nos vamos —dijo Alfa—. La policía ya está aquí y pronto llegarán más.

Laura se puso de rodillas frente a Akbar y pasó las manos sobre el chaleco. Los explosivos estaban situados en la parte posterior. Los cables salían de la parte delantera.

Inclinó la cabeza hacia el pecho del terrorista estudiando los explosivos: eran diez kilos de Semtex rodeados de clavos en cuatro paquetes dentro de otros tantos bolsillos.

—Bien —dijo sonriendo, reclinándose y poniendo su rostro a escasos centímetros de la cara del terrorista.

—¿Bien? —preguntó Akbar bañado en sudor—. Si no consigues desactivarlo, explotará según está programado. Tú morirás.

Laura volvió a inclinarse, y sin pensárselo dos veces, tiró de un cable de la parte delantera, de la que salió un cilindro metálico delgado como un lapicero.

—Tengo cinco bolsillos —añadió el pakistani—. Me tienes que sacar cada uno de los detonadores.

Laura utilizó las dos manos para quitarle los detonadores y los cables del chaleco. De un bolsillo sacó un reloj digital y le arrancó los cables. La pantalla digital dejó de funcionar y el temporizador se detuvo.

Alzó el brazo para llamar la atención a su equipo.

—Ya está. ¡Vámonos! —ordenó poniéndose de nuevo el pasamontañas para que su rostro no pudiese ser captado por cámaras de móviles o por avezados ojos de civiles. Se levantó rápidamente del suelo y fue con determinación hacia la furgoneta.

Alfa y el otro agente de aspecto musculoso cogieron en volandas a Akbar, lo metieron en la furgoneta y desaparecieron del lugar.

Ya no se supo más del supuesto segundo terrorista detenido con vida. La Policía Nacional, investigadores y unidades antiterroristas de la Guardia Civil se alegraron de que aquel anónimo grupo de personas con pasamontañas hubiera evitado una vez más una masacre en la capital de España.

Quien se aventurase a investigar quiénes eran, se encontraría con trabas burocráticas y carpetazos oficiales.

## 5

David entró, cerró la puerta con el tacón y arrojó el pesado manojó de llaves sobre una fuente de bambú que había en la mesa del recibidor. Dejó las bolsas en la cocina y fue hacia el aparador del salón. Abrió un cajón y sacó una pistola, la cargó y se dirigió hacia la ventana.

Trascurrieron diez minutos sin que sucediese nada ni divisase al extraño. Se quedó cavilando sobre el lugar donde se hubiera podido esconder.

¿Formaba parte aquel hombre de una conspiración para asesinarle? David estaba convencido de que, una vez más, alguien había dado con él.

Observó de nuevo con atención el exterior. Una motocicleta pasó a gran velocidad y luego un ruidoso *autoricksaw*. Nada. No había nadie. «¿Y si me estoy volviendo paranoico?», se preguntó.

Se dirigió hacia la puerta posterior. Cuando la abrió y salió, un disparo dio contra el marco de la puerta. David corrió a refugiarse tras un árbol mientras el francotirador seguía acribillando la zona.

En cuclillas, respiraba pausadamente mientras observaba la densa línea de palmeras. Había un edificio a medio construir. Un lugareño le había comentado que la empresa constructora había abandonado el proyecto de edificar en aquel terreno.

Se había subido allí un día para contemplar el amanecer. De este modo, utilizó la memoria eidética para tener una idea bastante clara del lugar en el que se había situado el atacante.

Se levantó, salió corriendo y se metió entre los árboles en dirección al edificio. Una ráfaga de disparos se estrelló en las ramas, sobre su cabeza. «Tercera planta, balcón de la derecha», dedujo David.

Contó los disparos mientras corría a toda velocidad, abriéndose paso entre el ramaje. Calculó que el asesino iba a necesitar unos instantes para recargar el arma.

Llegó al edificio. Subió escaleras arriba. No había paredes, ni balaustradas, ni puertas.

Alcanzó con mucho sigilo la tercera planta. Allí vio a un hombre apostado junto a un bloque de cemento observando el exterior. Terminó de cargar el arma, se arrodilló y apuntó hacia algún lugar concreto de abajo, donde creía que había encontrado refugio. Estaba empeñado en acabar con él de un disparo.

Por su físico, era indudable que era extranjero, pero ¿quién era? Solo había una forma de saberlo.

Se acercó cautelosamente, pero el asesino debió de advertir su presencia, porque sin girarse golpeó a David con la culata de su fusil, cayendo de su mano la pistola. El hombre se volvió con rapidez para dispararle, pero David fue más rápido: le asestó un potente golpe en la nuez de Adán y quedó conmocionado. El español aprovechó el momento para noquearlo de un puñetazo.

Era un hombre con ojos oblicuos, nariz achinada y rostro enjuto, sin duda de algún grupo étnico ruso.

David cogió el fusil, vació el cargador y lo lanzó sobre las copas de árboles del exterior. Se acercó al desconocido y lo sacudió para que recuperase el conocimiento.

—¿Para quién trabajas?

El hombre lo miró con sus ojos achinados, impertérrito. David se inclinó y le apretó el cuello. El sicario le sujetó las muñecas. Empezó a asfixiarse.

—¿Quién eres?

El hombre hizo un gesto con la cabeza de asentimiento. David lo soltó. El hombre tragó saliva. Algo siniestro acechaba en sus pequeños ojos.

Percatándose de lo sucedido, David quiso abrirle la boca, pero ya era tarde. Se había tragado cianuro que tenía escondido en una cavidad de los dientes, perforado artificialmente.

El asesino esbozó una sonrisa extraña y luego hizo una mueca de dolor, sus ojos se dilataron, gimió; los labios y la barbilla se cubrieron de espuma y saliva. Su cuerpo sufrió convulsiones. Comenzó a tener arcadas, la agonía se prolongaba. Tras unos minutos de espasmos, adoptó súbitamente un aire de serenidad.

Cuando exhaló su último suspiro, David se levantó y se fue.

## 6

Al día siguiente por la mañana temprano una moto de color negro se dirigió hacia la entrada del túnel que conducía a un aparcamiento poco visible desde el exterior. Una placa exterior anunciaba: «Uso privado».

El motorista, vestido con ropa de cuero negro, sacó del bolsillo de su chaqueta una tarjeta electrónica, la introdujo y la verja se abrió. Una vez que se hubo cerrado a su espalda, condujo la moto unos metros hasta que quedó encerrada entre dos barreras metálicas de acero.

Laura se quitó el casco y miró el escáner de iris, la reja delantera se abrió y ella avanzó. Unos metros después hubo un nuevo examen, practicado esta vez por dos empleados armados. Le abrieron la tercera barrera con un sonido como el del cerrojo que se abría para hacer pasar un prisionero al interior de la mazmorra de una torre medieval.

Con el eco interior del ronroneo de la moto, aparcó en su plaza del aparcamiento de techos con olor a hormigón. Se encaminó hacia el ascensor. Había muchos coches de diferente gama a la vista. Sus pisadas resonaban en el techo y en las paredes.

Entró en el ascensor y salió en la planta primera, donde fue a la máquina dispensadora de café. Se puso un expreso doble. Lo iba sorbiendo mientras esperaba de nuevo el ascensor cuando recibió un mensaje en su móvil. Nada más leerlo resopló con disgusto.

Tras subir varias plantas, salió del ascensor, tiró el vaso vacío a una papelera situada en la entrada y caminó con el andar decidido por varias salas donde hombres y mujeres trabajaban ante monitores. Laura pudo oír el sonido de los teclados mientras pasaba de largo con el caminar rápido y decidido.

Algunas secciones estaban divididas en despachos acristalados. Allí había más ordenadores y pantallas que en una gran superficie dedicada exclusivamente a la venta de productos electrónicos.

La Agencia de Seguridad Nacional (NSA) estadounidense espiaba y fisgoneaba en todo momento a ciudadanos de otros países. Lo mismo hacían la Dirección General de Seguridad Exterior francesa y Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno (GHCQ) británico. Aunque fuesen países aliados, leían en todo momento correos electrónicos de personas de otros países, además de escuchar sus conversaciones telefónicas.

El Cervantes, provisto de un generoso presupuesto, no hacía menos, sobre todo en la búsqueda de palabras clave reveladoras.

Cogió otro ascensor interno, y una vez en la planta superior fue atravesando varias puertas dispuestas de una cerradura con teclado. Al llegar a la última, de nuevo con la aprobación del escáner de iris, entró en una zona amplia, semejante a otro departamento de ventas de una gran multinacional.

Atravesó aquella zona ajetreada donde cada persona estaba ocupada en sus quehaceres.

Saludó con la cabeza a Varun Grover, inclinado hacia adelante en su silla y que presidía un espacio de trabajo lleno de pantallas de ordenador y de productos electrónicos de última generación.

Su aspecto físico desentonaba con el del resto de empleados, y más aún su descuidada

vestimenta: llevaba zapatillas deportivas de lona, pantalones vaqueros gastados y una camiseta de Capitán América. Había delinquido durante mucho tiempo, desvalijando a empresas por toda Europa. Siguiendo el consejo de Julián Fernández, dejó atrás su vida delictiva y se aplicó para trabajar en el Cervantes. Una decisión de la que nunca se había arrepentido.

Al pasar junto a él, el indio alzó el pulgar y el índice unidos, pronunciando con sorna el mantra alargado *ommm*. Como solía pasar tras una operación como la sucedida el día anterior, el indio era conocedor del lugar de reunión que le deparaba a su compañera antes de volver a trabajar.

Sin aminorar sus pasos, Laura le respondió con una dura mueca antes de perderse por un estrecho pasillo lateral.

Llegó a un despacho situado al fondo y dio unos golpecitos en la puerta. «Adelante», se escuchó desde el interior.

Nada más entrar, un hombre de rizado pelo castaño canoso y gafas negras se levantó y le tendió la mano por encima del escritorio.

Laura le estrechó la mano vigorosamente y a continuación se sentó, dejando el casco de la moto sobre un rincón de la mesa. El hombre miró el casco y luego a ella. Laura lo cogió y lo puso en la silla vacía que tenía al lado.

—¿Qué tal estás?

—Estupendamente —respondió Laura con aire ausente, y luego, en un tono más exaltado cargado de ironía, añadió—: Fenomenal.

No era la primera vez que después de una operación peligrosa, en la que había habido muertos, se entrevistaba con él.

El hombre sonrió, fue a un rincón y añadió dos cucharadas de Nescafé a una taza.

—¿Seguro que no quieres leche ni azúcar?

—No.

—Doy por entendido que este no es tu primer café del día.

—Así es.

—El café reduce el riesgo de padecer la enfermedad de Alzheimer y ralentiza el deterioro de las células cerebrales, en especial las que se encuentran en las áreas del cerebro asociadas con la memoria. Pero estamos hablando de tres o cuatro tazas como máximo al día.

En otra taza sobre un platito puso una bolsita de té verde con limón. Dejó el café cargado delante de Laura y ella le dio las gracias. Él se sentó de nuevo en su sillón y sorbió el té sin quitar ojo a su visitante.

El despacho estaba revestido de estanterías cargadas de libros. La iluminación era tenue y de fondo sonaba una música suave instrumental de relajación con sonidos de la naturaleza, con la intención de aliviar el estrés y la ansiedad. Había una ventana cuyo cristal, como el del resto del edificio, era reflectante y a prueba de bombas.

—¿Te gusta matar?

Para ganar tiempo en ordenar sus pensamientos, Laura saboreó despacio el agrio quemazón del café. Sabía que no podía contestar a ninguna pregunta de manera confusa, ni mostrarse insegura, ni andarse por las ramas.

Estaba siendo especialmente analizada.

—Es mi trabajo. Y a mí me gusta el trabajo bien hecho. —Ladeó la cabeza y continuó con tono de aseveración en sus palabras—: Cuando no hay otra forma de proteger mi país, me he cobrado vidas. Tengo que salvar a personas que merecen ser protegidas de terroristas. Sinceramente, no me gusta.

—¿Qué te gusta?

—Me gustaría vivir en un mundo lleno de felicidad y de convivencia cívica, pero ese es un mundo ilusorio, una utopía, porque vivimos bajo la amenaza constante de los terroristas y mi labor es proteger a nuestros ciudadanos. Digamos que matar es un pecado y un crimen necesarios.

—O sea que disfrutas siendo juez y verdugo.

Laura rio con amargura. Se recostó en el asiento y observó detenidamente al hombre, de expresión adusta, que tenía sentado frente a ella.

Era Joaquín Núñez, el psicólogo del Cervantes, quien evaluaba a los agentes y realizaba un informe sobre si una persona era o no apta para ser destinada sobre el terreno y si estaba dañada psíquica o anímicamente o presentaba los más mínimos síntomas que pudieran galvanizarse posteriormente.

Tras un momento, cambió el semblante y frunció el ceño.

—Si te contesto con evasivas, malo. Si no lo hago alegando que dar explicaciones son una señal de debilidad, también malo.

Joaquín agito la mano con impaciencia al tiempo que se balanceaba en su asiento, expresando su desacuerdo con aquel giro que tomaba la entrevista.

—Vamos, Laura...

Ella ordenó sus pensamientos. Irse por las ramas o contestar de manera confusa iría en su contra. Era consciente de que a Joaquín, como excelente profesional, no se le escapaba nada.

—Es esta organización el juez y el verdugo, no yo. Yo cumplo un papel. El Cervantes decide quién debe morir y me lo dice.

—Me parece que no tuviste ningún problema en abatir a sangre fría al terrorista en el metro —dijo alzando la vista.

—Bueno, ya estamos —dijo Laura cruzándose de brazos—. He de recordarte que me dieron luz verde. Nosotros no llevamos a terroristas a punto de estallar unos explosivos adosados a su cuerpo ante la justicia. No tratamos con ladrones de bancos ni carteristas.

»Los terroristas islamistas no cometen un acto delictivo, sino un acto de guerra. No queremos meterlos en prisión, sino bajo tierra.

—Bien, me parece estupendo que obedezcas cuando te dan luz verde. Pero, entonces, ¿por qué no obedeciste a tu superior en el exterior cuando tenías que abatir al otro terrorista?

—Mi instinto.

—¿Cómo dices?

—Yo me muevo por mi instinto. En la situación sobre el terreno. Si en ciertas circunstancias mi instinto me dice que no obedezca órdenes, le obedezco a él.

—Lo que quieres decir es que ejerces un criterio propio.

—Así es.

—¿Y qué te dijo tu instinto en particular sobre ese terrorista?

—Que no lo matase porque nos sería útil.

—Ah, pero no obedeciste una orden.

—Hice lo correcto al no dispararle —dijo inclinándose hacia adelante y expresando su desacuerdo con aquel comentario

—¿Y no llegaste a pensar que los explosivos podían haber matado a los agentes que había a tu alrededor e incluso a tí?

—No creo que hayas dado en el clavo —respondió sonriendo.

—Entonces, contéstame.

—Supe que el terrorista no estaba dispuesto a detonar el chaleco explosivo.

—Pero accidentalmente pudiste haberlo hecho explotar, porque tú no eres artificiera.

—Doy por entendido que has hablado ya con Alfa.

—Puede que sí —dijo sorbiendo su taza de té. Quitó con delicadeza la bolsa enrollando el hilo en la cucharilla y la depositó en el plato.

—Salvarle la vida implicaría obtener una información crucial sobre la célula que lo había reclutado.

Joaquín se dio por satisfecho hasta ese punto. Ahora era el momento de indagar en la psique de la agente por otro lado.

—¿Cuál es tu opinión del islam?

—El islam significa sumisión —respondió Laura mirándolo fijamente—. Rechazan la belleza. Las mujeres deben estar cubiertas. Nada de adornos o maquillaje. Es un fanatismo monástico.

»Considera que Mahoma era el hombre perfecto, pero en verdad ha sido odio y violencia lo que ha predicado y creado años de suplicio. Alá es un producto de la mente desquiciada de Mahoma. Hay musulmanes moderados, pero poco o más bien nada hacen contra las mezquitas donde se predica el radicalismo.

»Y en España es una realidad que los musulmanes bien intencionados no hacen lo suficiente para señalar con el dedo a quien promueve el radicalismo. No tienen ningún problema en erosionar las tradiciones, la cultura y las libertades de nuestro país con tal de que sigan recibiendo subsidios y financiaciones públicas para sus centros de oración o simplemente para abrir fruterías o restaurantes.

»¿Para qué ir en contra si ya de por sí la palabra «musulmán» significa ‘el que se somete’? Europa es estúpida si no ve que el islam utiliza su tolerancia para islamizar. Porque, al fin y al cabo, la yihad en la senda de Dios es la cima del islam.

—¿Y sobre el Estado Islámico?

—Es un culto islámico a la muerte. Sus miembros no se creen en absoluto que están pervirtiendo el islam, sino purificándolo, y que sus salvajes actos son solo piadosos gestos a Alá. La única manera de mantenerlos a raya es evitando que no haya califato, y esto se consigue impidiéndoles tener un territorio.

»Sin embargo, su influencia e ideología la expanden a través de células terroristas infiltradas en Europa y con lobos solitarios a la espera de atentar contra el espíritu abierto y de libertad de Occidente.

»Y por cada fanático que matamos aparecen tres ocupando su lugar. Cuanto más crecen, más depravados se convierten. Ellos se creen que su paso por este mundo es simplemente fugaz y que todos sus actos, por pequeños que sean, desde comer, lavarse o vestir, son escaloncitos que se van ganando para ir al paraíso, la recompensa que añoran.

—¿Y cuál es la situación actual?

Laura arqueó las cejas y asintió con la cabeza como diciendo «sigues jugando con fuego, ¿eh?». Evidentemente, las preguntas eran intencionadas, ya que aunque Joaquín era sabedor de que estaba tocando temas en los que ella era una experta abrumadora, quería encontrar algún síntoma de desequilibrio en sus análisis.

—El extinto califato ha perdido el lucrativo negocio de los campos petrolíferos, pero se jacta de tener sus finanzas saneadas. Los secuestros, el tráfico de drogas a través de bien estudiados canales de distribución o los donativos también engordan sus arcas.

»Ha utilizado cuentas opacas a través de terceros, como de las Caimán, Liechtenstein o Suiza. Llegó a controlar un tercio de Irak y vastas zonas de Siria, pero actualmente ha comenzado a fortalecer sus células durmientes con el propósito último de que sus militantes actúen como

bandas criminales dispersas geográficamente.

—¿Tan fuertes los ves? Creo haber leído que los bombardeos de la coalición debilitaron su organigrama.

—Sí, pero todavía presume de una potente red de sucursales, desde Yemen o el Sinaí egipcio hasta Afganistán. Los estadounidenses se cargaron a un importante dirigente, Abu al Umarayn, involucrado en la decapitación de varios prisioneros, entre ellos su compatriota Peter Kassig.

»Sin embargo, el Estado Islámico está bien posicionado para reconstruirse y hacer que su califato resurja. Ha evolucionado hacia un movimiento terrorista global que representa aún una amenaza por su capacidad de instigar a sus simpatizantes a perpetrar ataques. Este es un peligro en el que nos encontramos hoy.

—En tu opinión, ¿cuál es la clave por la que el Estado Islámico esté resurgiendo? ¿Consideras que los esfuerzos internacionales no están realizando suficiente presión para erradicarlos?

—Por muy mal que se pongan las cosas y las opiniones de los expertos circulen por los medios de comunicación, por mucho que nos digan que los combatientes de a pie se encuentran con raciones reducidas, mal pagados y con poca ayuda sanitaria, y por mucho que sus líderes vivan a todo lujo, con concubinas, que no son sino rehenes femeninas, la fe los impulsará a matar.

—¿Entonces?

—Internet.

—¿Cómo dices?

—Internet es la clave. Tienen a expertos en informática que reclutan a seguidores por todo el mundo. Sus campañas publicitarias son asombrosas, son capaces de atraer a nuevos miembros que anteriormente no habían estado fichados y que antes no habían mostrado un fanatismo religioso, y hacerles cometer atentados en sus propios países.

—Desgraciadamente, internet les ha sido muy útil desde el comienzo... —dijo el psicólogo dando un último sorbo a la taza de té y dejándola sobre un lado de la mesa.

Laura le imitó, sorbiendo el café ya frío.

—Y últimamente con los videojuegos se lo pasan divinamente, nunca mejor dicho. No les ha sido posible mantener el califato físico, pero han hecho todo lo posible para mantener el virtual.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo?

—Que están muy profesionalizados. La gente que se une a ellos, sobre todo la que procede de Europa, tiene carreras universitarias. Hay gente que sabe de cine. Hay gente que sabe de fotografía. No solo se comunican a través de la Playstation. Un miembro del Estado Islámico puede detallar su atentado con monedas en Super Mario Maker. Existen muchas formas de comunicarse usando videojuegos sin decir ni una sola palabra. Los terroristas más jóvenes son adictos a Call of Duty. Juegan pensando que mejoran su entrenamiento.

»Hoy en día pueden gestionar esta estrategia de comunicación desde el parque del Retiro en Madrid o desde cualquier punto en Europa con un ocultador de IP.

—Debo mantenerme al día sobre los videojuegos. La verdad es que estoy algo verde en el tema.

—Pues date prisa o jóvenes tecnócratas ocuparan tu sillón —replicó ella con cinismo.

—¿Y a ti? —preguntó esbozando una sonrisa cargada de ironía.

—¿A mí? Los que vienen por detrás, la nueva generación, siempre buscan atajos. Son unos inútiles en el trabajo operativo de campo. Lo quieren todo rápido y por el camino más fácil. No tienen la virtud esencial.

—¿Que es...?

—La paciencia.

Joaquín abrió un expediente y se puso a leer unas hojas al tiempo que escribía anotaciones a los márgenes.

Ella era testaruda, pero muy inteligente. «Un fenómeno poco común», le había dicho a Julián Fernández tras comentar su primera entrevista con ella.

Su madre era alemana, y su padre, español. Ambos fallecieron en un atentado terrorista en Londres. Por la onda expansiva salió despedida de los brazos de su madre y cayó al suelo a varios metros de distancia, rodeada de gente sangrando y malherida. Varios vehículos y un autobús de doble piso quedaron convertidos en un amasijo de hierros. Durante días los médicos se afanaron por salvar su vida, y tras su recuperación fue adoptada por sus familiares españoles.

Aunque creció en España, fue en Alemania donde cursó sus estudios universitarios en ingeniería industrial. Desde que fue reclutada por Julián Fernández, rezumaba una seguridad en sí misma de la profesional consumada que hasta el momento había demostrado ser.

—¿Esta tarde vendrás a mi clase de yoga? —preguntó vagamente sin apartar la vista de los documentos.

—No lo creo. De hecho, voy a estar muy liada durante los próximos días.

—Te convendría asistir —susurró levantando la mirada.

El teléfono de Laura vibró y miró la pantalla.

—¿Hemos acabado? —preguntó malhumorada, alzando la cabeza—. Tengo mucho trabajo pendiente por hacer.

—Solo estoy ganándome el sueldo —contestó sin resquemor y mostrando el expediente—. Ni que fuera la primera vez que lo hacemos.

A él no le sorprendía nada que lo observase con una indiferencia que rayaba la tozudez.

—Lo sé, Joaquín. Pero como siempre, intentas comprender mis acciones violentas y entonces valorar si estoy psicológicamente cuerda para seguir con mi trabajo.

Había oído de todo desde que trabajaba en el Cervantes como psicólogo. No es que fuera insensible, solo que su puesto de responsabilidad en la organización le exigía templanza.

—Mira, estoy seguro de que eres una persona muy competente y profesional, por eso entenderás que yo solo cumplo mi deber, el protocolo.

—Me parece estupendo, pero acabemos con esto cuanto antes. Tengo un terrorista a quien entrevistar.

—¿Entrevistar? —preguntó sonriendo.

—Examinar, analizar, entrevistar, interrogar... —dijo lanzándole una mirada de desprecio fingido.

—Algún día me tendrás que explicar tus interpretaciones semánticas a la hora de *cuestionar* a un terrorista —dijo Joaquín, tendiéndole un bolígrafo y poniéndole delante una hoja—. Firma el documento con mi aprobación.

## 7

Akbar Malik se encontraba sentado en una habitación destinada a los interrogatorios, a la que se llegaba a través de un empinado tramo de escaleras de acero perforado.

Laura García entró y cerró la puerta. La sala era agobiante, estaba semioscura y olía fuertemente a sudor o a algo peor.

El terrorista estaba esposado, con las manos a la espalda. No llevaba camisa, ni zapatos. El cuerpo lo tenía cubierto de vello negro muy espeso.

Ella recorrió la habitación con la mirada para hacerse una idea de lo que era estar encerrado durante horas allí. Sin embargo, el detenido no mostraba signos de incomodidad, al contrario. No había explotado en pedazos y sentía como si le hubieran permitido vivir una segunda vez. No podía más que estar agradecido.

A pesar de su austero mobiliario —largos fluorescentes de techo cubiertos con una rejilla de acero, una mesa de metal y dos sillas metálicas fijadas al suelo—, la sala era moderna y muy limpia. Había un espejo empotrado en la pared, a través del que se podía observar el interrogatorio.

Sin palabras preliminares, Laura se acercó y dejó caer un fichero sobre la mesa. Le quitó las esposas y tomó asiento frente a él. Le comunicó que habían averiguado todo sobre su pasado.

Malik comenzó a hablar de forma entrecortada y nerviosa de cómo había acabado en España.

Había sido una tarde de verano en Pallandri, un pueblo ubicado en la parte de Cachemira administrada por Pakistán del antiguo Estado de Jammu y Cachemira que perteneció al *raj* británico, cuando fue reclutado para viajar a Barcelona. Akbar ni siquiera sabía cómo iban a utilizarlo. Tan solo era consciente de que iban a atacar a infieles en la capital de España y de que sus acciones causarían un revuelo mediático.

Cuando llegó a Barcelona no conocía a nadie. Le hospedaron en una habitación de la que solo salía para visitar la cercana mezquita, y siempre en compañía de un hombre. El desconocido, también musulmán, nunca le hablaba y era quien le llevaba todos los días la comida, compuesta siempre de arroz, verduras o carne de cordero.

Tres días antes del fallido ataque en Madrid, el desconocido le llevó ante Mohammed Mansuri, que le explicó la misión encomendada a los dos. Sobre Amir Rabbani, el terrorista que abatió Laura en el andén de la estación Providencia, no sabía absolutamente nada, pues desconocía que hubiera otro tercer terrorista dispuesto a atentar ese mismo día.

Comentó que en el momento en el que circularon por el centro de Madrid, se colocó el chaleco explosivo. En un bolsillo de la gabardina guardaba una hoja doblada: era una fotocopia del metro de Madrid, donde estaba señalada la estación donde tendría que accionar el detonador.

Laura y su equipo consiguieron evitar la masacre en la capital de España. Primero volando la cabeza de Mohammed y luego desactivando el chaleco explosivo.

—Pero estabas encantado en aceptar la oportunidad de ser un *shahid*, ¿verdad? —dijo Laura con una expresión entre irónica y condescendiente.

—En Pakistán me dijeron que ocurriría tan rápido que no sentiría dolor alguno —dijo Akbar

cabizbajo—. Luego recibiría mi recompensa, como todos los *suhada* que sacrifican sus vidas por el islam.

Laura le observaba de soslayo, evitaba mirarle de frente como táctica para intimidarle, como si de ese modo pudiera entrar en sus pensamientos.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Ver a Mohammed morir —respondió sollozando—. Nunca había visto morir a una persona. En Pakistán nos decían que en el momento de oprimir el botón no experimentaríamos dolor físico, sino que seríamos transportados a un lugar donde habría unas luces intensas y entonces Alá se nos revelaría. Pero ver la cabeza de Mohammed estallar de aquella forma...

Akbar se tapó la cara con las manos y rompió a llorar. Laura dejó que se desahogase. Tras varios minutos, continuó:

—Cuando llegué al aeropuerto de Barcelona tenía mucha hambre. Como aún faltaba una hora para que la persona de contacto me viniera a recoger, me quedé sentado en un banco de la terminal de llegadas comiéndome un bocadillo y bebiendo una Coca-Cola.

»Cerca de mí había una máquina expendedora de patatas fritas. Un grupo de jóvenes viajeros echaron monedas, el ruido al recoger lo que habían comprado me llamó la atención. Levanté la cabeza y vi que eran Lay's. ¡Como las que yo comía en mi pueblo! Los seguí con la mirada hasta que entraron en la zona de control con sus maletas de mano.

»¿Habría Lay's en el paraíso?, pensé entonces. La respuesta es sí. Porque según me dijeron, todas las necesidades serían satisfechas cuando hubiera muerto. Incluso mis padres sabrían que yo les habría ganado un espacio exclusivo para ellos en el paraíso y me estarían eternamente agradecidos.

—¿Qué quieres decir contándome esto? —dijo Laura mostrándose aburrida. Tamborileó la superficie de la mesa con las yemas de los dedos para acentuar que estaba perdiendo el interés, pero en el fondo se decía: «Sigue hablando, cuenta, cuenta...». Era una táctica para que él sintiera que debía encontrar argumentos e informaciones más sólidas para llamar su atención.

—Que esos jóvenes eran mi objetivo. Ellos que comían patatas fritas como yo, eran los infieles. Me enseñaron que esa gente era mi enemigo. En el metro me encontraría con ellos. Jóvenes, niños, ancianos... todos enemigos, infieles, objetivos. Pero si eran ellos tan distintos de nosotros, ¿por qué comían algo que a mí me gustaba tanto?

Hubo un momento de silencio que Laura quiso prolongar con el fin de que Akbar siguiese cavilando y exponiendo sus enmarañadas ideas. Se fijó en que tenía las manos empapadas de sudor y no dejaba de mover los dedos de su mano izquierda con nerviosismo.

Quiso esperar a preguntarle si quería algo de beber. Su finalidad era que se relajara y obtener su confianza. Cuando la obtuviera, iría al grano: quería saber más acerca del desconocido que le había asistido en Barcelona. Ese hombre era la clave.

—Sigue, por favor.

—La noche anterior de salir en coche de Barcelona hacia Madrid tuve un sueño.

—Te escucho.

—Era como si lo viera todo desde un túnel con luces cegadoras. Iba caminando por el andén de una estación de metro. En el suelo yacían los cuerpos mutilados de hombres, mujeres y niños. Más adelante vi a los jóvenes viajeros que en el día de mi llegada a España observé que compraban patatas Lay's en la máquina expendedora.

»Ahí estaban, sangrando, con el cuerpo destrozado. Uno tenía el estómago abierto. Otros agonizaban... —levantó la mirada, observó a Laura fríamente, y añadió—: ¿Cómo podría ir yo al paraíso y vivir allí eternamente junto a Alá después de matar a niños y mujeres? Aquello no tenía

sentido.

—No estabas decidido a accionar los explosivos porque entonces serías tan malvado como los infieles que odiabas, ¿verdad? —observó Laura.

—Sí, eso es. Y diré más.

—Dime.

—«Tu objetivo es matar a tantos como puedas», me había dicho Mohammed. Pero si hay que matar a niños y mujeres para ir al paraíso, yo no quiero ir a ese lugar.

Laura supo que era el momento de ir al grano.

—Háblame de tu contacto, del desconocido que te asistió nada más llegar a Barcelona.

—Supe días después de mi llegada que se llamaba Ahmed.

—Ahmed, ¿qué más?

—Ahmed Fouzair.

—¿Marroquí?

—No, no es marroquí. Estoy seguro de que es de Irak.

—¿Te dio algún tipo de droga o te viste bajo influencia de algún narcótico?

El islam no aprueba las drogas, pero los terroristas islamistas hacían excepciones para sentirse más energéticos, fuera de sí. Los líderes les administraban drogas a los futuros *suhada* la noche anterior a un ataque, para tranquilizarles, y otras inmediatamente antes, para sobreexcitarse.

Una vez que consumían la droga por medio de tabletas o cápsulas, sentían que sus mentes flotaban en libertad y que ya estaban dispuestos para la batalla, la antesala del paraíso.

Akbar meneó la cabeza, pero acto seguido asintió.

—Me dio una pastilla la noche anterior de nuestro viaje a Madrid. Me dijo que me ayudaría a dormir. A la mañana siguiente, después de ducharme, afeitarme y cambiarme de ropa, me dio otra pastilla. Me dijo que me la tragara mientras bebía el té. Luego, rezamos juntos y me acompañó al punto de encuentro con Mohammed. Se despidió de nosotros y ya no le vi más.

Laura sabía que no era todo. Le tenía que instigar con paciencia a seguir hablando. Era como hablar con un niño, sonsacándole poco a poco la verdad sobre una travesura cometida con los amigos.

—¿Y por el camino en carretera? ¿Mohammed te suministró alguna otra droga?

—Antes de entrar en Madrid paramos en un área de servicio. Me dio una pastilla. Esta era más gruesa que las anteriores. Era consciente de que estábamos cerca del objetivo y la droga me iba a aumentar la excitación, me iba a sentir con la euforia suficiente para accionar el chaleco.

—¿Cómo es que conocías la reacción que te iba a producir? ¿La habías experimentado antes? —le inquirió fingiendo sorpresa, dándole a entender que quizá no estaría siendo completamente veraz con ella.

—No, no, nunca —contestó moviendo frenéticamente la cabeza de un lado a otro—. Pero en Pakistán me lo dijeron.

—Por favor, Akbar —dijo frunciendo el ceño y mirándole a los ojos—. Intenta explicarte un poco mejor, porque no tengo mucho tiempo. ¿Quién te lo dijo?

—Supe por compañeros lo que te hacían sentir —contestó rápidamente—. El efecto, me dijeron, es brutal. Una vez que la consumes estás dispuesto a cometer cualquier barbaridad, me decían. Ya no habría marcha atrás, porque estabas embriagado.

—Pero yo no te vi con ningún síntoma de estar drogado.

—No me la tomé.

Laura dio un respingo en su asiento al tiempo que soltaba un bufido fingiendo cansancio por la conversación. Akbar lo notó y atropelladamente continuó para no perder el vínculo de confianza

que había iniciado con ella.

—En el área de servicio Mohammed estaba tan impaciente por ponerse en marcha y llegar cuanto antes a Madrid para cumplir nuestro objetivo que no se fijó en si me la tomaba. La dejé caer por la ventanilla, bebí agua e hice como que la había tragado.

El instinto de Laura le hacía distinguir la verdad de la mentira con una precisión matemática y supo que la persona que tenía enfrente estaba diciendo la verdad. Aun así, quiso seguir el manual para acorralarlo.

Laura dio una ligera pero característica palmada sobre el rincón derecho de la mesa que pasó desapercibida para el pakistaní, pero no para los hombres que monitorizaban el interrogatorio a través de las cámaras de seguridad.

Dos hombres entraron bruscamente. Uno era un agente musculoso portando una pesada garrafa de Aquafina de veinticinco litros. El otro era el agente Alfa y de su hombro izquierdo colgaba una raída toalla.

Esta vez no portaban pasamontañas y la seriedad de sus rostros, junto con el porte físico del más alto de los dos, no dejaba en duda que eran hombres experimentados en técnicas de tortura.

## 8

En el jardín de atrás, dentro de un macetero, había quemado papeles y documentos. Había estado recogiendo sus pocas pertenencias desde que bajó del abandonado edificio en construcción.

Dejó su mochila cargada de ropa y libros en la entrada y se dispuso a barrer la vivienda. Luego la fregó con fruición, empapando todo el suelo y restregándolo con un trozo grueso de tela. Después, con una toalla comenzó a limpiar los pomos de las puertas y todo cuanto había tocado.

De repente, las aspas de los ventiladores de techo comenzaron a reducir su potencia. Había habido el usual corte de electricidad. «No, ahora no...», se dijo. Tiró la toalla a un rincón del suelo y se tumbó en el húmedo suelo con los brazos extendidos.

Permaneció tendido el tiempo suficiente como para quedarse sumido en la extraña telaraña del sueño. Con frecuencia, los fragmentos de su pasado regresaban a él aumentando su ansiedad e impotencia. Eran tan perturbadores que le infligían un daño psíquico. Estaba resignado a llevar siempre consigo ese castigo.

Se encontró caminando por el hotel Taj Mahal Palace de Bombay lleno de humo. Al fondo se escuchaba el continuo clac-clac de fusiles de asalto. «Es un ataque terrorista», se dijo a sí mismo. Corrió hacia las escaleras de emergencia. Tenía que alcanzar cuanto antes la planta superior donde había dejado a su esposa en el restaurante.

Se produjo una explosión en algún lugar del edificio. Había sido una serie de granadas. Lo sabía, el hotel estaba siendo atacado y los terroristas no tendrían piedad con los huéspedes. Siguió subiendo las escaleras. Empezó a correr. «Cristina, tengo que llegar a donde está Cristina».

Al llegar, el asfixiante humo y el fuerte olor a quemado le ocultaba completamente la vista. «Despierta, David. Despierta». Pudo sentir la voz de Cristina.

Despertó de su sueño, pero no abrió los ojos. Olía a quemado. Entonces se inclinó rápidamente. Un denso humo salía de la cocina y de las habitaciones. Todo estaba ardiendo.

Corrió hacia su mochila e iba a salir por la puerta cuando se paró en seco. «Es una trampa», se dijo. Alguien le estaba esperando fuera, pendiente de su salida, para abatirlo.

Se dirigió hacia la parte de atrás protegiéndose la cara con los brazos. Las llamas habían consumido las habitaciones. El humo lo envolvía todo. Antes de salir por la puerta, levantó la pesada mochila y la arrojó por delante. Se escuchó una serie de disparos y entonces salió corriendo.

David le golpeó la muñeca tan fuerte que el hueso chasqueó. El arma cayó al suelo. En ese mismo instante le clavaba su codo derecho en un ojo. Pudo sentir el apesoso olor a sudor y gasolina de su adversario. Pero este no estaba acabado. Blandió un cuchillo militar y adoptó postura de combate.

El asesino tenía aspecto de luchador callejero que estuviera calculando cómo clavarle con el máximo dolor el afilado cuchillo.

David adoptó instintivamente la coreografía de ataque que empleaba el hombre esquivando las puñaladas. Al español no le cupo duda de que había recibido entrenamiento de artes marciales y de que estaba psicológicamente preparado para matar.

En ocasiones, al tiempo que analizaba los puntos flacos de su contrincante, el cuchillo pasaba escasos centímetros de su abdomen.

El hombre se lanzó con celeridad, pero David, avezado en el combate cuerpo a cuerpo, levantó con facilidad su brazo, realizando una llave y retorciéndole la muñeca hasta partirla. El atacante soltó un aullido de dolor, soltó el cuchillo y cayó de rodillas con la cabeza agachada. David alejó el cuchillo de una patada.

—¿Para quién trabajas? ¿Quién te ha mandado matarme?

El hombre, completamente bañado en sudor, se giró exhibiendo una sonrisa. Dio un inesperado salto para agarrar el cuchillo. David se lanzó al suelo, cogió la pistola, apuntó y apretó el gatillo.

El disparo rompió el aire, resonando contra los ladrillos de barro. Cuando la bala le alcanzó la frente, la cabeza del asesino se sacudió hacia atrás, abierta como una campana rajada. Cayó de bruces.

David se acercó, le abrió la boca y con el índice y el pulgar sacó una incisión en una muela. Observó la diminuta cápsula. La tiró sobre el cuerpo tendido.

Como anteriormente había experimentado, el atacante no tenía nada en los bolsillos que delatara su origen o procedencia. Incluso las armas podían haber sido adquiridas en el mercado negro. Sacó el móvil y tomó una foto de su rostro.

## 9

El rostro de miedo y espanto que reflejaba Akbar era evidente. Se cubrió la cara con las manos. Pronto sus iniciales gimoteos se convirtieron en profundos sollozos y su rollizo cuerpo comenzó a balancearse.

—Lo conoces, ¿verdad? —preguntó Laura—. Es una técnica para obtener confesiones. Se pone una toalla en la cara y se echa agua por la boca y nariz.

El más alto dejó la garrafa en un rincón y los dos se quedaron de pie a la espera de una orden. Akbar seguía sollozando.

—Ay, Dios mío, no, no, no.

El método del ahogamiento simulado fue uno de los procedimientos de tortura más empleados por la Inquisición española. Consistía en atar al prisionero a una escalera inclinada, con la cabeza más baja que los pies, introducirle un paño en la boca y, lentamente, echarle agua que debía tragar. Con este método de tortura no se incumplía una de las «reglas» de la tortura inquisitorial: que se mutilara al acusado o que se derramara sangre. Esta modalidad de tortura se denominó «tormento del agua».

La CIA estadounidense incorporó esta práctica en el programa del Ejército de Estados Unidos después de los ataques del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, denominándola en inglés *waterboarding*.

—Quítate las manos de la cara y escúchame.

—Yo... te digo lo que quieras, pero, por favor..., no me torturéis... —imploró Akbar, sin dejar de gemir.

—Quiero que me contestes a mis preguntas con todo detalle —aseveró mirándole fijamente.

Akbar asintió con solemnidad.

Laura había sido entrenada en técnicas de interrogatorio. Sabía analizar expresiones de la cara, unos pequeños gestos que realizaban las personas de manera inconsciente y casi imperceptible cuando no decían la verdad. Hasta ahora había acumulado una montaña de información muy valiosa. No tenía ya por qué seguir metiéndole miedo.

Ese era el don de un excelente interrogador: reservarse los puntos clave para el final mientras sondeaba el resto del terreno, yendo sin rumbo aparente.

Laura hizo un gesto con la mano y los hombres salieron en silencio de la habitación, llevando consigo la garrafa de agua.

Decidió volver al contacto que le asistió nada más llegar a España.

—Me gustaría saber qué te hizo suponer que Ahmed Fouzair era de Irak y no de Siria o del Líbano.

—Por su forma de hablar. En el campo de entrenamiento en Pakistán había un grupo de iraquíes. Hablaban árabe exactamente como él. Igual nació en Marruecos y ha vivido allí, pero su acento era de una persona que ha pasado mucho tiempo en Irak. Pero puedo estar equivocado, quizá forzaba ese acento para desorientarme. En mi entrenamiento en Pakistán nos dijeron que una práctica común entre miembros de una célula es mentirse entre ellos, por si uno cae en manos de

la policía. Por mucho que le torturen no podrían dar con la identidad de sus compañeros. Además...

—¿Sí?

—Si te lo digo, ¿me prometes que no me enviaréis de vuelta a Pakistán? Allí me matarán.

Laura pensó para sus adentro que ya lo tenía.

—Akbar, sabemos que has hecho algo muy malo. Has intentado matar a personas inocentes. Pero, por otro lado, has evitado accionar los explosivos en el último momento porque te has dado cuenta de que has sido manipulado. Te han dado una imagen edulcorada de lo que sería la vida en el paraíso. Te han engañado. Te han metido mentiras en la cabeza.

»Has sido una víctima de los verdaderos enemigos del islam —dijo golpeando la mesa con el dedo el índice—. Si no estoy confundida, en el Corán se menciona algo referente a que uno no debe de quitarse la vida y Alá será misericordioso con esa persona. Entonces, ¿por qué vas a obedecer a unos locos musulmanes que hacen su propia interpretación del islam?

»Tú has sido una víctima. El nivel inferior del infierno está reservado a los suicidas y tú casi acabas allí, mientras que la gente que te ha engañado disfruta de la vida.

»Si nos ayudas a detener a esa persona que te asistió en Barcelona, te prometo que tendrás un lugar especial en el paraíso, al igual que tus padres y familiares, porque Alá quiere que seas un buen musulmán. Así podremos prevenir que otros inocentes como tú —dijo señalándole con el índice para acentuar más sus palabras.

En la habitación contigua, detrás del grueso cristal oscuro, Goyo se giró y dijo a Julián:

—Desde luego, lo ha bordado.

—Laura siempre ha sido una mujer excepcional —asintió sin dejar de observarla—. Cuando empieza un interrogatorio es casi imposible detenerla. Según mi experiencia, los terroristas islámicos son más favorables a la idea de morir que a la de ser capturados con vida e interrogados por el demonio infiel. Laura representa ese papel. Ella puede ser la encarnación de Lucifer si se lo propone.

Laura García fue la gran apuesta del Cervantes en una época en la que todos los reclutas que Julián preseleccionó fracasaron al pasar las pruebas: se desmoronaban físicamente o mostraban un carácter agresivo y violento no justificado, lo que conllevaba a un estado psicótico fuera de control.

Ahora se alegraba una vez más de tenerla en el Cervantes. A pesar de su juventud, hacía gala de una firmeza que obligaba a la gente a su alrededor a comportarse como en presencia de una matriarca distinguida.

En su día recibió por parte del psicólogo Joaquín Núñez el elaborado informe psicotécnico de Laura, en el que, entre otros puntos rigurosamente técnicos, se hacía mención especial al hecho de que ella amaba a su país y se preocupaba por la seguridad de sus compatriotas; era increíblemente obstinada y resuelta a lo que creía que era mejor para los intereses de España. Era una persona difícil de desestabilizar y valiente. No había grises. Todo era blanco o negro. En cuanto al gobierno y a los políticos, según ella, se podían ir al infierno. Era decidida e inteligente.

Además, era una mujer atractiva. Por tanto, sabía muy bien cuándo disimular su aspecto o realzarlo en función de sus propósitos. Dependiendo de lo que exigiera la situación, podía ser tan despiadada como encantadora.

Akbar cerró los ojos y se sumió en un profundo silencio. Ella aguardaba pacientemente, sin tamborilear los dedos sobre la mesa ni mostrar inquietud. Al contrario, podía permanecer en aquella habitación durante muchas horas interminables, todas las que fuesen necesarias. Todo iba bien.

—El día que Ahmed Fouzair me llevó a la mezquita para presentarme a Mohammed Mansuri, me dijo: «Nuestro hermano Qasim al-Abadi me ha pedido que te presente a la persona que te acompañará y preparará para realizar tu misión». Por el camino le pregunté si en Barcelona me reuniría con Qasim, y él me contestó que no, porque no se movía de Irak.

»Debe de ser un hombre prudente, con mucho dinero y recursos. Me comentó que Qasim viajaba mucho por el extranjero. «No hay nadie mejor para reclutar y entrenar nuevos *sahuda*», me dijo.

El interrogatorio había acabado: ese nombre era todo lo que necesitaban saber.

Detrás del cristal, Julián se estremeció. Sintió como si le hubieran abierto el pecho de un disparo a quemarropa. Tardó un momento en ordenar sus pensamientos. Conocía esa sensación.

¿No era esa persona una de las que celebró años atrás el asesinato de los siete agentes del CNI saltando sobre el cadáver de uno de ellos? ¿No era ese el que identificaron en las imágenes como el hijo de un clérigo de la zona que incitó a la muchedumbre a pisotear los cadáveres de los agentes españoles asesinados? Los servicios secretos estadounidenses lo identificaron en su día gracias a las imágenes de Sky News.

En el mundo de los servicios de inteligencia hay un páramo de subtexto donde casi nada es lo que parece. Conocía ese sentimiento.

Julián era consciente de que no podría sobrevivir por mucho tiempo en el campo de la inteligencia si creyera en las coincidencias. Los puntos no siempre conectaban entre sí. En cambio, otras veces no había margen de error. Por eso su trabajo era muy complejo. Su pulso se aceleró.

## 10

Tras décadas en el Centro Nacional de Inteligencia, Julián Fernández dirigió una organización clandestina que operaba con la supervisión del ministro del Interior. Se produjo un atentado mortal en Madrid y el político, en búsqueda de un culpable, lo acusó de no haber hecho lo suficiente por prevenirlo. El ministro cerró después aquella organización.

Cansado de la burocracia y de los arribistas funcionarios del Estado, Julián no veía ningún futuro. Pensó en jubilarse. Pero un hombre llamado Carlos Saavedra, que no representaba oficialmente a la Casa Real española, pero con suficientes lazos estrechos con el rey de España, le propuso la creación de una nueva organización: el Cervantes.

Expuso todos los argumentos necesarios para convencer a Julián. El CNI estaba agonizando y la seguridad de España contra el terrorismo islamista necesitaba un purgante. «Y esa persona eres tú», le dijo en su día.

Así surgió el Cervantes.

Desde entonces estaba en una posición en la que podía traspasar cualquier tipo de línea roja en competencias legales. No era fácil, porque su trabajo no venía con un manual de instrucciones. La ética y la moral la dejaba aparcada a la hora de tomar la mejor decisión durante situaciones claves.

También tenía todo tipo de capacidad para que sus decisiones no salieran nunca a la luz y nunca pudiese acabar imputado o le pidieran explicaciones por sus acciones.

Julián redujo al máximo el número de empleados. Antes de ser seleccionados, todos los candidatos pasaban por filtros minuciosos sobre la vida personal, íntima y profesional de cada uno. De hecho, desde un principio los candidatos pensaban que aspiraban a un puesto en el CNI.

Solo a los seleccionados se les decía la verdad con un documento de confidencialidad que debían firmar comprometiéndose a no revelar absolutamente nada. Además, con el tiempo, su círculo de asesores se redujo a dos personas muy distintas entre ellos: Goyo Lebrede y Laura García. No podía confiar en nadie más. Tratándose de asuntos tan delicados, la fuga de filtraciones y las traiciones así lo exigían.

Ahora se encontraba en una situación muy delicada. Desde su inicio en el campo de inteligencia había una sombra sobre su trayectoria profesional: el asesinato de los siete agentes del CNI en Irak. Y el problema con las sombras es que a veces expanden sus proyecciones de manera gigantesca. Ya era hora de que desapareciesen, pensó para sí mismo.

En la habitación de hormigón armado eran tres las personas sentadas alrededor de la mesa ovalada.

Julián introdujo en el portátil la clave proporcionada por el algoritmo del día, apretó un botón y una pantalla que cubría la pared frontal se iluminó con distintas fotos e imágenes.

Se mostraban tanques, soldados y aviones Hércules. Después de un breve resumen de la situación en Irak tras la invasión por las tropas aliadas, la caída de Saddam Hussein y la labor de la brigada Plus Ultra del Ejército español, comenzaron a aparecer las imágenes de los vehículos calcinados y varios cuerpos esparcidos por el suelo.

Se visionó cómo el cámara de Sky News, con su equipo al hombro, seguía la actividad de la muchedumbre. Un hombre comenzó a pisotear el cuerpo de un español acribillado, luego le siguió otro, como lección práctica para los infieles extranjeros que se aventurasen a interferir en los asuntos de su país.

Aquel hombre al que el cámara enfocaba arengaba a los demás a que ultrajasen los cuerpos como tan fervientemente él hacía. La muchedumbre estaba hipnotizada, presa de la barbarie y violencia. Aquellas escenas parecían salidas de una película de acción hollywoodiense.

El nudo que tenía Julián en el pecho se iba expandiendo. En un momento concreto apretó el botón, paralizando las imágenes. Su actitud pensativa lo hizo erguirse en el asiento.

Todos mantuvieron el silencio. Solo quedaron los pequeños sonidos: las inspiraciones de los presentes al respirar, el leve zumbido del aire acondicionado y el latido de sus corazones.

Laura y Goyo estaban sentados frente a él; ella con su libreta de anillas Henri para tomar notas, y el otro con las manos entrelazadas y un auricular Bluetooth que le conectaba a su móvil para estar en contacto en todo momento con los demás empleados del Cervantes.

—Si se hubieran tomado mejores medidas de seguridad, aquellos siete agentes estarían vivos —dijo Goyo agitando vagamente una mano—. Por ejemplo, unos vehículos blindados, mejor armamento y, desde luego, una unidad de protección en contacto en todo momento con las bases de los aliados.

—Probablemente —dijo Julián, aclarándose la garganta—, pero no es momento de meternos en hipótesis.

—El día después de un ataque terrorista islamista, el mundo se despierta con menos libertad —intervino Goyo de nuevo con evidente fastidio—. Y ¿qué se hace en España? El Gobierno, en vez de presionar a las naciones musulmanas, se dedica a erosionar las libertades civiles de sus ciudadanos: entrada de refugiados musulmanes, licencias municipales para que esas enormes ingentes de personas tengan sus mezquitas, privar de los belenes y tradiciones cristianas para no causar molestia a los inmigrantes, apelar al respeto de todas las religiones, al amor fraterno multirracial y demás paparruchadas. No me extraña que en España no se recuerde como se merecen a esos héroes.

Julián alzó las cejas y asintió levemente; su mente había vuelto a su cadena original de pensamiento.

Por su parte, Laura guardaba silencio. Esta era una de sus cualidades en su férreo carácter por la que Julián la quería cerca: no solo porque no fuera enteramente femenina ni débilmente masculina, sino por su genuinidad, lo que consideraba reconfortante a la hora de tomar importantes decisiones. Cuando la conoció pensó que era lesbiana. Había una seguridad en ella que las demás candidatas heterosexuales no tenían. La investigó a fondo y supo lo especial que era.

Julián dedicó un momento a analizar lo que les iba a revelar. Se levantó, caminó por la sala, respiró hondo y exhaló el aire lenta y completamente. Haciendo zum en el fotograma, congeló una imagen del perfil de un joven.

—Ese hombre es Qasim al-Abadi, un maníaco islamista radical, una amenaza. —Dirigiéndose a Laura, añadió—: El que Akbar reveló durante el interrogatorio.

—Uno de nuestros informadores asegura que los norteamericanos andan tras él —dijo ella—. No he dado con una fotografía reciente. En esta imagen de la pantalla se muestra muy joven y en la actualidad su rostro debe de estar más curtido y envejecido, pero nos servirá.

—A lo mejor Varun puede conseguir una imagen más aproximada de su rostro —intervino Goyo.

Julián asintió y continuó sopesando sus palabras cuidadosamente.

—Durante la guerra, Irak fue inundado por yihadistas extranjeros. Los chechenos habían sido cruciales, ya que enseñaron a los iraquíes técnicas de combate desarrolladas en su día contra los rusos.

»Más tarde, los terroristas chechenos regresaron a Rusia a cometer atentados. Pero ¿qué pasó con los islamistas radicales a los que habían entrenado? Ahí lo tenemos —dijo señalando la pantalla—, un terrorista experimentado. —Dirigiéndose a Laura, preguntó—: ¿Qué más has podido averiguar de él?

Laura siguió explicando mientras leía de vez en cuando algunas notas en su cuaderno sobre la información obtenida del pasado de Qasim al-Abadi, tras haberlo mencionado Akbar en el interrogatorio.

Era hijo de un clérigo. Con el tiempo terminó sus estudios con buenas calificaciones y fue a la universidad. Fue entrenado en Irak por chechenos. Empezó a colaborar con el islam radical desarrollando técnicas de reclutamiento y de ataque contra las tropas estadounidenses y británicas estacionadas en la zona.

Cuando el Estado Islámico surgió, años después de terminada la guerra, le ofrecieron que se uniera a ellos. Los líderes yihadistas valoraban los estudios superiores, la inteligencia, y habían reconocido en Qasim la bendición de Alá por su destreza y energía.

Julián arrugó el ceño. Sintió un entumecimiento que le salía de dentro.

—Quiero que tengáis en cuenta que no es mi intención proponer monumentos ni días conmemorativos con lazos y flores, sino vengar a esos siete agentes españoles asesinados.

—Ese cabecilla sigue vivo y coleando, reclutando nuevos terroristas —dijo Laura señalando el rostro en la pantalla—. Ya va siendo hora de mandarlo al infierno.

—El terrorismo islamista es el peor enemigo con el que se ha enfrentado la civilización occidental —intervino Goyo—. Nunca Europa ha sido tan débil e indiferente. Los políticos se han retraído y son muy pocos los que la protegen. No debemos extrañarnos de que esos héroes no sean recordados como se merecen.

—Hay pocos dirigentes que se arriesguen a tomar decisiones duras por miedo a poner sus carreras políticas en peligro —añadió Julián.

—Nos falta la información más importante, ¿dónde está el objetivo? Actualmente desconocemos dónde se encuentra Qasim —dijo Laura.

—Pero existe un dato importante sobre Qasim que sí conocemos —anunció Julián—. Ha estado viajando a la India recientemente.

—¿A la India? —inquirió Goyo—. ¿Qué ha estado haciendo allí?

—No lo he podido averiguar. El servicio de inteligencia indio lo ha detectado en varias ocasiones. No tienen pruebas contra él, pero archivan sus entradas y salidas. Varun ha hackeado a sus compatriotas indios y me lo ha comunicado.

—Lo que no haga Varun... —murmuró Goyo moviendo la cabeza.

—A lo mejor ha estado reuniéndose con otros islamistas radicales, es lo más probable —añadió de nuevo Julián.

—O preparando un nuevo ataque —dijo Laura.

—Ojo, quizá haya estado utilizando la India como escala para viajar a otros destinos en el sur de Asia —intervino Goyo.

Los tres guardaron silencio.

—Pero existe una forma de dar con él —dijo Laura con la confianza que le caracterizaba.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó Julián.

—Tengo que ir a Barcelona y ocuparme de la persona que asistió a Akbar. Ese hombre debe de proporcionarnos el paradero actual de Qasim.

—Pues prepárate para salir cuanto antes —respondió Julián.

# 11

Tenía la piel cetrina, el cabello corto teñido de negro y ojos marrones oscuros. Era guapo y musculoso, consciente de que su presencia masculina atraía a jóvenes desencantados con la sociedad, que le veían como un líder de película a quien imitar y de quien acatar órdenes. Por su chispeante carisma, era un excelente reclutador de nuevos yihadistas.

En el barrio barcelonés donde vivía le conocían simplemente como el Moro, pero su verdadero nombre era Ahmed Fouzair. Se paseaba por las calles con una *kufiya* alrededor de los hombros. Al fin y al cabo, las fuerzas de seguridad de la ciudad de Barcelona y los Mossos d'Esquadra se mostraban absolutamente indulgentes con los inmigrantes, ya que el ayuntamiento ostentaba en sus balcones un gran cartel con el lema «Welcome refugees». Y si eran musulmanes, todavía más, porque los consideraban una minoría oprimida por el capitalismo yanqui y su política exterior.

Cuando entró en el apartamento, lo primero que notó es que las luces no funcionaban.

Cerró la puerta tras él y permaneció unos segundos inmóvil. Olisqueó el aire y escuchó respirar a la casa. No identificó ruidos ni olió el rastro de algo sospechoso.

Pensó que algún fusible se había bajado. El cuadro eléctrico estaba cerca del frigorífico. No era la primera vez que sucedía por la cantidad de regletas para los muchos aparatos eléctricos y electrónicos que utilizaba.

Llevaba haciendo uso de aquel apartamento desde hacía dos años escasos. Su cometido era dar cobijo a lobos solitarios y prepararlos para atentar. Anteriormente había enviado a dos terroristas a Marsella. Fueron abatidos por las fuerzas de seguridad después de arrollar con una furgoneta a una veintena de transeúntes.

Más tarde envió a otro a Italia, donde mató a treinta personas en un centro comercial abarrotado debido a las compras navideñas. El fallido atentado en Madrid era el primero que había intentado cometer en España. Cuando supo que habían fallado, se prometió a sí mismo volver a enviar nuevos yihadistas.

Tenía la garganta seca. Había estado fumando mucho. Cuando se fue del apartamento por la mañana no dejó las ventanas abiertas para que se ventilase. La atmósfera estaba cargada. Desde que había llegado a España se había convertido en un fumador empedernido.

Se quitó el anorak, lo dejó en el respaldo de una silla y se dirigió a la cocina.

No había dado los primeros pasos cuando se paró en seco. Su instinto de supervivencia le puso en alerta. Sintió algo extraño. Miró alrededor con más detenimiento. «La policía ha estado aquí», dedujo. Su experiencia le había convertido en una persona minuciosa. Por eso había permanecido tanto tiempo en Barcelona sin ser arrestado por las fuerzas de seguridad.

Algunos objetos habían sido movidos. Eran cambios tan insignificantes que solo una persona tan neurótica como él podría darse cuenta de ello. Habían sido muy profesionales. Desde la penumbra podía distinguir cómo varios libros de las estanterías habían sido hojeados: no estaban alineados tan pulcramente como él los tenía.

Puso la vista en el frutero lleno de mandarinas y plátanos: estaba más torcido de la cuenta,

incluso las mandarinas no estaban amontonadas como las había colocado.

«¿Desde cuándo me han estado vigilando? Mañana mismo tengo que abandonar este apartamento, informar de lo sucedido y cortar todo contacto hasta que esté seguro de que nadie me sigue».

Teniendo en cuenta a qué se dedicaba, le parecía normal que antes o después acabase bajo vigilancia. No estaba sorprendido. Era de esperar. Nunca había que subestimar a la policía española.

Pero quien hubiese entrado no habría encontrado absolutamente nada en el apartamento que lo implicase con el extremismo islámico o el terrorismo. «Sí, mañana mismo cambiaré el apartamento».

Abrió la puerta de la cocina y vio un láser apuntándole al pecho. Antes de que pudiese reaccionar, sintió un terrible dolor. La dolorosa descarga eléctrica le recorrió todo el cuerpo, quedándose rígido por un instante y desplomándose en el suelo.

Con un pasamontañas, Laura emergió de un rincón empuñando la pistola eléctrica. Le dio la vuelta y le sujetó a la espalda las muñecas con bridas de plástico.

Dio al interruptor del cuadro eléctrico y una luz amarillenta y cálida iluminó el apartamento.

Arrastró el cuerpo hasta el salón. Le sobraban una buena cantidad de kilos y apestaba a tabaco.

Exhausta, se quitó la capucha. Le tomó una foto de perfil con el móvil. Tenía un rostro redondo, un bigote mal cuidado y unos grandes ojos saltones. Mandó la imagen al Cervantes.

A continuación, comenzó a registrarlo, revisando sus bolsillos, las costuras de los pantalones, todo. Enseguida recibió un mensaje de Varun confirmándole que ese hombre era Ahmed Fouzair.

Comenzó a inspeccionar el apartamento de arriba abajo. No encontró nada. Los ordenadores los utilizaba para jugar a videojuegos y ver vídeos pornográficos; no había armas, ni cuadernos, y la agenda de contactos de su móvil estaba vacía.

Ahmed Fouzair parpadeaba mientras sus ojos se adaptaban a la luz. Movi6 la cabeza a derecha e izquierda. Enseguida fulmin6 con la mirada a su captora.

Ella se acerc6 y le arranc6 la cinta adhesiva de la boca. En cuanto lo hizo, comenz6 a insultarla en 6rabe. Tenía los dientes amarillentos y su aliento apestaba.

Con paciencia, Laura esper6 a que terminara. Pero no había hecho más que empezar. Como no se callaba, le dio un sonoro bofet6n en la cara. «Qu6 humillaci6n que te pegue una mujer, ¿verdad?», pens6 para s6 misma.

Volvi6 a pegarle de nuevo, pero esta vez con tanta fuerza que la silla se inclin6 hacia atr6s, se tambale6 y cay6 al suelo. Agarr6ndolo por detr6s, lo levant6 e hizo sentar de nuevo.

La humillaci6n que sentía el islamista al ser golpeado por una mujer acentu6 su ira. La cabeza le daba vueltas y su labio sangraba. Gruñ6 en 6rabe.

—Me puedes hablar en espa6ol o en ingl6s —orden6 ella.

El islamista permaneci6 callado durante varios minutos, con el rostro imp6vido. Pero su mirada s6 hablaba.

—Est6s muerta —dijo por fin en espa6ol—. Matar6 a las personas que significan algo para ti. Est6is muertos.

Repiti6 la 6ltima palabra una y otra vez para que sonase m6s amenazadora. De pronto Laura le dio un pu6etazo en la boca, derrib6ndole hacia atr6s. Su cabeza di6 contra el suelo.

Laura levant6 la silla e incorpor6 al islamista. La sangre le brotaba por la boca y la nariz y caía en su ropa. Le había partido el labio y quiz6 roto alg6n diente.

—Quiero que me digas d6nde puedo encontrar a Qasim al-Abadi.

Quedó sorprendido porque pronunciase ese nombre. Quedó en silencio un instante escrutándole con la mirada.

—*Ash-hadu an laa ilaaha illalá*. Soy testigo de que no hay más dios que Alá —replicó, y le soltó un escupitajo.

Laura se echó hacia un lado, pero no pudo evitar que parte de la flema con coágulos de sangre cayese en su pantalón.

—Bien. Por lo visto, quieres jugar —dijo ella esbozando una siniestra sonrisa y dirigiéndose a la cocina.

—¡No puedes hacer esto! —rugió a su espalda con la ferocidad dibujada en su rostro— ¡Esto es ilegal!

Después de haber abierto todos los cajones, volvió al salón.

—¿Cuchillo o destornillador? —preguntó.

Un destello de pánico cruzó el rostro de Ahmed, pero esto no le reprimió espetar:

—¡Voy a hacer que te maten, puta!

Laura sonrió entre dientes. Le puso de nuevo en la boca la gruesa cinta adhesiva gris.

—Que te jodan —le dijo—. Que te jodan a ti y a la escoba con la que llegaste volando a España.

Con absoluta precisión, le clavó el cuchillo justo encima de la rodilla, bordeando el fémur, trasasándole la carne de un lado a otro. El islamista aulló de dolor.

Aquel sufrimiento era solo el principio. Laura no tenía duda alguna de que acabaría cortándole en pedacitos. Había reclutado a lobos solitarios para atentar y matar a personas inocentes. Era un terrorista, una lacra. Estaba determinada a hacerle hablar.

—Aquí la única persona que va a morir eres tú —le murmuró al oído. Tras un instante le quitó la cinta de un tirón y gritó—: ¡Habla!

El hombre le lanzó una mirada envenenada.

—*Wa ash-ha-du anna Muhammadan rasululá*. Soy testigo de que Mahoma es el mensajero de Alá.

—Como quieras —replicó ella con firmeza, encogiéndose de hombros.

Le tapó de nuevo la boca, le sujetó con fuerza del cabello mientras que con la otra mano agarró la empuñadura del cuchillo y comenzó a moverlo. Conforme aumentaba la angustia podía ver sus ojos desorbitados por el dolor.

Intentaba chillar y se movía frenéticamente, como un poseso. Laura no pudo evitar dejarlo caer al suelo. Se inclinó y le quitó la cinta.

—Bueno, ¿qué? ¿Vas a decirme dónde está Qasim al-Abadi?

—Que te jodan, puta —respondió Ahmed.

Incluso ahora, malherido y con pocas posibilidades de poder escapar, se mostraba desafiante, como un perro rabioso enjaulado.

Laura sonrió. Eligió la segunda opción. Cogió el destornillador.

—¡No! —jadeó el islamista con el rostro de incredulidad. Repitió la palabra enfurecido, con un profundo chillido.

Le tapó de nuevo la boca. Se lo clavó en el muslo de la otra pierna y esta vez dio en el fémur. Ya no lo levantó del suelo. Estaba tirado en un baño de sangre.

De pie, con las piernas abiertas, Laura procuraba no pisar la sangre. Se agachó y le quitó la cinta de la boca.

—¿Quién eres? —aulló—. ¿Eres de la policía?

Laura ahuecó el puño y golpeó su oreja derecha. Ahmed gritó de dolor.

—Las preguntas las hago yo —contestó Laura—. Si cooperas, antes de irme llamaré a una ambulancia. ¿Lo entiendes?

Ahmed asintió.

—No te oigo.

—Sí —dijo cediendo—. Lo entiendo.

—Así me gusta. Te haré una serie de preguntas y tú tendrás la amabilidad de contestármelas con todo detalle. La primera, ¿dónde está Qasim al-Abadi?

Ya era un hombre quebrantado. No fue mucho lo que habló, pero sí lo suficiente. Había perdido mucha sangre. No tenía la fuerza de antes. Estaba sentado en la silla con el destornillador y el cuchillo clavados en las piernas.

Laura desvainó y empuñó el cuchillo táctico que llevaba escondido en la cintura. Poniendo mucho cuidado en donde apoyaba los pies, se fue acercando a su espalda. Siguió avanzando hasta que estuvo lo bastante cerca para deslizarse detrás del hombro. Le tapó la boca con la mano izquierda al tiempo que se la echaba hacia atrás.

No opuso resistencia alguna. En ese instante le cercenó la garganta.

Cuando el cuerpo de Ahmed cayó al suelo, Laura limpió la hoja del cuchillo en el camisón del hombre y lo envainó. Era hora de eliminar cualquier mínima prueba de su presencia en el apartamento.

Sacó un pequeño aerosol de un bolsillo de sus pantalones. Recorrió la vivienda apretando el aparato sobre lugares que había tocado: pomos, libros, frutero, posabrazos, empuñaduras del cuchillo y del destornillador, la silla y la ropa del terrorista y gaseó el resto del contenido por la cocina. Se marchó de la vivienda.

Entró en la furgoneta y con un gesto con la mano indicó al conductor que se pudiese en marcha. Sacó su teléfono, escribió «Rue Koutoubia. Número 4. Marrakech» y se lo envió a Julián.

Sujetando el volante, el agente operativo Alfa se giró un instante para mirarla con asombro, al tiempo que prestaba atención a la carretera.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Y el Moro? —preguntó sorprendido—. ¿No se suponía que teníamos que llevárnoslo a Madrid?

—Ya no —respondió con la mirada al frente.

—¿Qué ha pasado?

—Se fue al infierno.

El mundo se estaba volviendo cada vez más peligroso. El terror islamista tenía sus tentáculos por toda Europa: lobos solitarios y nuevas células se escondían entre sus víctimas. Eran salvajes y Laura era consciente de que era un error que políticos y gobernantes de países europeos esperasen indulgencia o que moderasen sus pretensiones. El hecho de que se movieran tan abiertamente por España demostraba que no temían las represalias.

Solo había algo que respetaban: la muerte.

**SEGUNDA PARTE**

# **UN NUEVA MISIÓN**

## 12

Bombay suele ser conocida como una ciudad exótica, intrigante y, a pesar de estar llena de pobreza, con unos servicios modernos suficientes para sentirse cómodo. Una ciudad extrema donde los más afortunados viven en chabolas con tejados de chapa, y los menos, bajo toldos de plásticos.

Los que carecen de todo viven bajo los puentes, en las aceras, donde usan cartones y cualquier cosa que encuentra como cobijo.

Hassena *madame* era la jefa indiscutible del crimen organizado en Bombay, una ciudad donde políticos, jueces y policía eran tan corruptos que a menudo resultaba complicado distinguirlos de los delincuentes comunes.

En su circunscripción, y más allá, ella adoptaba el papel de juez y jurado en los litigios y problemas que sucedían en las calles; perseguía y castigaba incluso con la muerte, si lo consideraba necesario.

Durante varios años había sido la protectora de David Ribas. Fue ella quien le devolvió a la vida tras ser su cuerpo rescatado del ataque terrorista perpetrado en el hotel Taj Mahal Palace, donde la mujer de David murió asesinada.

Le dio entrenamiento y la formación necesarios para poder desenvolverse en la India, y en especial, en el inframundo de Bombay.

Hassena respetaba mucho al español porque, al igual que ella, se había convertido de la noche a la mañana en dueño de su propio destino: había elegido vivir en un mundo hostil en busca de venganza y apenar de por vida con esa decisión.

El español había estado viviendo en el suburbio bajo la protección de Hassena, pero llegó el día en que decidió cambiar aquel ambiente claustrofóbico de gente a doquier y ruido en las calles por una vivienda más alejada, cerca de la costa.

Ahora estaba de vuelta en su antigua habitación. El ruido de bocinas de coches y *autoricksaws* iba y venía a través de las ventanas abiertas. Había una asombrosa vista. Sobre las azoteas todo era un océano de antenas parabólicas, cables y depósitos enormes de agua.

Además de coloridos saris y telas extendidas al sol, había mujeres bañando a niños pequeños con cubos de agua e incluso había personas haciendo yoga y meditación. El escenario adquiriría una cualidad surrealista.

—Los errores son la mejor forma de aprender, querido —dijo Hassena apareciendo de súbito en su habitación; astuta, siempre consideraba todos los posibles problemas y planificaba las posibles contingencias—. Te advertí de que vivir solo en aquella casa aislada no era una buena decisión.

»A lo largo del tiempo te has granjeado muchos enemigos, y aquel lugar era perfecto para que más pronto que tarde alguien diese contigo e intentase matarte sin impedimento alguno. Aquí sabes que estás siempre a salvo.

—Eso me reconforta, pero admite que no te gusta verme fuera de tu radar —comentó, sonriendo.

—No soy la única —dijo alzando las cejas al tiempo que observaba la hora que marcaba el reloj en su moderno teléfono móvil.

—¿Qué quieres decir?

—Baja a mi despacho —le ordenó—. Tu antiguo jefe quiere mantener una videoconferencia contigo ahora mismo.

—¿Ahora? ¿De verdad? —preguntó el español, atónito; hacía cerca de un año que no sabía nada de Julián Fernández.

—Sí, ahora —respondió con absoluta seriedad—. Tan cierto como que India es corrupta.

En el despacho de Hassena había una extraña mezcla de decoración tradicional india y caros aparatos de tecnología punta. En los monitores de las paredes se veían escenas de distintos lugares de Bombay.

David tomó asiento mientras un ayudante encendía la pantalla. Después, servicialmente, le ofreció un vaso de agua sobre un posavasos de madera de sándalo.

A miles de kilómetros de distancia, sentado tras la mesa, Julián Fernández movía velozmente sus dedos sobre el teclado de un ordenador portátil.

Sus ojos, en otros tiempos penetrantes y atentos, estaban cubiertos por el cristal de unas gafas. Su floja papada, sus mejillas hundidas y su piel pálida contrastaban con aquel joven funcionario que inició su andadura en el servicio a España trabajando para el CNI.

Desde que Julián supo del paradero de Qasim al-Abadi, era consciente de que solo había un hombre como David Ribas que poseyera la destreza, los conocimientos necesarios y la tenacidad suficientes para llevar a cabo la misión de averiguar qué había estado haciendo el terrorista en la India.

—En breve David Ribas aparecerá en pantalla —anunció Goyo con una potente voz.

—Enciéndela —ordenó Julián cerrando su ordenador portátil; se repantingó en su asiento y chasqueó los dedos al tiempo que señalaba con el índice la pantalla plana de cincuenta pulgadas que colgaba de una pared lateral.

Goyo cogió el mando a distancia situado sobre una mesita y la encendió. Como siempre que se comunicaban con el exterior por vía telefónica o videoconferencia, utilizaban una línea encriptada.

Laura García entró.

—Poneos cómodos —dijo Julián a los dos.

Laura se sentó sobre el lateral de la mesa de conferencias, mientras que Goyo permanecía de pie. Los tres salieron visibles en un lado de la enorme pantalla. Un intermitente punto verde comenzó a parpadear hasta que la imagen completa del rostro de David Ribas apareció en tamaño grande en medio de la pantalla.

Daba la impresión de no haber dormido en semanas. En las mejillas y barbilla se enseñoreaba una barba de varios días. Su pelo negro era largo y rizado, moteado de muchas canas.

—¿Cómo estás, David? —preguntó Julián con entusiasmo y los ojos centelleantes.

Desde la imagen maximizada de su rostro se escuchó la voz untuosa:

—Hola, Julián. —Esbozó una sonrisa sincera que contagió a todos los presentes—. Bien, bien. Me alegro de veros.

—Eres y siempre serás bienvenido a esta casa y su estrambótica forma de hacer las cosas. ¿Cómo marcha todo por Bombay?

—Como siempre, con rapidez, pero con serenidad, quizá demasiada...

—Aquí hacemos las cosas de manera distinta, con rapidez.

—Hacer las cosas deprisa no equivale a trabajar con inteligencia.

—*Touché* —respondió Julián arqueando las cejas.

Sin más demora, David le puso al corriente de la situación sobre los intentos de asesinato que había estado sufriendo últimamente.

—Sé que algunos son rusos, otros chechenos, y otros de los países bálticos. A través de los contactos de Hassena hemos averiguado que pertenecen a distintas mafias locales de sus países de origen.

»Pero han sido contratados por algún grupo más poderoso, que hace que se suiciden cuando fracasan en su intento de matarme. Les habrán prometido mucho dinero para sus familiares aunque no consigan cumplir con la misión, por eso llevan cápsulas de veneno en sus cavidades dentales. Quiero saber quién ha dado la orden y conseguir que dejen de enviar a por mí más sicarios.

—Lo solucionaré —claudicó Julián muy seguro de sí mismo.

—Se supone que no tenemos secretos el uno con el otro.

—Desconozco quién anda tras de ti, pero sé quién ha podido contratarlos.

—¿Quién?

—Diego Muñoz.

—¿El director de la Policía Nacional?

—Su hermano murió en Nueva Delhi. Te responsabiliza a ti de su muerte.

—¿No tiene otra cosa mejor que hacer? Y tú, desde tu posición, ¿puedes hacer algo al respecto?

Julián se giró y miró a Laura, dando a entender que tenía una nueva misión que cumplir. Sentada con los antebrazos apoyados en la rodilla que tenía cruzada, se limitó a asentir con la cabeza.

—Sí, claro que sí —contestó Julián observándole de nuevo.

—Bien, ¿qué queréis de mí? ¿Cómo puedo ayudaros?

Tras decidir ponerse manos a la obra personalmente en su empeño de ayudar a sus compatriotas, al cabo de una hora y media, David Ribas aparcaba su Enfield cerca del distrito comercial de fabricantes de lámparas.

Era la zona también de librerías, imprentas y bufetes de abogados. Sus edificios y estrechas calles figuraban entre los más antiguos de la ciudad. El ambiente de otra época, una época colonial de almidonadas cortesías, seguía presente.

David Ribas tenía un confidente, propietario de una agencia de viajes. Se llamaba Ali Fazal y su empresa era la Mirzapur World Travel Agency. Su trabajo legal era la venta y gestión de billetes de avión, tren y autobuses para peregrinaciones, reservas de hotel, visados, alojamiento y contratos de trabajo temporal en el golfo Pérsico.

Pero, por otra parte, se dedicaba a enriquecerse en el mercado negro con ayuda de una amplia red de personal en el extranjero. Se calculaba que más de dos mil indios en el extranjero estaban dispuestos a realizar trabajos ilegales para su empresa de contrabando a cambio de una considerable suma de dinero.

Julián le había pedido a David que averiguase qué había estado haciendo Qasim al-Abadi en la India. No quería ir detrás del terrorista por Marruecos sin antes conocer el amplio engranaje de su organización.

David le confirmó que lo averiguaría o, al menos, obtendría alguna pista convincente que le

encaminara a algún resultado positivo. Él era muy consciente del daño que causó el vil asesinato de los siete agentes españoles en Irak. La mayoría de los implicados en la lucha antiterrorista estaban especialmente abochornados de que poco a poco la sociedad española olvidara aquel trágico episodio. Pero lo que más les indignaba era la ignominia en la que los políticos tomaban cartas en el asunto, sin encontrar a los responsables y esclareciendo el suceso.

Lo mismo sucedió más tarde con el atentado terrorista del 11-M, un hecho trágicamente arraigado en la vida personal de David Ribas, al morir su hermano en la explosión del apartamento de Leganés.

Las personas que Ali mantenía con sueldo en Abu Dhabi, Dubái y demás partes del golfo Pérsico, fundían oro procedente de joyas robadas por toda Europa por ladrones y rateros que habían transportado a través de los puertos del golfo y que posteriormente convertían en pulseras, collares, pendientes y broches.

Y los indios de Ali, con contratos temporales o que habían viajado a Arabia Saudí de peregrinaje a la Meca durante el *hach* y volvían a la India, se encargaban de llevar consigo a su regreso las joyas puestas. Una vez en la India, se vendían en el mercado exclusivo de alhajas.

Eran sus contactos lo que situaba a Ali en una posición ideal para obtener de él información privilegiada. A Hassena le pagaba una desorbitada cantidad con el fin de poder seguir respirando.

El español hizo un discreto reconocimiento alrededor del edificio, fijándose en los vehículos aparcados y en la gente que pasaba por el lugar. Una vez que no vio nada sospechoso, decidió entrar y subir las escaleras hasta la tercera planta.

La puerta de la agencia de viajes estaba cerrada. Sacó unos pequeños alambres de su bolsillo, abrió la puerta y entró. Había polvo y suciedad en el suelo.

Ali trabajaba hasta bien entrada la madrugada y no era conocido por tomarse vacaciones ni días libres.

Realizó un registro concienzudo. Buscó sitios donde pudiera tener un escondite preparado para emergencias. Todo profesional tenía uno. Por lo general, incluía una pistola, dinero en efectivo y un móvil desechable con tarjetas SIM, pero también documentos de identidad falsos y algún que otro fichero electrónico con claves e información confidencial. No encontró nada.

Sacó el móvil de su bolsillo y llamó a Hassena. Solo había un lugar donde se pudiera encontrar, le informó ella. En su madriguera de amor: Goa.

## 13

A la espera de los resultados de David Ribas, Julián Fernández dio la orden de una nueva operación. Existía una forma de evitar su asesinato, al menos temporalmente.

En el Cervantes conocían absolutamente todo lo relacionado con la vida personal de políticos, funcionarios, empresarios y personas influyentes y famosas, incluida su actividad sexual.

Emilio Zaragoza era el perro de presa del director de la Policía Nacional, Diego Muñoz. Regido por un conjunto de normas diferentes, Julián decidió que la situación requería dar un escarmiento a Emilio, como llamada de atención a su superior.

La máxima de Julián en el Cervantes era muy clara: proteger a España y sus intereses con todos los medios que fueran necesarios.

Sin duda alguna, si la existencia del Cervantes se supiera de manera pública, los plumíferos de la prensa, políticos y personas influyentes en los medios de comunicación lo crucificarían.

Orbitando alrededor del planeta, los satélites no se quedaban suspendidos en un punto y las oportunidades eran limitadas para recoger información sobre qué dispositivos de vigilancia habría.

Goyo Lebreo dio la orden de enviar un dron. Con su asombrosa alta tecnología, dejaba a la altura del betún a los coches del *street view* de Google. Su sistema de cartografiado captaba todo tipo de señales electrónicas, desde señales de wifi hasta los códigos de apertura de puertas y aparatos móviles que se encontrasen en la propiedad.

Podía haber tenido un sistema de seguridad aún más sofisticado. Con el cargo que Emilio Zaragoza ostentaba se lo podía permitir, al menos un sistema con cámaras sensibles que distinguiera a seres humanos por el perímetro de la vivienda, localizando al intruso y que transmitiera a la central de los servicios de seguridad las imágenes en tiempo real.

En el chalé, los criados recibían entregas a través de una discreta entrada dedicada al servicio. El propietario tenía limitadas las entradas y salidas: por la parte de atrás, donde estaba lleno de árboles, o por la puerta principal.

Varun Grover, en la sala de operaciones del Cervantes y tecleando diestramente en un ordenador, acusó recibo de que Laura había llegado a la parte de atrás y que pedía silencio en la transmisión, respondiendo con tres chasquidos en el audífono.

—El juego ha comenzado —dijo Goyo, observando la imagen en la pantalla.

La puerta principal, sin duda, estaría activada con un sistema de alarma. La temperatura seguía bajando. El aire de la sierra de Madrid era glacial.

Laura corrió por el jardín, evitando el camino de grava, hasta llegar a un cubo de basura que había junto a la puerta de la cocina.

Apoyando la espalda contra el muro exterior de la casa, se alzó, levantó la cabeza y miró por la ventana. No había luces. Estaba despejado. El resto de la casa estaba en silencio. El objetivo debía de estar en el dormitorio de la planta superior.

Desde su ordenador, Varun desconectó el sistema de alarma de la puerta principal.

Laura solo tuvo que utilizar la simple copia de una llave para entrar en completo silencio. En el interior todo estaba en penumbra. Cruzó el salón y subió sigilosamente las escaleras.

Con la mano derecha, sacó una pistola semiautomática de la funda que llevaba en los riñones.

Entró en el dormitorio, encendió el interruptor y se subió a la cama. De pie sobre el colchón, con las piernas abiertas, apuntaba a la cabeza del hombre. Emilio dio un respingo.

—Puedo partirte la cabeza en dos de un solo disparo.

—No lo hagas —respondió.

Era un hombre delgado, de pelo encanecido. Tenía un rostro insulso de administrador de empresa o notario. Laura supo ver en sus ojos que había algo oculto que traicionaba lo que el exterior proclamaba.

—No lo voy a hacer, de momento.

Emilio observó al intruso. Tenía la cara cubierta por un pasamontañas. Pero por su voz y la ropa ceñida al cuerpo era evidente que era una mujer.

—¿Qué quiere usted, señora? —su voz sonó vacía.

—Solo quiero información.

Los dos se quedaron en silencio. Él analizaba la situación. Sabía que no le iba a matar. Se inclinó a coger el paquete de cigarrillos que estaba en la mesita de noche, se puso uno en los labios, lo encendió y dio una calada. Su mano temblaba visiblemente.

—Ha entrado usted en mi casa de manera ilegal, por la fuerza. Eso se llama allanamiento de morada. ¿Sabe que le puede caer una querrela?

—¿Te lo repito otra vez? —preguntó Laura levantando la pistola y quitando el seguro del percutor.

—¿Qué tipo de información?

—Sé quién ha ordenado la muerte de David Ribas. No quiero detenerlo, ni obtener pruebas para enjuiciarlo. Solo quiero saber quién anda detrás de él. De dónde proceden los sicarios que viajan a la India para matarle.

Emilio exhaló una bocanada de humo y se rio estrepitosamente.

Laura agarró el edredón y lo lanzó al suelo. Apuntó hacia abajo y apretó el gatillo, disparándole al muslo derecho, a unos dos centímetros por encima de la rótula. Emilio escupió el cigarrillo y gritó fuera de sí. Su expresión había pasado de la suspicacia e incredulidad a la furia.

—Vuelve a reírte y te meto otra bala —gritó Laura para hacerse oír ante los continuos jadeos de Emilio—. ¡Contesta a mi pregunta!

El pijama, la sábana y el edredón comenzaron a mancharse de sangre. Emilio estaba sudando y presionaba la herida con las dos manos.

—La mafia rusa. Contacté con ellos a través de un tercero —dijo entre dientes.

—Sigue hablando o no llamo a una ambulancia. Dentro de poco perderás la conciencia y mañana te encontrarán aquí desangrado, atado a la cama. ¿Cómo puedes anular el contrato?

—No es posible —gritó—. Es irrevocable.

—Puedes pagar el total y terminar el contrato.

—No —dijo soltando un largo gemido de dolor.

—¿Por qué no?

—Cobran y no descansan hasta cumplir el objetivo. Se lo toman como un prestigio profesional. Si no lo cumplen, no podrán ser contratados por otros clientes, y su imagen se verá dañada por sus competidores.

»David ha matado a varios de ellos y ha convertido esta situación en una afrenta personal con

esos rusos. Ya no es por dinero. No se puede hacer nada. ¡Por favor, llama a una ambulancia!

Laura bajó corriendo las escaleras.

—Voy a salir —dijo mirando el exterior desde la ventana del salón.

—Recibido. Espera. —Varun procedió a interceptar la señal de satélite de los sensores—.  
Adelante. Ya puedes.

Tras recibir por su audífono la confirmación de que el exterior estaba despejado, echó a correr hacia los árboles.

# 14

El autobús Volvo VRL estaba lleno de pasajeros, pero David se las había ingeniado para encontrar un asiento a escasa distancia de un grupo de jóvenes turistas extranjeros.

Durante el trayecto, unos comenzaron a tocar la guitarra y otros a cantar, mientras los demás aplaudían al unísono o vociferaban letras de canciones inglesas. La mayoría de ellos iban colocados de hachís, ácido y hierba. Se reían a menudo y hablaban a gritos por encima de la música.

La dureza del rostro del español dividía las emociones de la de los enmarañados jóvenes turistas. Un metro de distancia los separaba, y a pesar de comprender el entusiasmo del alegre grupo, no lo compartía. Se recostó en su asiento, viendo cómo el paisaje pasaba por la ventana.

Era ya de noche cuando, tras un recorrido de diez horas por la AH47, el autobús llegó a la estación Mapusa de Goa.

Compró una botella de agua en un puesto del andén que atendía tanto a locales como a los numerosos turistas extranjeros. Sació su sed, a pesar de continuar sudando más profusamente.

Una vez fuera, desoyó la insistente petición de conductores de taxis para que subiera a uno de sus vehículos. Cuando llegó a las inmediaciones de la carretera general paró a un *autoricksaw* que circulaba por los alrededores de la estación en busca de algún pasajero a aquella hora intempestiva.

La noche estaba iluminada por la inmensidad de la luna llena. Tras cuarenta minutos de viaje, pagó al conductor al borde de la calzada y lo despidió. Caminó hacia la playa entre exuberantes y frondosos parajes. Era una noche cálida y perfectamente clara. Pasó por delante de casas construidas siguiendo los gustos y estilos de la era colonial portuguesa.

Llegó a la playa. En el horizonte las estrellas se elevaban desde las olas y la luna casi llena teñía el mar, salpicando con su brillo el oleaje.

Cruzó el restaurante Annapurna. Estaba cerrado y en silencio. Se giró para observar una solitaria figura que se dibujaba en la playa. Se acercaba a paso lento. Alto, delgado y con la piel de un marrón oscuro, tenía el pelo apelmazado de rastas e iba adornado de collares y amuletos.

Al pasar de largo, juntó las manos en un gesto de saludo y bendición. Era un *sadhu* hindú. David le respondió de igual modo.

Al seguir caminando, vio dos mujeres en biquini con pareo alrededor de sus cinturas. Estaban sentadas sobre la arena a pocos metros de distancia. Sus figuras eran bien proporcionadas, sus cabellos brillaban a la luz de la noche. Contempló la espalda de una de ellas, con una tupida melena. Sus músculos y desnuda piel brillaban.

Su compañera se giró y llamó la atención a su amiga. Las dos se rieron observando al español. Entonces él se dio cuenta de que ambas estaban fumando marihuana. Una de ellas alzó el porro al aire al tiempo que exhalaba un denso humo blanco, invitándole a fumar. David alzó la mano, gesticulando negativamente y pronunciando *thank you* en voz alta.

Siguió caminando hasta que llegó al bungalow de estilo colonial de Ali Fazal. La vivienda estaba pintada de blanco y de amarillo limón. Era un edificio enorme de estilo colonial portugués.

En la entrada había una verja de hierro forjado que constituía más una decoración que un impedimento de que alguien entrara. Los árboles estaban bien podados y moteaban el camino envuelto en sombras negras.

Tras cruzar la verja, se agazapó en un lugar donde la oscuridad era más intensa. Desde su posición estudió el trazado del jardín. Excepto él, no había nadie en el exterior de la vivienda.

Bordeó el camino de gravilla. Las luces ornamentales estaban encendidas a lo largo de la propiedad. Se había construido de tal forma que desde sus balcones y ventanas, rodeadas de macetas de cerámica, se pudiera aprovechar al máximo la magnífica vista del mar.

Sin embargo, desde el punto de vista de la seguridad había un montón de cosas que David no hubiera aprobado si fuese el dueño y, menos aún, el jefe de aquel suculento entramado de enriquecimiento en el mercado negro.

Dio la vuelta al edificio. Fue directo al garaje. Se asomó y vio en el interior un Mercedes Clase A blanco. Había varias cajas de embalaje y artículos de jardinería. Aquel era el vehículo que solía utilizar en Bombay. Todo apuntaba a que Ali estaba en el interior. Volvió a la entrada.

En la puerta principal se quedó a escuchar. Ali era un gran bebedor. Al depender el negocio de la agencia de viajes de su imagen pública, sobre todo por su condición de musulmán, las borracheras se las pegaba siempre ahí, en Goa, oculto de la gente.

Oyó un ruido en el interior. Eran voces. Llamó con los nudillos a la puerta y esperó. Nadie respondió. Tras aguardar unos instantes, fue hacia un lateral de la vivienda. Se subió a una balaustrada y estudió el cierre de una ventana que estaba enganchada con una ganzúa.

Saltó a tierra y cogió un fino palo del suelo con el que consiguió levantar el cerrojo. Se aupó en el alféizar de la ventana y saltó al interior.

Vio todo sin necesidad de encender el interruptor de la luz. Alguien se había ocupado de que el dueño de la casa no pudiera levantarse para abrir la puerta.

Ali estaba tumbado en el suelo del salón principal. Gordo y peludo, vestía tan solo un bañador. Alrededor de su cabeza había un halo de sangre seca. Un disparo efectuado por un profesional.

David supo que tenía que ser rápido. Lo último que quería era ser visto en una escena de un crimen o dejar algún rastro que se le asociase. Dado que debía de llevar muerto varios días y nadie había llamado a la policía, el asesino había usado un silenciador.

Entró en el dormitorio. Se fijó en la cama deshecha y en la ropa de mujer tendida en el suelo. Una tenue luz salía del baño. Se acercó y dio un empujoncito con la punta del zapato. Una mujer desnuda yacía muerta en la ducha de igual modo, con un tiro en la cabeza. Las baldosas de mármol de la pared estaban teñidas de rojo.

David volvió al salón. Desde luego, el crimen no había sido motivado por un robo. Las cosas de valor estaban intactas. Además, el reloj de oro lo llevaba puesto en la muñeca y alrededor del cuello tenía un prominente colgante también de oro.

Con frecuencia, Ali abusaba de su posición en el mercado negro y se había granjeado enemigos. Sabía que sus competidores con sumo gusto se querrían deshacer de él. Pero la profesionalidad con la que había sido asesinado no era indicio de haber sido con el fin de zanjar disputas entre hombres de negocios rivales.

La puerta principal incluso había sido cerrada con llave. El asesino se habría hecho con la llave y, tras cometer su crimen, había cerrado la vivienda y seguramente tirado la llave lejos, en la playa.

Ali Fazal había sido un temerario hombre de negocios. Había amasado una fortuna millonaria con el contrabando de oro. «Y mira en lo que ha acabado. Muerto en su casa de la playa, igual que

la prostituta en el cuarto de baño que habría contratado aquel día», divagaba David mientras seguía estudiando el crimen.

Siguió moviéndose cuidadosamente. Entró en el despacho de Ali. Todo parecía en su sitio. No daba la impresión de que nadie hubiera entrado. Había varios monitores. Sin duda, las cámaras CCTV estaban camufladas en el exterior.

El precavido de Ali se había asegurado de proteger su vivienda con videovigilancia. Pero ¿por qué el asesino no había registrado la vivienda antes de irse? David se quedó un instante cavilando.

Sin duda, el asesino era extranjero. Había asesinado primero a Ali, y percatándose del ruido en el baño, había asesinado a la mujer, quien había estado en el lugar y momento equivocados.

Tenía prisa. Por eso no había realizado ninguna inspección en la vivienda. Al estar ubicada en la playa, había descartado cualquier sistema de videovigilancia. No tenía necesidad de matar a la mujer, ya que esta se hubiera enterado de la muerte de Ali minutos después, cuando el asesino ya se hubiera marchado. Pero había ido al baño y matado a la mujer para ganar tiempo.

«Necesitabas llegar al aeropuerto, coger un vuelo y salir de la India antes de que la policía se enterara de lo sucedido. Necesitabas ganar tiempo». Era alguien muy bueno, sin duda, pero no perfecto.

Encendió el ordenador de mesa. Había conexión de internet. No se necesitaba contraseña para entrar. «Has sido muy descuidado, Ali». Vio el programa de videovigilancia privada en el escritorio de la pantalla.

Gracias a los cerebros en informática que trabajaban para Hassena, insertó una memoria USB instalando un programa que daría acceso directo al Cervantes, desde donde Varun Grover podría obtener todo lo que hubiera en el ordenador, entrar en sus correos electrónicos e incluso acceder al teléfono móvil de Ali y demás aparatos vinculados al ordenador.

Antes de ser reclutado por el Cervantes, Varun se había labrado la reputación de ser el hacker informático más buscado del mundo al robar millones de dólares al gobierno sirio y sustraer enormes cantidades de dinero de cajeros automáticos por toda Europa. Era una persona que manejaba datos.

Obsesionado con los patrones, a la hora de descubrir algún determinado asunto decía que cuando estudiaba el seguimiento de una persona siempre había un patrón que te conduce a otro y entonces obtienes el resultado.

El mensaje que David enviaba a Varun junto al fichero comprimido decía: «Averigua quién ha entrado. Asesino profesional. Revisa las imágenes. Borra las mías». Inmediatamente recibió como contestación un emoticono de una figura amarilla y redonda con una amplia sonrisa: «Me alegro de saber de ti. Eso está hecho, amigo».

Era el momento de irse.

## 15

En el Cervantes, los dedos de Varun Grover bailaron sobre el teclado hasta que apretó la tecla *intro*: en la pantalla sobre la pared de la sala de operaciones aparecieron las imágenes captadas por las cámaras de seguridad de la vivienda de Ali Fazal.

Congeló la imagen de la figura del hombre que, minutos después de haber entrado en el bungaló, salía corriendo. Maximizó la imagen y explicó a Julián de quién se trataba.

Según le dijo, el asesino se llamaba Mohid Hamid. Por las imágenes captadas, era un individuo alto, desgarbado y barrigón. Era de origen indio, concretamente de la población de Alleppey, en el Estado de Kerala. Había sido culturista profesional, consiguiendo el título de *míster Kerala*.

Se desconocía cómo había sido captado por los fundamentalistas islámicos, aunque lo más probable es que, debido a sus orígenes humildes, hubiera sido en la madrasa de su comunidad donde le inculcaron la ideología radical. Pertenecía a un grupo terrorista islamista del Deccan indio vinculado a Qasim al-Abadi con sede en Pakistán.

—Después de llevar a cabo su misión, cogió el primer vuelo hacia Islamabad que salía por la mañana.

—Es decir, que es en Pakistán donde Qasim con sus hombres se mueven a sus anchas —dijo Julián.

—Viajan por el extranjero, y a la hora de escurrir el bulto, se esconden en Pakistán. Ese Qasim ha creado la típica célula. Manda a Lahore a un joven nacido y crecido en Occidente o en la India, fingiendo que va a visitar a un familiar de sus padres, a un amigo o simplemente como turista, y acaba aprendiendo a manejar fusiles y técnicas terroristas.

—El gobierno pakistaní prefiere hacerse el inocente y callarse. Es verdaderamente vergonzante —dijo Goyo.

Laura asintió con la cabeza.

—A los americanos, de los que dependen muchas ayudas económicas que reciben, y al resto de la comunidad internacional, les embadurnan constantemente mientras mienten descaradamente sobre los nidos de terroristas que campan a sus anchas en el país.

Esta revelación les llevó a pensar que habían eliminado a Ali Fazal para evitar que hablase sobre los frecuentes viajes de Qasim a la India. El atentado en Madrid había resultado fallido, se habían enterado de la muerte de Ahmed Fouzair en Barcelona y habían decidido eliminar al agente de viajes porque se había convertido en un testigo incómodo que podía vender la información sobre Qasim a agencias de inteligencia.

Después de escuchar a Varun, Julián se giró, paseó la mirada por la sala de operaciones, estableciendo contacto visual con cada uno de sus colaboradores y, rompiendo el breve silencio, anunció el prefacio a una nueva directriz:

—Quiero que sepáis que he decidido volver a reclutar a David Ribas.

—¿David? —preguntó Goyo dando un respingo al tiempo que sacudía la cabeza mostrando su sorpresa y dando a entender su disconformidad.

—Sí, él. ¿Quién mejor para enviar detrás de este maldito diablo de Qasim al-Abadi que alguien que ha estado en el infierno?

—La obsesión por vengar la muerte de su mujer le ha emponzoñado —observó Goyo—. Y ahora que sabemos que sicarios rusos andan detrás de él... ¿Puede ser asesinado en cualquier momento! Podemos mandar a Marruecos al operativo Alfa.

—No, a Alfa lo quiero en España —dijo claramente—. Además, David podría entrar y salir el país sin ser detectado. Su protectora en la India le proveería de documentos de identidad falsos con mayor celeridad que nosotros.

Anteriormente, el Cervantes habían encomendado a David Ribas varias misiones fuera del sistema, y así iba a seguir, al menos por el momento.

—Estoy de acuerdo —dijo Laura—. Es un hombre independiente que toma sus propias decisiones en momentos precisos de gran estrés.

—En mi opinión, el historial de David Ribas es cuestionable —intervino Goyo—. Durante estos últimos años se ha vuelto nativo, un personaje salido de la pluma de un escritor de *thrillers*. Un sicario, un asesino que vive en los bajos fondos de Bombay.

Julián hizo un gesto de desaprobación, al tiempo que negaba con la cabeza.

—Creo que estás viendo sombras donde no las hay —intervino Laura lanzando a Goyo una mirada de pocos amigos.

Goyo se limitó a asentir con la cabeza, reafirmando su posición.

—Mándale sin más demora la información del paradero de Qasim al-Abadi —ordenó Julián a Laura—. Y menciónale que asesinos profesionales rusos andan detrás de él. Que lleve mucho cuidado. Cuanto antes vuelva a la India bajo la protección de la jefa del crimen organizado de Bombay, estará más seguro.

—Tras sus pasadas operaciones hay que admitir que tiene una tremenda habilidad de salir triunfante ante situaciones de peligro —prosiguió Goyo—. Que pongas a David Ribas de nuevo en circulación supone que el riesgo indudablemente será mucho mayor.

—Pero, por otra parte, el margen de error será más estrecho —dijo Laura, mirándole con ojos escrutadores, como si lo estuviera viendo por primera vez.

—Ningún servicio de inteligencia tiene datos concisos sobre Qasim y su grupo —repuso Julián—. No tienen datos sobre él o dónde reside en la actualidad. Lo único que tenemos son las imágenes golpeando los cuerpos asesinados de nuestros compatriotas. Qué hizo después y a dónde fue es un misterio.

»Ahora tenemos una pista y debemos ceñirnos a ella. David Ribas es el operativo más capacitado que tenemos y lo necesitamos en estos momentos para eliminarlo de la faz de la Tierra.

—En un punto sí que debemos estar de acuerdo —intervino Laura, que tenía los brazos firmemente cruzados alrededor del pecho—. A cada nuevo paso que David da, los riesgos y el peligro por su vida se agravan. Pero no cabe duda de que todos nosotros tenemos una opinión excesivamente elevada de su talento, ¿no es así?

—Nuestro objetivo está bien claro —insistió Julián—. Desde aquí protegemos los intereses de España con todos los medios necesarios. Y a David lo considero parte de nosotros.

—Hemos evitado una catástrofe en Madrid —dijo Laura—. Si no eliminamos a Qasim cuanto antes, pronto mandará nuevos lobos solitarios a atentar.

—Cosa que me parece obvia que vaya a suceder. Y ahora, después de los últimos acontecimientos, está prevenido —añadió Goyo.

—Entonces, lo tenemos claro. Actualmente nos encontramos en una situación en la que no hay más remedio que dar vía libre a David Ribas y confiar en que hará lo que mejor sabe hacer —

sentenció Julián.

Goyo levantó el índice al aire, sabedor de que David Ribas se había convertido en el niño mimado del Cervantes y de que Julián albergaba la esperanza de reclutarlo oficialmente en un futuro próximo, un deseo al que por lo visto nunca renunciaba.

—Apruebo tu decisión —dijo frunciendo los labios—. Pero... no hay que ser doctor en balística para columbrar que la organización rusa seguirá mandando sicarios de manera metódica a la India. ¿Y hasta cuándo puede mantener la cordura David Ribas en medio de tanta tensión?

Julián le dirigió una brusca mirada. Trató de discernir si aquel comentario mostraba su resignación o su satisfacción. Su expresión se ensombreció.

Goyo pertenecía a una nueva generación; se había curtido en las más prestigiosas universidades de España y Estados Unidos, su familia era muy rica; había trabajado duro hasta conseguir el puesto en el Cervantes, era un gran analista y director de operaciones.

Desde los últimos años estaba empeñando, quizá demasiado, en poner en marcha sus propias iniciativas sobre cómo dirigir la organización. Pero a diferencia de él, Julián poseía una clara ética del trabajo.

—Hasta que aguante —comentó por fin, dejando escapar un suspiro y con voz cuidadosamente neutra—. Este es el quid de la cuestión.

## 16

Las aspas del ventilador giraban a su máxima potencia suspendidas en el techo. David Ribas abrió los ojos. Despertó de un sueño que le había provocado un intenso sudor. Se irguió y se sentó en el borde de la cama. El corazón le latía con fuerza.

De la mesita de noche cogió el móvil y miró la pantalla. Eran las cuatro y media de la mañana.

Respiró hondo, se tiró al suelo y se puso a hacer flexiones. Después, realizó una tanda de abdominales. El español, de estatura media y de unos ochenta kilos, tenía una musculatura compacta que dependía más de la resistencia y rapidez que de la fuerza física.

Cuando hubo terminado, se sentó en el suelo en forma de flor de loto y comenzó a realizar ejercicios de respiración durante cinco minutos.

Se levantó de un salto. Apagó el ventilador del techo. Cogió la toalla que colgaba de una cuerda y entró en el cuarto de baño: un plato de ducha de mármol blanco, el pequeño lavabo también de mármol, un espejo hexagonal y un váter de estilo indio. En un rincón, una escobilla y un cepillo de palo largo para escurrir el agua del suelo.

Abrió el grifo de la ducha, alargó el brazo hacia la repisa, cogió una pastilla verde de jabón Dettol y se metió bajo el chorro de la regadera.

Con el torso desnudo y su cintura envuelta en una toalla, se miró al espejo. En aquella cara no se reconoció. Tuvo la sensación de ver a un extraño, alguien a quien la vida hubiera agotado cruelmente, no por el paso del tiempo, sino por las circunstancias.

Llevaba meses sin afeitarse ni cortarse el pelo. Su reflejo le miraba como si saliera de alguna fábula mitológica hindú o de esos cantantes de *rock* de los setenta de tupida cabellera y frondosa barba, como John Lennon o Jim Morrison.

Una vez que se hubo vestido, leyó el mensaje codificado que acababa de recibir de Laura García. Al conocer la noticia sobre el contrato que habían pagado a los rusos para matarle, soltó un bufido. También le informaba de que Qasim al-Abadí se encontraba en Marruecos y que Julián quería que fuese él quien viajase para eliminarlo.

Se quedó de pie mirándose en el espejo de pared, colgado al lado de la puerta. «¿En qué me he convertido? Antes era el marido de una mujer maravillosa. Iba a ser padre. Pero los acontecimientos me lo han quitado todo». En su afán de seguir recordando la memoria de Cristina, se juró a sí mismo no dejar a nadie que le arrebatase su vida.

Cuando bajó las escaleras y cruzó el pasillo, se encontró con el guardaespaldas personal de Hassena manteniéndose firme junto a la puerta principal. Sin decir nada, le señaló con el índice la habitación contigua.

David entró. Hassena se encontraba sorbiendo un té mientras leía uno de los muchos periódicos impresos que estaban desparramados sobre la mesa —nacionales, locales, financieros— en inglés, en hindi y en marathi.

Tras saludarse cordialmente, ella le conminó con la mirada a sentarse en un sillón incoloro que necesitaba con apremio un nuevo tapizado desde hacía años. David dejó su mochila en el suelo y se acomodó, al tiempo que recibía de un sirviente una taza caliente de té masala.

Hassena se quitó las gafas y observó al español.

—¿Cuándo te vas?

—Se supone que están cifrados. ¿Cuándo vas a dejar de leer mis mensajes? ¿No puedo tener privacidad? —preguntó David sonriendo.

—Cuando esté muerta, y para eso creo que falta tiempo.

—No sé cuándo iré. Aún no lo he decidido.

Hassena volvió a ponerse las gafas. Continuó leyendo los periódicos. Él terminó el té.

—Bien —dijo sin quitar la vista de un artículo sobre Oriente Medio—, ve a la Akhara y despeja tus ideas, quizá te ayude a tomar una decisión. Te deseo un buen día.

Cuando salió a la calle, la mañana era calurosa y húmeda. Arrancó su moto y se dirigió a la Akhara, la academia de lucha.

Cuando Hassena acogió en su círculo privado a David Ribas, se propuso enseñarle todo sobre el negocio de la clandestinidad, pero también sobre cómo defenderse y sobrevivir físicamente. Quería hacer del español un auténtico asesino capaz de matar y defenderse ante cualquier objetivo y ataque. Puso a Gurú, como todos sus alumnos le llamaban, como la persona encargada de moldearlo.

«Todo está en la mente», le dijo él por entonces. «Tienes que afrontar tus miedos y entrenar la mente. Tienes, por tanto, la obligación, la responsabilidad, de salir adelante, de perseverar».

Tras muchos años entrenando distintas técnicas de lucha, David poseía la complexión de un boxeador de peso medio y estaba en forma como un deportista de élite: los hombros musculosos, el vientre plano y los miembros fornidos. Además, su estado anímico había sufrido una tremenda transformación. Era una persona con una gran dureza mental.

Tras la sesión de entrenamiento con un adversario indio más grande que él, fue a ducharse. Cuando salió del vestuario con el casco de la moto en la mano, Gurú le llamó.

Le inquirió por la prisa en marcharse y David le comentó los últimos acontecimientos, sin dar detalles ni mencionar nombres. Antes de que terminase de hablar, su maestro alzó la palma de su mano derecha, como gesto de que no tenía que seguir diciendo palabra alguna, y le invitó a tomar un té con él bajo la sombra de un baniano.

Gurú mantenía el vaso lleno con las yemas de los dedos. Bebió con delectación un pequeño sorbo, hizo una pausa, y volvió a beber. Entonces miró a su discípulo:

—Tu mujer murió. Es inútil que te aferres a ella porque no volverá. Tienes que mantener a raya tus emociones.

—¿Qué quieres decir?

—Que debes concentrarte en controlar las sombras de tu pasado porque pueden ser causantes de tu perdición. No puedes permitir ahogarte en tu propia culpa.

—¿Me consideras culpable de la muerte de mi esposa?

—No. Tú tomaste una elección. La más acertada en aquel instante. Fuiste a la planta baja del hotel para saber qué estaba sucediendo en aquellos momentos. Para ofrecer tu ayuda si fuera necesario. Hiciste lo correcto. Pero la obsesión por vengar su muerte te está emponzoñando.

—Debí quedarme con ella en el restaurante. La hubiese podido defender de los terroristas.

—David, los recuerdos no deben de llevarte a la desesperación. Quitá las conjeturas de tu cabeza. Si alimentas esos pensamientos, aumentan de tamaño y adquieren proporciones de dioses. Evítalo. Solo así podrás superar el tormento de tu pasado.

Ambos bebieron en silencio el té caliente; mantuvieron el líquido en la boca por un instante, como si estuvieran degustando un buen licor, y satisfechos por el fuerte sabor a jengibre, tragaron.

Mientras degustaban el té y conversaban, estudiantes de la Akhara que llegaban o se

marchaban se aproximaban para tocar con la mano derecha los pies de Gurú y luego llevarse la mano al pecho como símbolo de respeto al maestro.

—¿Crees que en tu país de origen hay personas inocentes que corren peligro? —preguntó Gurú.

—Sí.

—¿Y estás en situación de hacer algo para evitar el derramamiento de sangre inocente?

—Puede que sí.

—Es decir, que te crees capaz de poder aliviar el sufrimiento.

—Sí y no, porque el sistema parece que no tenga prisa por eliminar para siempre el mal del terrorismo.

—Pero ¿existe la posibilidad de que puedas prevenir la muerte de personas inocentes? — insistió el maestro con tono más tajante.

—Sí.

—Siempre he dicho que para derrotar a un enemigo hay que conocerlo. Y tú los conoces. Has ido detrás de terroristas islámicos desde hace muchos años. Entonces, por lo que yo entiendo, si no tomases acción, tú serías responsable del sufrimiento de otros seres humanos. Traicionarías la memoria de tu esposa.

David lo miró fijamente a los ojos y supo con certeza que no intentaba ofenderle.

—En cierto modo..., y expresado fríamente..., creo que sí —respondió con calma el español—. Pero mi intervención no cambiará nada. Los gobernantes, los políticos, ellos son los que...

—Como tú bien sabes, David, ningún hombre en su sano juicio confía en el sistema judicial de la India, ni mucho menos pone toda su confianza en la policía. Aquí los poderosos e influyentes salen indemnes, independientemente del crimen que hubieran cometido y de la cantidad de pruebas que hubiera contra ellos.

»Sin embargo, en Europa es diferente, no hay países en vías de desarrollo, quizá unos son más ricos que otros, pero hay justicia o al menos se pueden denunciar injusticias y conseguir que se condenen.

»Lo que quiero decir es que los políticos, independientemente del ámbito geográfico, son como el flujo y reflujo del mar, que van y vienen. Pero los terroristas son una calaña diferente, quieren sembrar el terror de forma permanente. Por lo tanto, y creo que estarás de acuerdo conmigo, es posible hacer algo incorrecto por razones correctas.

# 17

David salió de la peluquería con el rostro cambiado. Se había afeitado la barba y cortado el pelo.

Después de conducir la moto por calles estrechas, aparcó a la entrada de un gran edificio laberíntico. Se adentró en el lugar acelerando el paso.

Parecían unos grandes almacenes abandonados. Todas las puertas metálicas estaban cerradas a cal y canto, pero en su interior trabajaban desmontando televisores, ordenadores, discos duros, impresoras y teléfonos móviles. Hacían negocio con chatarra electrónica. David cruzó el largo pasillo, haciendo eco con sus fuertes pisadas. Había mucha humedad. Olía a moho y a polvo.

Subió unas escaleras, luego bajó otras, salió al exterior y se internó de nuevo en la abarrotada calle. Entró en una sastrería.

Tres personas trabajaban en la acera con máquinas de coser y en el interior un hombre ordenaba rollos de tela. El local era uno de los muchos sucios y pequeños negocios de la zona. David fue directo al fondo, sin que nadie le interrumpiese o cuestionase su presencia. Aunque desde el exterior lo pareciera, aquella no era una sastrería local corriente.

Tras traspasar una puerta, subió unas escaleras y accedió a una amplia habitación. Había varios ordenadores y aparatos electrónicos desconocidos para él.

Un hombre delgado, vestido con un *kurta* blanco, le indicó una silla. David se acomodó. Una vez que le hubo tomado una foto, le dijo que esperase un tiempo.

El ambiente olía a metal caliente. Había una luz violácea procedente de los finos tubos del techo. Los ventiladores estaban a su máxima potencia y aun así la espalda la tenía empapada de sudor.

Las estanterías y mesas estaban llenas de equipamiento electrónico y de dispositivos periféricos informáticos, USB de toda clase y tamaños, tabletas, móviles, portátiles y muchas pantallas planas de ordenadores de mesa. Por el suelo había cajas de cartón llenas de DVD vírgenes, cables eléctricos, ordenadores inservibles y demás material informático.

Al cabo de una hora le trajo su nuevo pasaporte y un teléfono codificado vía satélite, ya que su móvil en Marruecos solo tendría cobertura parcial.

Aquel empleado de Hassena era uno de los mejores falsificadores del mundo. Podía reproducir cualquier documento y cualquier cosa.

Antes de salir, David echó un vistazo al pasaporte. Ahora se llamaba José Souza-Cardoso y tenía identidad portuguesa.

La pista estaba mojada. Había estado lloviendo desde el día anterior. Bajo un cielo furioso cargado de nubes, el autobús, completo de pasajeros, se alejaba de la terminal del aeropuerto Chhatrapati Shivaji Maharaj y cruzaba la pista entre varias aeronaves de distintas aerolíneas.

Tras subir por la escalera y ser alegremente bienvenido por la tripulación de a bordo, ocupó su asiento correspondiente en la zona *business class*. Suspiró, se puso el cinturón y se recostó.

Detestaba viajar en avión. Sentía sus músculos tensos. Tenía ganas de acción y le desagradaba

estar tanto tiempo sentado con el cinturón puesto. Le daba la sensación de estar desprotegido, vulnerable.

Cuando el avión levantó el vuelo, los pasajeros tuvieron la oportunidad de presenciar, a través de sus ventanillas de polimetacrilato, la vista del enorme campo de chabolas perfiladas contra el horizonte. El extrarradio más degradado y congestionado que ninguno de ellos había tenido ocasión de ver durante la estancia turística en Bombay.

Ahora grababan y sacaban fotos con sus móviles mientras unos deseaban vehementemente no volver a visitar aquel despreciable remedo de ciudad y otros se prometían volver para seguir experimentando un enriquecimiento personal.

Trozos de plástico y planchas metálicas hacían de techo a miles de viviendas improvisadas en los alrededores de la pista. Los más afortunados podían disfrutar de un techo de cemento y ladrillos mal alineados con tanques de depósitos de agua.

La escasez en Bombay había sido la causante de que allí abajo la supervivencia fuera el principal factor motivador para salir diariamente adelante y, por tanto, culpable de que se hubiera imbricado en la psique de los indios.

Descansó muy poco y apenas pudo dormir durante el vuelo. Hizo escala en París, donde cogió otro avión con destino a Marrakech. Pero, aunque intentó resistirse, el cansancio se apoderó de él y a los pocos minutos de despegar se quedó dormido.

En el sueño aparecieron los recuerdos del pasado. Su mujer, Cristina, estaba de espaldas al hotel Taj Mahal Palace, donde hacía pocos minutos se habían registrado. El aire estaba impregnado de un fuerte olor a salitre y un hedor malsano proveniente del mar.

Estaban rodeados de gente, turistas, locales y vendedores de postales, de recuerdos y de maíz en cucuruchos hechos de papel de periódico para dar de comer a las palomas que había en derredor.

Él se dispuso a tomarle una foto. Ella sonreía y la brisa le levantaba el pelo de alrededor de las orejas. De súbito, otra imagen surgió de repente.

Hay sangre por todas partes. David se aproxima tambaleante entre muchos cuerpos tendidos en el suelo. Ve a Cristina, cuyo rostro está pálido, con los ojos cerrados y un orificio en su cabeza. Ella abre los ojos e intenta decirle algo. David no consigue entender lo que le está intentado decir.

La azafata le tocó levemente el hombro. David se despertó y puso su asiento recto, como le pedían. Pronto aterrizarían en Marrakech, la reina del palmeral, roja y alegre.

Antiguamente, los señores feudales construyeron palacios de mármol y jugaron al amor y a la guerra en sus jardines, rezaban las cinco oraciones entre olivares y adoraban a su dios en la mezquita.

Pero desde las montañas los rudos pastores almohades, recelosos de aquella vida, decidieron poner fin a su placer y ocio. Saquearon palacios y acabaron con aquel refinamiento convirtiendo Marrakech en una ciudad monacal, de plegaria y estudio. Construyeron edificios exentos de lujo, de espacios abiertos y con murallas de barro.

Después de que los almohades hubiesen robado todo, en el siglo XV Marrakech fue nuevamente invadida, esta vez por los sultanes saudíes, devolviendo de nuevo el apogeo a la ciudad. Durante mucho tiempo, caravanas de camellos traían a la ciudad tesoros extraídos del interior de África, y a mujeres raptadas, negras como el ébano, además de esclavos altos y robustos.

Hasta que, en el siglo XVII, los sultanes alauíes, dinastía que actualmente reina en Marruecos,

convirtieron la ciudad en la capital del reino, destrozando de nuevo su esplendor. La ciudad vivió encerrada en sus murallas de barro rojo hasta que la fiebre del turismo la despertó del sueño.

La dirección que le había proporcionado Laura García estaba situada en el misterioso laberinto de la Medina, un lugar amurallado donde un acérrimo musulmán como Qasim al-Abadi podía encontrar todo lo necesario para sobrevivir: la escuela coránica, la mezquita, los hornos de pan, los baños y el zoco con sus intrincadas callejas.

Después de pagar y apearse del taxi, David caminó por pequeños núcleos de casas agrupadas entre altos muros, comunicadas por callejones muchas veces sin salida, llamados *derbs*, sin continuidad y con una laberíntica complejidad.

Hombres y mujeres vestían tanto a lo occidental como a la manera tradicional. Unas voces evocadoras vibraban por megafonía llamando a los fieles a la plegaria.

Mientras que las calles en los países occidentales son de alineación recta y algo continua, en Marruecos en ocasiones son una suma de quiebros, carecen de continuidad y están llenas de recodos.

No supo cómo, pero salió a una avenida donde avanzaba el tráfico a una velocidad endiablada, entre carros tirados por burros, vehículos que escupían humo azul y microbuses jadeantes. Una furgoneta Peugeot Partner con la ventanilla delantera bajada redujo la velocidad. Por un instante, vislumbró un arma. Dos disparos le obligaron a echarse al suelo. El vehículo arrancó después a toda velocidad.

David se levantó y corrió por la carretera para dar alcance a sus atacantes. Una destartalada camioneta giró de una calle paralela situándose detrás del Toyota. David se agarró a una cadena y pudo encaramarse al tráiler.

Una calesa con turistas irrumpió por delante, la Peugeot dio un bandazo y subió a la acera. La camioneta frenó en seco y los coches de detrás frenaron de golpe cambiando sus morros bruscamente de dirección.

En medio del alboroto de los chirridos de las llantas, David saltó del tráiler, tiró a un motorista al suelo, se subió a la moto, viró en redondo y salió a toda velocidad reanudando la persecución.

La carretera estaba atestada de tráfico. La Peugeot Partner se metía por el carril contrario y por las aceras. David se saltó un semáforo en rojo y siguió zigzagueando entre una serie de pitidos furiosos e insultos mientras trataba de dar alcance al todoterreno.

Cuando estuvo a punto de alcanzarlo, el vehículo viró bruscamente, dio la vuelta y se incorporó a la calzada contraria.

David disminuyó la velocidad, giró y continuó la persecución. Cuando alzó la vista, vio cómo a lo lejos un camión cisterna hacía su aparición, parecía que estaba doblando hacia la entrada de la gasolinera, justo al borde de la carretera. El conductor del Toyota no pareció advertir aquella maniobra y chocó violentamente.

El cielo se cubrió de humo negro y grasiento. A escasos metros de donde David había parado la motocicleta, caían sobre el asfalto fragmentos metálicos.

¿Cómo habrían dado con él los sicarios que no descansarían hasta verlo muerto?

## 18

La casa se parecía mucho a sus vecinas: desconchada y sucia. Un grupo de niños jugaba al fútbol. La pelota fue a parar a los pies del español, la levantó con la puntera de su zapato y se la devolvió a uno de los chicos antes de que saliesen corriendo calle abajo.

David entró en el edificio. Tras cruzar el portal, caminó por el salón. No había nadie. La vivienda era de lo más humilde. No había nada moderno ni electrónico. Todo estaba decorado de una forma rústica.

El ruido del cristal de una ventana al romperse reverberó por toda la vivienda. Entró rápidamente en la cocina y vio en el suelo la pelota de fútbol. Escuchó un leve sonido a su alrededor, pero fue ya tarde. Había caído en la trampa.

Sintió el filo de la hoja en su garganta. Era una persona muy musculosa. Llevaba camiseta de tirantes y sus flexibles bíceps los tenía absolutamente definidos; podría haber pasado por algún guardián de los que antiguamente salvaguardaban el harén de los sultanes.

—*T'es qui?* —preguntó el hombre mirando al extraño visitante sin ninguna emoción.

David no lo pensó, se giró con rapidez y apretó con fuerza el pulgar sobre el nervio de la cara interna de su muñeca. Instintivamente, el hombre abrió la mano y el cuchillo cayó al suelo. Con el canto de la mano derecha le rompió la nariz de un golpe. El adversario cayó de rodillas, aturdido.

Recogió el arma y le asestó un golpe en la sien. El hombre se desplomó. Pero otra persona se abalanzó sobre él. David se apartó a un lado y le clavó el cuchillo a la altura del corazón.

Ató al musculado hombre con unas cuerdas que encontró en los cajones de la encimera y se puso a registrar la casa. No había documentos ni nada revelador sobre las actividades de Qasim ni su paradero.

Volvió a la amplia cocina. Empapó un grueso paño de algodón con el agua del grifo y le asestó un golpe en el rostro del hombre sentado en el suelo con las manos a su espalda. Se despertó del impacto.

David le interrogó sobre Qasim. En un primer momento se negó a contestar. Cambió de opinión al ver a su compañero con el pecho perforado por el cuchillo.

Una vez que obtuvo la información que buscaba, David abrió el gas a su máxima potencia. Rompió en el suelo una botella de alcohol que había en la despensa, prendió fuego y salió cerrando de golpe la puerta de la cocina.

Una vez en la calle, sacó el móvil y marcó un número de Madrid. Quedó a la espera varios segundos durante los cuales la llamada iba pasando por filtros de seguridad. Una explosión se escuchó a su espalda. Contestó una voz familiar.

David informó a Julián de que Qasim se encontraba en Inglaterra, en la ciudad de Cambridge, viviendo bajo el nombre de Taamir Bakri. También sobre el nuevo intento de asesinarle.

—Esto significa que debes salir de allí de cuanto antes —dijo Julián—. Puede que haya más sicarios acechándote. Estás en un país muy vulnerable.

—Desde aquí iré a Inglaterra. Hassena me asistirá. Cualquier novedad te la haré saber.

Julián no pudo desearle buena suerte, había colgado repentinamente la llamada. En la sala de

operaciones del Cervantes no pudo evitar su muestra de preocupación.

—Creemos que lo tenemos en el punto de mira, pero en realidad no sabemos con quién estamos tratando —dijo en voz alta.

—Al menos sabemos ya dónde se encuentra Qasim y su alias, Taamir Bakri —afirmó Goyo.

—Si han dado con él en Marruecos, quiere decir que en algún aeropuerto que ha hecho escala lo detectaron y le habrán seguido o contactado con algún enlace en el país para matarlo —intervino Laura, mostrando preocupación por David.

—Me imagino que saldrá en barco o en tren —añadió Goyo—. En los puertos de Marruecos la seguridad es escasa. Están llenos de transbordadores que a diario salen para Europa. En ferrocarril se encontraría trenes de mercancías hacia distintos destinos.

—¿En barco? No lo creo. Con lo inquieto que es... —aseveró Laura.

—¿En avión? —preguntó Goyo.

—Descartado, en el aeropuerto lo detendrían en cuanto apareciera —dijo ella.

—El director de la Policía Nacional está decidido a asesinarle contratando a los rusos —dijo Julián alzando la voz—. Pero es mi cabeza la que quiere. Por eso quiere eliminar a David, para que una vez descubierta su identidad, toda la responsabilidad recaiga sobre mí.

—Ya te dije que seguir asociados a David Ribas implicaba peligro —dijo Goyo—. Debemos deshacernos de él.

—Será una broma —dijo Laura con el ceño fruncido.

Pero por su expresión supo que no lo era.

—No, Goyo —dijo Julián con evidente enfado—. Seré claro y conciso. Lo quiero vivo y más aún con ese loco islamista suelto en estos momentos.

—Creo que lo que predomina en tu decisión es la relación personal que tienes con él. Eres un sentimental de tomo y lomo.

Julián se repantingó en su asiento y cruzó una pierna sobre la otra. Era consciente de que la ética y la justicia no tenían cabida en su línea de trabajo, donde los engaños no solo eran endémicos como las mentiras, sino indispensables para la supervivencia. Y por otra parte sabía, al igual que Goyo al mencionarlo, que en su profesión el sentimentalismo era sinónimo de dimisión.

—Tal vez lo sea, o tal vez no, pero quiero a David Ribas vivo.

## 19

David Ribas se abrió paso entre la aglomeración de gente que llenaba el mercado de Jemaa el-Fna. Se metió en un portal, sacó de nuevo el móvil y marcó un número de teléfono.

—Improvísame algo. Necesito salir ahora mismo del país. Qasim se encuentra en Cambridge —dijo en hindi antes de colgar.

Trascurrieron unos tensos momentos de espera. Recibió una llamada.

—Coge un taxi al aeropuerto —le informó un empleado de Hassena, desde Bombay—. No entres en la terminal. Dile al conductor que pare justo en el paso de cebrá frente al muro de la entrada, donde está escrito Aeropuerto Marrakech Menara Terminal 1. Te estará esperando una persona que te identificará.

—Necesito evitar el reconocimiento facial de las cámaras de seguridad, ¿puedes proveerme de algo?

—Por supuesto. Lo tendrás.

—Voy para allá.

—Suerte.

Tras guardarse el móvil en el bolsillo y emprender la marcha, sintió un cosquilleo en la nuca, como si alguien lo tuviera en su punto de mira.

Pasó por un puesto de venta de bolsos de cuero y vio a tres personas que avanzaban entre el trasiego del gentío.

Abriéndose paso a empujones entre la apretada corriente humana, consiguió pasar desapercibido. Echó una mirada atrás y fue entonces cuando vio a sus perseguidores pululando por el mercado en dirección contraria.

Salió a la calle apretando el paso.

—¡Taxi!

El conductor paró y David se metió en el interior con rapidez. El marroquí le dijo una tarifa desorbitada hasta el aeropuerto. David no quiso perder el tiempo regateando. Le contestó tajantemente que la mitad. El conductor negó con la cabeza, pero al hacer amago de salir del vehículo, le dijo al pasajero que estaba de acuerdo.

Salieron del centro urbano y de la ciudad. Un avión sobrevoló la carretera. Ya se veía la torre de control y el edificio del aeropuerto.

El conductor lanzó un ruidoso suspiro de queja al tiempo que maldecía en árabe y golpeaba el volante. David miró hacia adelante. Varios coches estaban parados en fila. Otros muchos llegaban por atrás. A lo lejos, patrullas policiales interrogaban a los conductores. Registraban el maletero de aquellos que consideraban sospechosos. Procedían febrilmente, con rapidez y ciertamente con desgana. Por la hora del día y la mala paga, saltaba a la vista que su trabajo lo hacían con desdén y con falta de minuciosidad.

Tras registrar una destartada furgoneta, y darle permiso los policías para que continuase su camino, el vehículo no pudo arrancar. El conductor salió y abrió el capó.

El taxista prorrumpió otro insulto en voz alta. Giró la cabeza hacia su pasajero.

—Amigo, si va con prisa, de aquí no saldremos en la próxima media hora, como mínimo.

—Me bajo aquí. Tome el dinero y algo extra para no hablar de mí a la policía.

—Yo no quiero problemas —dijo contando los billetes—. Les diré que voy al aeropuerto a recoger turistas...

David ya se había marchado. Había decidido cuál era la mejor forma de sortear el control.

Caminó bordeando la carretera. Al avanzar hacia el aeropuerto, encontró una serie de edificios. Pasó junto a varias máquinas y llegó a un hangar convertido en almacén. Había varios empleados del aeropuerto revisando el remolque de un vehículo.

David echó un vistazo al entorno y continuó su camino.

—Alto —gritaron detrás de él.

Pensó en echar a correr. A poca distancia se encontraba un camión con remolque que acaba de arrancar, podría meterse en el interior. Pero David se volvió y vio a la persona que le llamaba la atención. Era un hombre gordo ataviado con uniforme de mantenimiento.

—¿Sí?

—No puedes continuar con ropa de civil. Debes cambiarte y ponerte tu identificación antes de entrar en el aeropuerto —dijo levantando el dedo índice de modo amenazador—. De lo contrario, serás sancionado y te quedarás sin paga.

David masculló una disculpa, sonrió e hizo un gesto indicando que eso estaba hecho. Se dirigió hacia una puerta lateral donde estaba escrita la palabra «Vestuarios». Recorrió las taquillas y al azar forzó una de ellas.

Conforme entraba en la zona de operarios con su mono de trabajo azul oscuro y su identificación en la pechera, había mucho trasiego hasta las inmediaciones de la terminal de salidas. Excepto su contacto, todo el mundo estaba demasiado atareado para fijarse en él.

## 20

Diego Muñoz, director de la Policía Nacional, conocía la existencia de David Ribas. La historia bien podría causar sensación en los medios de comunicación. Pero él no podía hacerla pública. Su subalterno, el director de operaciones Emilio Zaragoza, lo sugirió una vez, pero Diego lo prohibió rotundamente.

Fue Julián Fernández quien reclutó en su día a David Ribas, a quien se le dio por muerto en el asalto terrorista del hotel Taj Mahal Palace de Bombay, y ahora operaba clandestinamente bajo sus órdenes.

Julián y Diego habían sido antaño compañeros en el Centro Nacional de Inteligencia. Los dos eran opuestos absolutos. Pero Julián lo era a los escleróticos políticos de carrera que ensuciaban el trabajo de los agentes de inteligencia, los mismos que Diego quería complacer, incluso ofreciéndoles material clasificado.

Debido a la paranoia de Diego por confabular con los políticos a cambio de favores, dañando en el proceso a agentes en la clandestinidad que luchaban contra el terrorismo desde el anonimato, a sus engaños malévolos y a su reputación de violencia, tuvo la obligación de denunciar sus actividades y este nunca se lo perdonó.

Pero, además, el odio hacia Julián Fernández se había acrecentado cuando el hermano de Diego, Eduardo Muñoz, cónsul de España en Bombay, murió en un atentado suicida en la embajada de España en Nueva Delhi. Diego achacó la muerte de su hermano a David Ribas, quien por entonces iba detrás del terrorista islamista Omar Abdulla.

Así, una vez descubierta la identidad de David, arrastraría a Julián a dar explicaciones públicamente, lo que le acarrearía el hundimiento de su carrera profesional y de la organización secreta que dirigía a la sombra de la legalidad.

Había intentado espiarle en numerosas ocasiones y averiguar quién financiaba el entramado de su organización secreta. Pero todo era dar palos en el agua. Recibía carpetazo institucional, y sobre el Instituto Cervantes que daba nombre al edificio nadie podía argumentar que no estuvieran realizando en su interior otra actividad más que la divulgación de la cultura española.

Daba la impresión de que todo su personal, y la propia organización, vivía tras una cortina de acero inexpugnable que ni siquiera por medios electrónicos era capaz de penetrar.

Por otra parte, las cuentas bancarias y tarjetas de crédito que utilizaba Julián se vinculaban a empresas y direcciones falsas. Para cualquiera que quisiera investigar el Cervantes y a su supuesto director y empleados, se había creado un laberinto de callejones sin salida.

Emilio Zaragoza, director de Operaciones, entró en el despacho de su jefe apoyándose en muletas. Diego sacudió la cabeza y dio una palmada en la mesa. Tenía la cara enrojecida de rabia.

—¿Cómo va esa pierna? —preguntó con su habitual mal genio.

Emilio no podía hacer otra cosa que gañir como un perro apaleado.

—Mejorando, pero aún tengo fuertes dolores.

—Ni que lo digas —dijo manifestando asentimiento—. Un disparo, es un disparo. Por suerte, no te rompió el hueso.

Aún no le había invitado a tomar asiento. Para Emilio estaba claro que quería mantenerle de pie, sin duda como castigo.

—Esa mujer sabía dónde disparaba.

—Me alegro de que te hayan dado el alta —dijo levantando la vista, pero sin sonreír. Pusó los codos sobre la mesa y juntó las yemas de los dedos, al tiempo que revelaba su impaciencia por abundar en algo que era evidente—. Ha sido una auténtica chapuza lo ocurrido en Marrakech.

»El servicio de inteligencia marroquí nos ha llamado preguntando si sabíamos algo y si podíamos colaborar con ellos en la identificación del sospechoso. Les he tenido que dar una lista de cincuenta hojas de personas con antecedentes, la mayoría musulmanes que entraron ilegalmente a España. Conociendo a los moros, cuantos más papeles y burocracia, más embotados se quedan.

A Diego Muñoz no le gustaban los musulmanes. No quería tenerlos cerca ni mucho menos en España. Según él, eran personas con costumbres medievales, sucias y que nunca se adaptarían a las tradiciones y costumbres españolas, sino al contrario, querían imponer las suyas. Por eso era consciente de la amenaza que representaban.

—Es probable que las cámaras de seguridad y los circuitos cerrados de televisión hayan grabado su imagen en lugares públicos y en los aeropuertos —dijo Emilio—. Pero nuestro argumento ha sido que el sospechoso José Souza-Cardoso no tiene pasaporte español, sino portugués.

—Solo hasta que los portugueses informen a las autoridades marroquíes de que el pasaporte es falso. —Tras una pausa, añadió lanzándole carnaza—: Lamento tener que decírtelo, pero este asunto se te está yendo de las manos.

Sosteniéndose con dos muletas, Emilio dio un involuntario paso atrás; sentía que la pala cargada de arena le iba enterrando en un agujero muy profundo. Necesitaba esquivar el asunto.

—Asumí que los rusos...

—Por favor, no asumas nada —replicó Diego exasperado, frunciendo el ceño al tiempo que volvía sus ojos avezados y duros hacia él—. Esta es una misión delicada, por eso te di el visto bueno para que contratases a un grupo de mercenarios.

—Les pediré explicaciones si vuelven a fallar —dijo Emilio tras vacilar un momento.

—No me gusta tratar con rusos —dijo el director arrugando la frente—. Rechazo el estilo de vida que tienen. Además, han sido inculcados en su naturaleza a la puñalada en la espalda. ¿Estás seguro de que tienen interés en cumplir el contrato? Ya deberían haber acabado con él.

—Pero usted conoce los antecedentes de David Ribas. Anteriormente fue agente en activo y ha debido de recibir entrenamiento táctico en la India. De lo contrario, no se entiende.

El teléfono móvil sonó sobre la mesa del director. La llamada parecía importante. Antes de contestar, señaló con el índice a su subalterno.

—Delegué en ti el control sobre una gente que no conozco y esta decisión se está convirtiendo en un embrollo que nunca termina. Quiero que pongas fin a esto.

Con el ceño fruncido, Emilio asintió, dio media vuelta y salió del despacho como había llegado, dando saltos con ayuda de las muletas.

## 21

A Taamir Bakri se le conocía como una persona tranquila y afable. Vivía con su familia en una bella casa, en una zona muy bien cuidada del norte de Cambridge, en el Reino Unido.

En alguna ocasión, su mujer, ataviada con un *niqab*, tocaba a la puerta de sus vecinos y les daba una exquisitez de comida que había preparado. Los vecinos lo recibían como un gesto de buena fe y civismo por parte de sus vecinos musulmanes.

Taamir viajaba con frecuencia al extranjero. Los vecinos creían saber que tenía una empresa de venta de coches de segunda mano en Pakistán, según supieron por un comentario que hizo un día su esposa. Sus operaciones siempre las llevaba directamente a través de internet. Por eso permanecía tanto tiempo en casa.

A ojos de todos, su desaparición de Inglaterra durante largas temporadas estaba justificada. Después se le veía dando clases particulares de conducir con su Ford Focus o llevando a pasajeros en su Mercedes C, que contrataban sus servicios a través de la aplicación Uber.

En algún día puntual del año la comunidad de vecinos veía cómo la calle se llenaba de coches y la casa de sus vecinos recibía visitantes musulmanes ataviados con sus distintivas ropas para celebrar una festividad religiosa. Pero durante el resto del año era una familia introvertida que se preocupaba solo de sus propios asuntos y que gustaba de agradar a la comunidad.

El día amaneció despejado. Un precioso día para disfrutar en Cambridge.

Taamir tenía tres clases de conducción confirmadas. Las dos primeras eran con jóvenes británicos. Todo ocurrió con normalidad. Eran chicos despiertos y con ganas de obtener el carné de conducir.

A media tarde le causó mucho más trabajo enseñar a su tercer alumno del día. Era una señora de origen pakistaní. Se mostraba indecisa y nerviosa. Tuvo que repetirle hasta la saciedad cuál era el embrague, y por miedo a que acabase estropeando el cambio de marchas, le recomendó otro instructor particular de la zona para su siguiente clase.

Tras dejar a su último estudiante del día en su casa, se dirigió a Fen Road. Aparcó y salió del Ford Focus con una bolsa de plástico del Tesco. Sacó su teléfono móvil y se quedó plantado en la acera mientras contestaba una llamada ficticia.

La carretera era de un solo carril y era una zona residencial muy cara; un lugar solitario, con poco movimiento de peatones y de tráfico. Aun así, se giró y con sus ojos negros de cuervo, profundos sobre su nariz aguileña, escrutó con sumo cuidado si había alguien vigilando, alguna actividad furtiva o movimiento extraño. Entretanto, iba recitando versos del Corán para que pareciese que mantenía una conversación.

Una vez convencido de que no había amenazas visibles, se sentó en un banco junto al río, abrió la bolsa y, con toda la tranquilidad del mundo, arrojó despacio trozos de pan a los patos. Entonces, quedó a la espera como un iluminado *roshi* en su retiro zen.

Un hombre se acercó en bicicleta. Se bajó y la dejó apoyada en el banco de al lado. Tenía la cabeza cubierta de un rizado y espeso cabello negro, veteado de canas. Su poblada barba iba a juego. Llevaba una pesada bolsa de plástico.

En silencio, se sentó en el borde del banco, dando ligeramente la espalda a Taamir, pero dejando la bolsa de plástico próxima a él. Luego, ajeno a su presencia y al de las aves, se quedó observando el paisaje al otro lado del río.

No hubo el protocolario saludo musulmán. Ni siquiera se miraron a la cara. Taamir seguía lanzando pequeños trozos de pan.

Dos patos habían salido del agua con intención de seguir comiendo en el pavimento los trozos que les arrojaban.

El hombre que acababa de llegar se movió incómodo en el banco. Su nombre era Shahib Mehmood. La proximidad a su líder le provocaba escalofríos: cuanto más se aproximaba uno a él, más se percibía su ira contenida.

—Y bien, ¿está todo listo? —preguntó sin volverse hacia él ni pareciendo siquiera que moviera los labios.

Aquel hombre al que el gobierno británico había acogido, y al que en su barrio se le conocía como Taamir Bakri, en verdad le repelía todo el mundo y no le interesaba de modo alguno la vida social. Muy pocos conocían su verdadera identidad, Qasim al-Abadi, y su finalidad: sembrar el terror.

—Como ordenaste —respondió Shahid de forma automática, con la mirada puesta al frente.

Shahid era uno de los muchos contactos que Qasim había cultivado durante años; era un maestro en adoctrinar jóvenes desafectos, insuflándoles esperanzas para una vida mejor. Sus hombres lo obedecían sin vacilar y al instante.

Tres personas con ropa deportiva pasaron por delante de ellos haciendo *jogging*. Cualquiera que observase a esos dos hombres sentados en el banco no le daría la impresión de que estuviesen relacionados. Una leve sonrisa cruzó los labios de Qasim.

—Comunícales que quiero que ataquen mañana.

Al escuchar la orden sus ojos brillaron como si fuera un niño a punto de enseñar el garabato dibujado en un papel a un adulto. Como había sido entrenado, Shahid dejó pasar un tiempo en silencio antes de pronunciar palabra.

—*Inshalla*.

Se levantó, cogió la bicicleta y se marchó pedaleando por donde había llegado.

Qasim se giró y cogió la pesada bolsa que había dejado el hombre antes de irse. Inspeccionó con satisfacción el interior: latas de caviar iraní, beluga. Incluso un hombre tan diabólico como él tenía sus vanidades.

El padre de Qasim trataba a sus hijos peor que a su mujer. Su vida dio un vuelco transcendental cuando a los catorce años recibió la llamada de Alá para ser su representante en la Tierra. En el colegio un profesor vio algo en él para recomendarle a un conocido de la vecina madrasa. Fue este quien vio en el joven Qasim la chispa sagrada de Alá.

Tras frecuentar las conversaciones con aquel clérigo, su vida cambió. El hombre lo acogió como su acólito. Desde los primeros días le azuzó su odio por Occidente y reforzó su lealtad para con el islam y sus hermanos árabes. Pero el imán encontró a Qasim demasiado inteligente para convertirlo en mero *shahid*.

Él acababa de terminar su jornada de enseñanza cuando presenció el final de la masacre contra un grupo de occidentales. Fue el fatídico día para los servicios de inteligencia españoles.

Con ojos llenos de odio, alentó a los locales a pisotear los cadáveres y saltar sobre ellos mientras realizaba cánticos en alabanza a Alá y gritaba eslóganes contra las naciones extranjeras. Apenas tenía veinte años.

Más tarde se unió a Al Qaeda, donde fue ascendiendo paulatinamente, y luego al Estado

Islámico, donde encontró lo que siempre ansiaba: los estrictos puntos de vista sobre el islam.

Su célula terrorista, sumida en pleno desconcierto tras la debacle del cada vez más debilitado Estado Islámico, hizo que se hiciera con el poder de su organización, creando una amplia red en distintos puntos de Europa. Era un hombre con una mente maquiavélica innata, como había deducido el imán en su día.

Frente a él, la docena de aves que se habían aglomerado a su alrededor, entre cisnes y patos, esperaban recibir más comida. Él sonrió. Sus ojos ávidos mostraban una imagen espeluznante, llenos de pensamientos insondables y misteriosos.

Odiaba tanto a los ingleses que no tenía reparos en aprovecharse de su benevolencia. Un pato se aproximó. El iraquí tuvo que reprimir un acceso de violencia asesina para no agarrarlo del cuello y retorcérselo. La parte racional de su cerebro le impidió cometer un acto tan vil. Sus pensamientos se desviaron repentinamente a asuntos más inmediatos.

Sus hombres estaban preparados para un ataque bien coordinado en la India. Fuertes físicamente y mentalmente en forma, permanecían a la espera. Habían sido adiestrados para misiones en solitario. Él era consciente de que sus mentes ya estaban en medio del paraíso. Era ya la hora de pasar a la acción.

Volcó la bolsa de plástico para que cayeran al suelo las últimas migas. Su barba negra teñida enmarcaba su macabra sonrisa.

Dobló lentamente la bolsa, aplanándola con delicadeza, como si el plástico fuera la textura de un valioso tejido de seda, la guardó en el bolsillo, se levantó y se fue.

## 22

Teresa Rodríguez y su novio, Fernando Martín, llevaban planeando las vacaciones de sus sueños en la India desde hacía un año. Ella trabajaba en una empresa multinacional española especializada en el sector de la energía y el medioambiente. Él ejercía de profesor de literatura en un instituto público de Madrid.

Habían ahorrado una suma considerable para visitar los lugares más emblemáticos de la India. Después de dos semanas recorriendo el país, se encontraban en Goa porque Teresa había conseguido por internet un descuento en un resort, donde planearon quedarse los tres últimos días del viaje.

Una vez que fueron recibidos con guirnaldas y terminaron de hacer los trámites en recepción, hicieron el amor en cuanto cerraron la puerta de la habitación con vistas al mar.

El resto de la mañana la pasaron en la piscina, comieron en el bufé del hotel, hicieron el amor de nuevo y después durmieron la siesta. A media tarde fueron a dar un paseo por el pueblo.

Tomaron fotos en el mercadillo local. Allí los acosaron vendedores ambulantes. Intentaron comprar unos recuerdos, pero desistieron tras el precio abusivo que demandaba el vendedor. Los españoles argumentaron que todos en la India daban por sentado que los occidentales eran ricos y que, por tanto, los extranjeros eran objetivo justificado de sus timos y engaños.

Tras la insistencia del conductor, visitaron la playa de pescadores. Allí se quedaron pasmados viendo llegar por mar los botes cargados de pescado.

A la vuelta, Fernando estuvo una hora en el moderno gimnasio del hotel, mientras Teresa se arreglaba para la cena.

Cenaron en el restaurante e incluso se animaron a bailar agarrados al son de la música que tocaba el guitarrista sentado en su taburete. Finalmente, en la habitación se durmieron arrullados por el sonido de las olas al romperse.

Así transcurrieron dos días. A pesar de que el resort estaba al cien por cien de su ocupación, no vieron a ningún huésped español. Había muchos británicos, americanos y un grupo de simpáticos italianos que, siguiendo un curso intensivo de yoga, practicaban en los jardines por la mañana y en la playa por la tarde, bajo las instrucciones de un profesor indio.

Coincidieron en señalar que esos días eran los más relajantes que habían pasado en la India. Desde que habían aterrizado habían estado siguiendo un rígido y cuidadoso calendario sujeto a horarios de visitas y transporte. Era el viaje de sus sueños y por este motivo habían planeado con mucha anterioridad el detallado itinerario.

Siguiendo la recomendación del director del hotel, con el que estuvieron conversando mientras desayunaban en el bufé, se apuntaron a un *tour* que ofrecía la visita a las cataratas de Dudhsagar Falls. Después de trepar por las rocas, se bañaron en la zona habilitada para nadar de una de las cascadas. La experiencia fue estimulante, maravillosa.

Por la tarde, cuando regresaron al resort, Teresa decidió ir a la peluquería, y él, nadar en la piscina.

A la hora de la cena se sentaron en la mesa más próxima al escenario. Un grupo folclórico

indio realizó ante los huéspedes una exhibición de música y bailes tradicionales.

Más tarde, el *maître* los vería salir del restaurante acaramelados, como dos jóvenes enamorados. Iba a tener lugar un espectáculo pirotécnico en la playa y muchos extranjeros ya habían tomado sus puestos sentados sobre toallas o almohadones que ofrecía el hotel.

Aquella noche, aunque había una ligera brisa, hacía mucho calor e incluso la arena de la playa aún estaba caliente.

Nadie los vio venir. Impulsada por las olas, la lancha de goma se deslizó sobre las aguas hasta la arena de la playa.

El grupo terrorista estaba comandado por Mohid Hamid, el encargado de la célula de Qasim en la India, con base en Pakistán. La anchura de los hombros y la fortaleza del pecho le conferían un aire de luchador de lucha libre. Su cabellera y su rostro peludo transmitían además un poderío directo y fuerza bruta.

Teresa y Fernando se sentaron en la arena junto a otra pareja con la que habían coincidido anteriormente. Eran unos alegres americanos de media edad, de Connecticut.

El espectáculo comenzó con estridentes sonidos de petardos y gritos de jolgorio por los huéspedes y locales que se habían aproximado para presenciarlo.

La mayoría estaba demasiado ocupada en grabar con sus móviles para darse cuenta de que cuatro hombres corrían de grupo en grupo acuchillando a los huéspedes extranjeros. Una mujer con el cuerpo ensangrentado gritó y dio la alarma de que estaban siendo atacados.

Entonces los terroristas alzaron sus rifles de asalto y comenzaron a disparar indiscriminadamente contra todos.

La pareja de españoles se puso en pie, pero era ya tarde para huir. Mohid Hamid los abatió.

Tan pronto como llegaron, desaparecieron aquella noche en la oscuridad de las aguas del mar.

Las autoridades indias se apresuraron a calificar el suceso como un ataque puntual, perpetrado por unos desconocidos. Clamaron ante la opinión internacional que esos hechos «jamás volverían a repetirse».

Por poco tiempo pudieron evitar que la palabra «terrorismo» surgiera en los medios de comunicación. Las redes sociales anunciaron con rapidez la trágica noticia del atentado. No había sido el único.

En su historia contemporánea la India había sufrido muchos ataques terroristas. Lo asombroso era la rapidez con que la vida de sus ciudadanos volvía a la normalidad al día siguiente. Nadie se manifiesta. Nadie protesta.

**TERCERA PARTE**

# **LA AMENAZA TERRORISTA**

## 23

Aunque en Inglaterra Qasim al-Abadi pretendiera pasar desapercibido bajo nombre distinto, su secreto no podría mantenerse por mucho tiempo. No para las autoridades británicas y sus organizaciones antiterroristas, sino a miles de kilómetros de distancia, para la jefa del crimen organizado de Bombay: tenía tentáculos en todas partes del mundo.

Una vez que David obtuvo el nombre falso con el que vivía en Inglaterra, Hassena puso a sus confidentes a trabajar. En poco tiempo obtuvo un detallado informe sobre la vida y rutina del hombre que se hacía llamar Taamir Bakri.

Allá donde había una comunidad de indios en el extranjero, existía la posibilidad de que varias personas estuvieran como confidentes a sueldo de Hassena *madame*.

Por mucho tiempo que Qasim estuviera viviendo integrado en la sociedad, con nombre ficticio y con un trabajo como tapadera para pasar desapercibido, hubiera sido raro que no se produjera una filtración entre la comunidad musulmana de Cambridge y que alguien ligado a la organización criminal de Hassena no pudiera averiguar algo al respecto.

Cuando el vuelo de British Airways se deslizó con sorprendente suavidad sobre la pista del aeropuerto londinense de Gatwick, David Ribas aún seguía dormido.

La sobrecarga comenzó a recitar la liturgia del aterrizaje: «Damas y caballeros, no se olviden de sus pertenencias, tengan cuidado al abrir los compartimentos de arriba, ya que se han podido mover durante el vuelo. Les deseamos una feliz estancia». David se despertó con el sonido de su voz.

Había dormido casi ocho horas de sueño ininterrumpido. Algo inusual en él; se sentía como nuevo.

No había facturado equipaje. Viajaba con lo puesto. El confidente de Hassena le había reconocido por la foto que le habían mandado a su móvil desde la India, y sin mediar palabra, le había entregado su billete de primera clase en el lugar convenido, frente a la terminal 1, y un diminuto estuche.

Antes de dirigirse a Inmigración, fue al servicio. Frente al espejo se puso unas lentillas. Después fue al trasiego caótico del vestíbulo de llegadas. Esperó pacientemente en la cola de viajeros.

Cuando llegó su turno, tendió su pasaporte al oficial. Este comprobó su pasaporte en el ordenador y le pidió que mirase fijamente a la cámara situada en un lateral. David se puso en tensión y su foto fue captada. El oficial le devolvió su pasaporte y llamó al siguiente de la fila.

Una vez en la terminal de llegadas, de nuevo fue al servicio. Se quitó las lentillas y las guardó; le fueron útiles para que el programado sistema de seguridad evitase el análisis y lectura de su rostro.

Después buscó el mostrador de venta de billetes de tren y compró uno a Cambridge. Allí, Hassena le había reservado, con identidad falsa a través de la plataforma Airbnb, una habitación

amplia. De este modo la estancia de David Ribas no quedaría registrada en ningún ordenador.

Hacía un día precioso, con un límpido cielo azulado. Antes de llegar a su alojamiento, pasó por Grafton Center. Haciendo uso de la tarjeta de crédito ilimitada proporcionada por la jefa del crimen organizado, en Primark compró una maleta de tamaño mediano, utensilios para el aseo, muda y ropa nueva: un pantalón vaquero, zapatos de suela de goma, camisa a cuadros, jersey azul y chaqueta inglesa de estilo *barbour*.

Salió del centro comercial vestido con la ropa nueva; la vieja la guardó dentro de la maleta de ruedas, complemento para hacer más creíble su condición de recién llegado del extranjero.

Cruzó una popular calle llena de terrazas en medio de la acera peatonal, donde la gente disfrutaba del sol mientras bebía pintas de cerveza. Los camareros trajinaban entre las mesas tomando órdenes y sirviendo pedidos. El tiempo soleado invitaba a disfrutar del placer del día.

Decidió entrar en un *pub* llamado Greyhound, ya que vio en el exterior una mesa vacía. Se sentó en una silla de mimbre y pidió al camarero una cerveza. Ante la pregunta de qué clase la quería, miró a una mesa vecina y señalando el vaso de cerveza rubia, le pidió la misma.

Pronto comenzó a sentirse incómodo. Hacía muchos años que no se sentaba en un local concurrido a tomar una cerveza. Trató de recordar cuándo fue la última vez que estuvo en Inglaterra. «¿Cuántos años hace? Parece que han pasado meses. El tiempo pasa tan rápido...».

Su última visita al Reino Unido fue cuando consiguió abatir al terrorista Suleiman Khan antes de que pudiese atacar en Reading, ciudad cercana a Londres.

La melancolía comenzó a invadirle. Creyó no haber hecho lo correcto. Cuando llegó la cerveza pagó, desestimando la sugerencia del camarero de que podía hacerlo después.

El vaso con la cerveza fresca descansaba frente a él, pero su atención estaba en las mesas cercanas. Todas estaban ocupadas por parejas de distintas edades. Observó cómo unas manos acariciaban a otras.

Había quien susurraba palabras por encima de la mesa haciendo reír a carcajadas a la otra persona. Una joven atractiva de pelo rubio ladeaba la cabeza para escuchar las sugerentes palabras de su pareja de aspecto asiático. Otros se besuqueaban y se decían promesas. Otra pareja estaba enfrascada en una conversación salpicada de gestos de complicidad. Y otros conversaban alegremente con rodillas apretadas contra rodillas. Fluían por el aire el idioma inglés con marcado acento británico, pero también el italiano, el polaco, el húngaro e incluso el rumano.

En ese mismo momento recibió una llamada del Cervantes. David se levantó. Se marchó de la terraza con prisas empujando la maleta de ruedas, dejando la pinta de cerveza sobre la mesa casi sin haberla probado.

Julián Fernández le puso al corriente del atentado terrorista en el *resort* de Kerala y el asesinato de los españoles.

—La situación cada vez se está poniendo más seria e inquietante —dijo con laconismo el director del Cervantes.

—Daré con él —dijo David de forma determinante y mirando al paisaje de alrededor, pero con la mente fija en Qasim. Estaba disgustado por no haber podido evitarlo.

—Necesitas ayuda, David. Ese loco no tuvo suficiente con ultrajar a los siete agentes del CNI muertos en Irak, está dispuesto a todo, no sabemos qué puede estar planeando en estos momentos, pero sí que debe de ser un atentado de gran envergadura.

—De momento tengo los contactos de Hassena —dijo frunciendo los labios, frustrado, reprimiendo su enojo—. Cuando lo encuentre..., me aseguraré de que desaparezca de la faz de la Tierra.

—Se lo debemos a esa joven pareja, a todos los inocentes asesinados y a nuestros siete

agentes que perdieron la vida en Irak.

Tras colgar la llamada, tomó aire despacio y espiró. Miró hacia el cielo y luego bajó la mirada para ponerse en camino. Los segundos trascurrían rápidamente y casi los podía medir por los fuertes latidos de su corazón.

A través de Google Maps se orientó sobre a dónde tendría que ir. En autobús llegó a la zona de Chesterton, al noroeste de Cambridge. Allí se bajó en Frank's Lane y caminó hasta Cam Causeway. En la última vivienda tocó al timbre.

La casa y el cuidado jardín tenían un estilo muy inglés. Una señora menuda, con la postura deteriorada y mirada tímida, abrió la puerta. Le recibió con una cálida bienvenida. El interior era acogedor.

Aceptó tomar un té mientras la casera preparaba la cena y le hablaba sin parar sobre la situación política del Reino Unido y las consecuencias económicas de su ruptura con la Unión Europea. Le puso un ancho plato sobre la mesa con un filete de ternera, judías verdes y una gran porción de puré de patata con mantequilla. Era ya de noche y había comenzado a llover.

Después de la cena se despidió y se fue a dormir a su amplia habitación doble con paredes color salmón chillón, dos reproducciones de cuadros de Picasso y una ventana con vistas al jardín posterior.

Hacía tiempo que no se tumbaba en un colchón tan grueso y cómodo. El radiador estaba encendido, manteniendo la habitación a una temperatura cálida. Se le cerraban los párpados y no tardó en cabecear.

De pronto se levantó de la cama, alterado. Fue al baño. Se dio una ducha y volvió a tumbarse. Cerró los ojos, respiró hondo. Poco a poco fue rindiéndose a la sigilosa acometida del sueño.

El recuerdo de Cristina le asaltó. Sus pensamientos se agolparon atropelladamente en su cabeza. El techo se cernía sobre él. No había forma de escapar. Cuanto más intentaba salir de aquel estado claustrofóbico, más frenética se volvía la pesadilla. El aire se le escapaba del cuerpo.

En vez de arrumbar aquel pasado trágico en el fondo de su cabeza, lo reivindicaba. Intentaba aferrarse a ella, que no se fuese de su memoria. Ella había sido el sostén de su vida, con quien consiguió encontrar la balanza, el equilibrio que necesitaba.

Se repetía a sí mismo que debería haberla salvado. La culpa le mortificaba. La culpa por no haber estado allí para salvarla. «¿Como sería mi vida ahora si ella no hubiera muerto? Estaríamos viviendo juntos en España... Habríamos formado una familia...».

Se sentía como un *sadhu* hindú que deambula por las calles recitando sus oraciones en sánscrito; como si su camino hubiera sido indicado hacía mucho tiempo y en la actualidad estuviera atenazado por un destino del que no podía desasirse.

Llegó incluso a considerar la idea de poner fin a su vida. Tenía acceso a armas de fuego y le habría resultado fácil. La bala penetraría en su cerebro y ya no habría más que un horrible silencio. Pero era consciente de que suicidarse era de cobardes, un recurso utilizado por personas vacías.

—*Cariño...*

—*David, no puedes estar aquí.*

Notaba que el pánico le oprimía el pecho.

—*Estás muerta, y no pude hacer nada por evitarlo. Quiero estar junto a ti.*

—*¿Por qué no estabas protegiéndome?*

Su corazón latía con más fuerza y su angustia crecía por momentos.

—*Cristina, lo siento.*

—*¡No me dejes, David! ¡No me gusta este sitio!*

Sintió que caía en un enorme agujero negro y daba vueltas y vueltas sin parar.

Se sentía responsable. Creía que él pudo haber cambiado las cosas. En sus pesadillas veía los rostros de los muertos y era como si no hubiera impedido que sucediera la masacre en el hotel Taj Mahal Palace, donde murió asesinada Cristina por los terroristas.

Eran las profundas cicatrices que habían dejado en él un espantoso día. Eran las secuelas de haber experimentado un ataque terrorista.

David Ribas vivía, pero sin vivir del todo: tenía la impresión de que pasaría el resto de su vida en aquel limbo.

La alarma del teléfono móvil sonó. Se estremeció como si todavía estuviera en aquellos fragmentos de recuerdos junto con Cristina en vez de en Inglaterra. Se sentía grogui al salir del profundo estado del sueño. Una vez más se había quedado dormido con la ropa puesta. En su boca notaba un sabor metálico. Tenía una sed abrasadora.

Sus ojos se posaron sobre el aparato que no dejaba de vibrar sobre la mesita de noche. Se inclinó, se sentó en el borde de la cama y desactivó la alarma.

Al volver a la realidad sintió una desesperación absolutamente abrumadora: la necesidad de infringirse daño así mismo o de castigar a otros. Hacía años que no lloraba; y ahora sentía que no sabía cómo hacerlo. De lo que sí estaba muy seguro era de su necesidad de supervivencia: ansiaba vivir para saciarse de venganza.

Si bien matar terroristas le había proporcionado cierta satisfacción, ya no sentía que fuera suficiente. Quería algo más.

Era tiempo de ponerse a trabajar.

Después de haber realizado ejercicios físicos en el suelo, se sentó sobre la moqueta con las piernas cruzadas; inspiró hondo, mantuvo la respiración un instante y exhaló lentamente.

Se duchó primero con agua caliente, después con agua fría durante un par de minutos. Una vez que hubo terminado, se secó, se vistió y bajó a desayunar.

La casera estaba imbuida viendo las noticias de la BBC. Le preguntó si quería huevos revueltos o una tortilla. El español lo agradeció excusándose en que tenía que llegar a una reunión. Desayunó rápidamente un plátano, dos tostadas con crema de cacahuete y un vaso de leche.

Se metió el pasaporte en el bolsillo. Sin que la casera le viese, salió de la vivienda con la maleta de mano. Por el camino la tiró a un contenedor de basura. Llevaba puesta una gorra gris con el distintivo de la University of Cambridge en letras moradas.

Sacó su teléfono móvil, un aparato diseñado por el equipo informático de Hassena. A simple vista parecía un iPhone, pero contaba con numerosas prestaciones, programas de encriptación, múltiples números con identidades falsas y muchas aplicaciones operativas. Pronunció su nombre en el sistema de reconocimiento de voz.

En el ordenador del informático de Hassena apareció en pantalla el emplazamiento de David Ribas en Cambridge. El informático indio tecleó en su consola varias veces.

Mientras caminaba cruzando un verdoso parque, David oyó el zumbido de su teléfono: recibió la proyección en su pantalla de la ruta que debía seguir para dar con la localización de Qasim. Según pudo ver en el mapa digital, estaba en el otro lado de la ciudad. «¿Dónde está mi coche?», escribió.

—Hassena *madame*, no localizo ningún coche disponible para David. Nuestro contacto lo tiene en el mecánico.

—Bueno, ¡habrá otro vehículo! Pero por Dios, que no vaya moviéndose en transporte público. Hay cámaras internas dentro de los autobuses. Lo único que nos faltaba es que a través de un reconocimiento facial el servicio de inteligencia británico diese con su identidad. ¿Qué otra opción tienes?

—Creo que no le gustará, pero es la forma más efectiva para pasar desapercibido en Cambridge.

David recibió un mensaje: «Ve a Old Cam Bicycles, en Bishop Street, y coge una bicicleta. Di al dueño: “Durga me ha recomendado esta tienda”».

«Pufff, ¡una bicicleta!», se dijo a sí mismo David mientras seguía caminando y buscaba en su teléfono la localización de la tienda.

Tras veinte minutos andando, cruzó el Midsummer Common junto al río Cam, donde varias embarcaciones habilitadas como viviendas, largas y delgadas, permanecían varadas mientras que otras deportivas de remo surcaban las aguas.

Había mucho movimiento. David disfrutó viendo la vida cotidiana de aquella zona de la ciudad. La luz del sol era intensa, chispeaba en las aguas de la afluencia del río Cam, donde embarcaciones de remo, individualizadas y en grupo, surcaban en completa sintonía con el

paisaje.

Había gente de todas edades haciendo *jogging* o andando, yendo y viniendo por la acera en bicicleta. Perros corriendo por la amplia zona verde persiguiendo pelotas y *frisbees* lanzadas por sus dueños; enamorados, universitarios risueños, personas con los brazos tatuados, incluso una madre haciendo *jogging* mientras empujaba a su bebé en un carrito especial diseñado para tal propósito.

Oía conversaciones no solo en inglés, sino en italiano, portugués y francés, y llegó a cruzarse con una pareja de jóvenes españoles.

David contemplaba el ambiente lleno de vida con los ojos entornados. «Qué diferente es todo esto con la vida en la India, donde se vive a diario en extremos y al límite». Entonces comprendió, al menos durante un instante, que la vida debería ser aprovechada de ese modo, celebrar y atesorar los momentos como aquel con personas queridas o en solitario, si así lo decidía uno.

Cruzó Victoria Avenue y se adentró en Jesus Lane. Caminó entre edificios antiguos, tiendas de ropa de segunda mano, de recuerdos y antigüedades.

Luego pasó por delante de las elitistas instituciones universitarias, como los majestuosos edificios del Trinity College y King's College que dominan el centro de la ciudad. Un puñado de jóvenes estudiantes y eruditos ataviados con toga negra flanqueaban la entrada del recio y vetusto roble de otro colegio universitario.

Al instante dio con la tienda de bicicletas. Estaba situada incongruentemente entre la sucursal de un Lloyd's y una chillona fachada de una tienda de Ben Cookies.

Era un edificio anticuado y pequeño, pero el decorado exterior lo hacía peculiar y muy pintoresco. Había varias macetas colgadas en sus muros exteriores y una bicicleta antigua se encontraba incrustada en la parte superior de la puerta sobre un viejo letrero en el que se podía leer Old Cam Bicycles.

Junto a la entrada había bicicletas de segunda mano puestas a la venta. Una pareja de italianos miraba con detenimiento varias de ellas, comprobando el funcionamiento de los frenos y la calidad de las ruedas. Del interior salía un grupo de estudiantes japoneses arrastrando cada uno una bicicleta nueva.

Tras marcharse el último japonés mostrando su alegría por la compra, David entró. La decoración del establecimiento guardaba un aire *vintage*. El suelo de mármol gris estaba desgastado por años de pisadas. Parecía sacada de la narración de una obra de Dickens. No lo era menos el hombre que apareció.

Era más alto y robusto que el español, con el pelo ralo, mofletudo y embutido en un delantal manchado de grasa y pintura. Le deseó un buen día al visitante y le preguntó en qué podía ayudarle.

El hombre mantuvo la mirada fija en los ojos de David, sin análisis excesivo, pero con una seguridad que le daba a entender al español que aquel hombre había sido otra persona muy distinta que el de simple vendedor y mecánico de bicicletas. En otro tiempo habría entrado en combate, habría matado, seguramente habría estado a punto de ser víctima de un asesinato.

Aquella mirada denotaba que no se acobardaba ante nadie. Pero David Ribas, un hombre que había matado y que había estado a punto de morir en varias ocasiones, no se amedrentaba ante la mirada de nadie.

Al escuchar la frase clave, el hombre, sin decir nada, observó el exterior a través de la ventana; la pareja de italianos se había marchado, no vio a nadie sospechoso, se dio la vuelta y fue al interior de la trastienda.

Al instante sacó lo que parecía una simple bicicleta de paseo, pero, como le explicó, tenía un

motor eléctrico añadido. Era un modelo extremo capaz de llegar hasta noventa kilómetros por hora.

—Hay algo más de lo que debo informarle —dijo con un profundo acento británico mientras ponía la mano bajo el sillín—. Aquí tiene un regalo. Está limpia. Extremadamente discreta.

David se agachó y vio una pistola microcompacta. El hombre quitó la cinta adhesiva con la que estaba atada y se la tendió. Era una Beretta Pico semiautomática de 9 milímetros. David se guardó en el bolsillo uno de los dos cargadores y el otro lo armó. Se guardó la pistola en el bolsillo interior de su chaqueta.

Tras darle las gracias, el hombre le dio súbitamente la espalda y siguió con sus quehaceres.

Una vez en la calle, se sentó en la bicicleta y comenzó a pedalear. Tras recorrer varios metros, aparcó junto a la acera, accionó su mapa digital y se dirigió hacia Saint John's Bridge.

Sorteando el tráfico, acompañado de decenas de personas y grupos de turistas extranjeros, entre los que destacaban los numerosos jóvenes estudiantes de los muchos cursos para aprender inglés que se ofertaban, consiguió finalmente salir del bullicioso centro de la ciudad.

## 25

Emilio Zaragoza llamó a la puerta antes de entrar. La abrió al escuchar un agudo «adelante». Su superior le examinó con expresión neutra. Le saludó con un cabeceo y con un gesto con la palma de la mano le indicó que tomara asiento frente a él.

El semblante de Emilio se tensó. En momentos como aquel el carácter de su jefe era de lo más volátil. Casi siempre estaba de mal humor e irritable como de repente lo colmaba de halagos.

—De una cosa estamos seguros: no estás hecho para la acción —le reprendió el director de la Policía Nacional con brusquedad. Luego suspiró, mirándole fijamente. En su trabajo la incompetencia suponía un peligro vano e imperdonable.

—Aún puede contar conmigo. —Su voz parecía atascada en su garganta.

—Lo sé, Emilio —dijo el director ladeando la cabeza.

—Agradezco que confíe en mí.

La tensión en el despacho era opresiva.

—Te he ascendido en los últimos cinco años.

—Así es, pero por desgracia ahora me encuentro con un problema muy difícil de resolver —comentó envarado.

—Pero no imposible —los dedos del director tamborileaban sobre el escritorio—. Habrá alguna forma de acabar con David Ribas.

—Si me permite explicarle, la mafia rusa que contraté no parará en el empeño. Se lo dije a aquella mujer, que una vez confirmado el pago del contrato no hay marcha atrás hasta que se cumpla el objetivo. Los rusos se lo toman como un deber profesional. Más aún cuando varios de sus sicarios ya han muerto a manos de David Ribas.

Diego se revolvió en su asiento. Daba muestras de que empezaban a revolvérsele las tripas. Alzó el periódico *El País* como si fuera ropa tendida.

—Date por enterado —le espetó tajantemente en un tono de voz bajo y acerado al mismo tiempo. Alzando la voz, añadió—: ¡Dos españoles muertos ayer en un ataque terrorista en la India! Estamos en guerra con el puñetero islamismo. Nos quieren controlar y que vivamos bajo las doctrinas más extremas y tergiversadas del Corán y de ese loco de Mahoma. Aparte de Julián Fernández, tengo una espina clavada, ¿y sabes cuál es?

—¿La sensibilidad religiosa?

—Es David Ribas —tronó. Y tras una pausa, continuó—: Julián Fernández siempre me ha llevado la delantera, incluso cuando trabajamos juntos en el CNI, hace ya años. Éramos jóvenes, encargados de las escuchas y seguimiento a sospechosos de terrorismo. Ahora él está dirigiendo una organización privada, con libertad por altos poderes del Estado para hacer todo cuanto se le antoje.

—Están haciendo lo que les da la gana.

—Estoy harto de ese cabrón. Si en algo he ganado en experiencia durante todos estos años, es que en este oficio todo el mundo acaba por resquebrajar. ¿Dónde se encuentra actualmente David Ribas?

—Según nuestras fuentes, no se ha movido de la India.

—No me lo creería —hinchó los carrillos y dejó salir el aire de sus pulmones—, porque puede recibir apoyo para viajar al extranjero con identidad falsa, como ha sucedido yendo a Marruecos.

—Tenemos vigilados todos los aeropuertos internacionales de la India. Además, no puede haber posibilidad alguna de no ser detectado por nuestros programas de lectura facial. Por mucho que se ponga una peluca o barba postiza, lo cazaríamos al pisar tierra en un aeropuerto europeo.

—Pues no sé qué tecnología debió usar la mafia rusa, pero lo identificaron de camino a Marruecos antes que nadie. Si te enteras, házmelo saber.

Emilio se veía en un aprieto. Necesita ganar tiempo y ahorrarse las excusas. Dedicó a su jefe una sonrisa avinagrada en respuesta a su pulla.

—No tengo contacto con los rusos desde que se les transfirió el dinero por adelantado. Pero por nuestra parte, estamos convencidos de que sigue en la India. Y más pronto que tarde, llegará el momento en que David Ribas deje de estar en alerta y uno de los sicarios acabe con él.

—Pues quiero que me des esa noticia muy pronto —dijo con aspereza, al tiempo que cabeceaba con expresión muy poco amistosa.

## 26

Abrió la pequeña verja de madera y cruzó el patio de grava. Se plantó frente a la puerta. No escuchó nada desde el interior. Decidió dar la vuelta a la vivienda a través de una puerta lateral que daba al jardín posterior.

Había ropa tendida al sol, toda de hombre, una bicicleta tirada en el césped y varias sillas de madera astillada. El jardín, a diferencia del de los vecinos que se podía observar alzando la cabeza, estaba muy descuidado.

La puerta de cristal corredera que daba al interior estaba cerrada con llave. En un lateral observó que una ventana estaba mal cerrada y buscó alguna herramienta con la mirada. Tirada junto a la tapia de madera vio una pequeña pala de jardinería con el cabezal de acero. La cogió e hizo palanca en la ventana abriéndola del todo.

Cogió una de las sillas de madera, se subió haciendo crujir los tablones y accedió de cabeza al interior de un pequeño cuarto de baño.

Entró a la cocina. Apestaba a curri y el olor de la basura era muy fuerte. El lavavajillas estaba hacinado de platos, sartenes y tazas. Sin duda, su supuesta mujer e hijos no estaban desde hacía tiempo. Seguramente no habían sido siempre las mismas personas y Qasim traía a diferentes mujeres; al fin y al cabo, salían a la calle con burka.

Como experto agente operativo, sabía que nada afirma más la inocencia que ir acompañado de niños. En este punto Qasim había sido muy cauto. «El enemigo siempre creará que eres lo que aparentas», recordó que le dijo Julián Fernández durante su duro entrenamiento en España. Los ingleses habían sido muy ingenuos, muy confiados.

Exhibir una vida familiar como tapadera sólida para aplacar sospechas estaba ya muy trillado en el mundo de la *espiocracia* y el contraterrorismo. Los niños estarían apuntados en el Servicio Nacional de Salud y recibirían una educación gratuita. Esta era una de las ventajas de vivir en el Reino Unido, donde además la policía tenía que dirigirse al islamista como «señor».

Otro motivo es que era muy fácil mentir a las autoridades, y si lo requiriese, le asignarían un abogado de oficio, como en España. Nada que ver con la situación de su país de origen, Irak, donde la policía podía torturar y hacer desaparecer a una persona con absoluta impunidad.

Con la pistola alzada, accedió al salón, donde predominaba la presencia de un televisor último modelo de sesenta y cinco pulgadas. Con la Beretta en la mano derecha, intentó oír pasos, la liberación de un seguro en un arma o el chasquido de otra al ser cargada. Pero tras examinar la planta principal, supo que el lugar estaba desierto. Se guardó el arma.

Subió a la planta superior. El suelo enmoquetado crujía. Abrió una puerta: el cuarto de unos niños pequeños. Abrió otra: el cuarto de baño. Empujó muy despacio otra puerta: el cuarto de matrimonio. Llegó a la puerta del fondo del pasillo e intentó acceder en vano: estaba cerrada con llave.

La cerradura era de lo más simple. Se echó hacia atrás y alzando la pierna dio un golpe seco a la altura del picaporte. La puerta se abrió prorrumpiendo un sonoro estruendo.

Paseó la vista alrededor de la habitación utilizada como lugar de trabajo. Había muchos

planos y mapas colgados en las paredes. Las anotaciones en los márgenes estaban escritas en árabe. Sacó el móvil y comenzó a fotografiarlo todo.

Había ocho ordenadores entre portátiles y modelos de sobremesa. Encendió uno de los primeros. Estaba protegido por una contraseña. Aun así, metió un *pendrive*, instalando un programa para que desde el Cervantes pudieran acceder a la información deshabilitando la encriptación. Luego hizo lo mismo con los otros ordenadores.

Buscó por los cajones armas y teléfonos móviles. No encontró ninguno.

Observó dibujos esquemáticos y planos colgados sobre una de las paredes. Distinguió los relieves de una zona que bien pudiera ser la India, Irak o algún lugar montañoso de Inglaterra, pero no se paró a estudiarlo y siguió fotografiando.

El escritorio estaba lleno de papeles desordenados: documentos con gráficos y diagramas técnicos. Abrió los cajones y siguió tomando fotos de todo cuanto veía. Sobre la moqueta había una caja de cartón. La abrió. Eran exámenes de inglés para obtener los títulos acreditativos de los distintos niveles de Cambridge English. Lo fotografió todo.

Levantó la mirada. En la pared opuesta había varios dibujos semejantes a los trabajos realizados por arquitectos, tal vez de una planta de sistemas eléctricos. Todo era completamente incomprensible para David, pero sin duda reconocía la importancia y peligrosidad de todo aquello. Qasim era al mismo tiempo un psicópata tremendamente perturbado y brillante.

Seleccionó todas las imágenes tomadas y se las envió a Varun Grover.

El ruido de un vehículo aproximándose le alertó. Se acercó a la ventana y observó. Un Mercedes negro estaba aparcando justo enfrente de la vivienda.

Qasim al-Abadi salió del vehículo. Cuando se aproximó a la pequeña puerta de madera supo que alguien había accedido. Pensó que quizá pudo ser el cartero o uno de los muchos repartidores de publicidad. Levantó el pestillo y entró al patio de grava. Caminó muy despacio hacia la puerta principal.

Fue a meter la llave en la cerradura cuando se fijó en que no había publicidad en el buzón. Por instinto, se giró hacia el lateral de la vivienda y vio abierta la puerta de madera que daba al jardín trasero.

David no conseguía verlo; al cambiar de posición, al otro lado de la ventana, no pudo evitar que el suelo crujiese de forma desorbitada.

Qasim alzó la cabeza hacia arriba, la ventana de su despacho. En cuestión de segundos se había dado cuenta de que estaba en peligro. Era esa intuición la que le había ayudado a sobrevivir.

Su mente retrocedió hasta los vehículos que había visto en la calle antes de aparcar. Recordó una bicicleta con motor junto a la verja principal de sus vecinos, los Hamilton, una pareja de ingleses viejos y gordos. No tenían hijos ni familiares que les visitasen con aquella bicicleta. Además, no llevaba candado. Esa bicicleta era muy cara para estar colocada de aquella forma descuidada, a menos que el dueño pretendiera acceder a una vivienda y salir de ella de inmediato. Conocía muy bien a cada inquilino dentro del perímetro de su casa: nadie tenía esa bicicleta.

Lo mejor que podía hacer era marcharse cuanto antes y una vez a salvo evaluar en qué nivel de peligro se encontraba.

Se dio la vuelta y caminó con el paso ligero hacia el Mercedes, arrancó, dio marcha atrás, enderezó y se dirigió hacia la carretera principal.

Cuando lo vio dirigirse hacia el vehículo, David salió corriendo por las escaleras, abrió la puerta, saltó la verja principal de madera, cogió la bicicleta y fue tras él.

Una máquina de construcción obstruyó el camino al Mercedes. Estaban asfaltando una zona de la carretera. Varios obreros con sus gorros y chalecos naranjas reflectantes trabajaban sobre el

asfalto. Un hombre se interpuso delante del vehículo levantando una señal de *stop*.

Qasim soltó una sonora palabrota y miró por el espejo retrovisor. Había observado cómo el desconocido había salido de la parte delantera de su casa, había cogido la bicicleta eléctrica y ahora se dirigía hacia él. Ante el asombro del operario de construcción, Qasim abrió la puerta y salió corriendo por la acera, abandonando el vehículo. Un ciclista pasó por el carril bici, Qasim le empujó, cogió la bicicleta y pedaleó con violencia, girando en la siguiente calle.

David se había fijado en el camino que había tomado. Atravesó en diagonal el parque para evitar dar la vuelta alrededor y torció por donde se había metido Qasim. Entonces lo vio sobre una bicicleta de paseo. Lo tenía enfrente, a escasos metros, y accionó el motor eléctrico.

Por su parte, Qasim sabía que su perseguidor no tardaría en darle alcance. Se detuvo, tiró la bicicleta sobre la acera y se dirigió hacia un taxi Panther aparcado en el lado opuesto de la carretera.

El conductor había dejado a un pasajero cuando Qasim entró por la parte trasera.

—Deprisa, al Grand Arcade.

Al accionar el motor, David aumentó la velocidad considerablemente. No perdía de vista el taxi de color blanco con la distintiva marca de la compañía de taxis Panther.

Qasim sacó el móvil de su bolsillo, llamó y puso al corriente de la situación a su interlocutor.

Cuando llegó al centro comercial, pagó al taxista, y sin esperar el cambio, salió con prisas del vehículo.

David llegó en escasos segundos; dejó la bicicleta apoyada junto a otras tantas atadas con candados. Desde el otro lado de Regent Street, junto a la sucursal del Banco Santander, vio a Qasim guardar cola frente al cajero Lloyd's.

Qasim metió distintas tarjetas y extrajo cinco mil libras. Embutió los fajos de billetes en los bolsillos de sus vaqueros y entró en el Grand Arcade.

David cruzó corriendo la carretera, bordeando un autobús rojo de dos plantas y varias bicicletas, y tiró la gorra al interior de un cubo de basura. Una vez dentro del suntuoso centro comercial, vio a Qasim delante de él, caminando sin prisa entre el ajetreo de la gente; niños alegres, maridos con sus esposas, grupos de estudiantes de diferentes nacionalidades y gente joven y mayor a doquier.

El islamista estaba enfurecido en ese momento. ¿Qué había pasado? ¿Quién había dado con él? No podía permitir que todos sus esfuerzos, todo el tiempo que había invertido en crear su célula, acabasen por un agente extranjero fisgón. Tenía un pasaporte escondido en el aeropuerto de Stansted para esa clase de situaciones de emergencia. Tenía que conseguir salir del país cuanto antes.

«Es extranjero, sin duda. De lo contrario, ya me habría inmovilizado. Habría sacado un arma y me habría disparado. Es de una agencia de inteligencia extranjera y está esperando cazarme en un lugar solitario para matarme porque valora la vida de los ciudadanos: no quiere llamar la atención ni que personas inocentes caigan heridas por accidente. Malditos infieles».

La sensación de aprensión le estaba volviendo paranoico. Giró a la derecha, pasando la cafetería Costa, y siguió por el pasillo, cruzando las numerosas tiendas.

David pensó que igual no se había dado cuenta de que había conseguido seguirlo, pero aceleró el paso para no perderlo. Por un instante, se volvió. Sentía que alguien le estaba siguiendo u observando.

Alzó la cabeza a un lado y otro, y distinguió a los miembros de seguridad del centro comercial con sus uniformes de chaqueta oscura y el auricular en el oído. Pero no, no eran ellos. Aun así, no consiguió ver a nadie sospechoso.

Tras cruzar en la esquina una tienda de lencería con carteles de fotos de modelos de infarto mintiendo con la mirada, Qasim giró a la derecha y siguió por un pasillo con sus numerosos escaparates de ropa a ambos lados. Al llegar al final entró en una tienda de artículos deportivos.

Desde la entrada, David lo vio subir por las escaleras mecánicas a la primera planta. Decidió quedarse fuera, a la espera.

Tras comprobar las tallas de cada artículo, Qasim cogió una chaqueta gris con capucha marca Nike, una camiseta y pantalón de chándal azul Adidas, unas gafas de sol Firetrap de color negro, una gorra con el escudo del equipo nacional de fútbol inglés, unos calcetines, unas zapatillas de baloncesto muy vistosas y una mochila de deporte marca Vans.

Fue a la caja y pagó. Se fue al probador, corrió la cortina y actuó con rapidez. Se cambió de ropa y salió dejando la vieja colgada en el gancho de la puerta. Tenía que llegar al aeropuerto cuanto antes.

El español estaba de pie pasando desapercibido junto a un grupo de estudiantes franceses que conversaban vivamente entre ellos mientras comían perritos calientes que rezumaban cebolla frita. El pequeño puesto de comida rápida de estilo americano tenía gran aceptación entre los jóvenes debido a sus precios reducidos.

Cuanto mayor se hacía la espera, más tensión acumulaba. Lo atribuía a estar tan cerca de su presa. Lo vio salir y le sacó una serie de fotos con el móvil que mandó directamente a Varun.

«Vaya, vaya. A mí este no me la da», se dijo a sí mismo. Con aquella indumentaria deportiva y casual nadie pensaría que fuera una amenaza ni mucho menos un terrorista islamista. Se había peinado con la raya a un lado y las gafas de cristal negro le conferían un aire moderno y juvenil.

Qasim enfiló hacia Sydney Street. David cogió su móvil del bolsillo, y sin perder de vista al terrorista, comenzó a navegar en internet averiguando a qué posible destino podía dirigirse. Supo que en aquella dirección no estaba la estación de tren y que iba en dirección contraria al aeropuerto. Pensó que quizá iría a coger un taxi en alguna zona determinada.

Sintió de nuevo que le seguían, se dio la vuelta con brusquedad y miró a derecha e izquierda intentando identificar a algún transeúnte que hubiera visto en los grandes almacenes que había dejado atrás. Pero no consiguió identificar a nadie.

Siguió su persecución al terrorista, que ahora se había puesto una gorra deportiva sobre la cabeza con la clara intención de despistar a su perseguidor y aceleraba el paso.

Cruzaron una calle en cuyos extremos había un Starbucks y un *pub*. Los camareros trajinaban cafés y sándwiches y una atiborrada terraza albergaba a muchos clientes disfrutando de pintas de cerveza bajo el espléndido día soleado.

Tras unos minutos caminando por aceras adoquinadas, los transeúntes iban disminuyendo en número. Se iban alejando del centro.

David le siguió a Portugal Street, un callejón adoquinado, peatonal, estrecho y solitario en aquel momento. Notó que Qasim vacilaba un instante hacia qué calle dirigirse: si enfilarse por la izquierda o por la derecha.

De repente, un desconocido le interceptó.

—¿Dónde crees que vas? ¿Te has perdido? Quizá pueda ayudarte, amigo —le dijo con un perfecto acento británico.

El hombre, con el pelo y las cejas rubias, caminó hacia él con unos andares desgarrados; las piernas las tenía torcidas hacia fuera. A juzgar por su rostro, estaba acostumbrado a la violencia. Tenía la nariz chata de boxeador y los pómulos marcados.

Sin advertirlo, a su espalda, otro hombre subió en sigilo los escalones de un portal y puso el silenciador a su pistola Sig Sauer calibre 22, dispuesto a disparar al español por la espalda. Era

Shahib Mehmood.

Sin advertir el peligro que tenía a su espalda, David supo que el tipo que tenía enfrente bien pudiera ser experto en artes marciales: tenía una sudadera ajustada y mostraba un aspecto musculoso. Pero también que en su abultado bolsillo podía esconder algún arma que no dudaría en utilizar.

Con sigilosa agilidad, una cuarta persona se iba desplazando por el lugar; deslizó la mano por debajo de su chaqueta de cuero y quitó el seguro de su pistola.

A la espalda de David, Shahib terminó de acoplar el silenciador. Levantó el arma sin saber que una sombra se preparaba a dispararle a cuarenta y cinco grados tras su hombro derecho.

La chaqueta térmica deportiva del asesino produjo un ruido como un siseo al rozar el muro de ladrillos. Alertado por aquel sonido, David se giró y vio al hombre levantando hacia él una pistola.

Antes de que David pudiera echar mano de su arma, el hombre cayó al suelo de un certero disparo, destrozándole la cabeza; un chorro de sangre salpicó la puerta exterior de la vivienda. Murió antes de oír el tiro. El disparo provino desde algún lugar a escasos metros más atrás, de una persona con silueta de mujer.

En ese momento, el hombre que tenía enfrente intentó sacar su arma del bolsillo de la sudadera deportiva. Pero David se dio la vuelta y fue más rápido. Le disparó justo a la altura del corazón.

Pasaron menos de tres segundos para que David se diese cuenta de que la mujer que se acercaba andando era del Cervantes.

Laura García sonrió.

David se fijó en que aún tenía el mismo aspecto que la última vez que se vieron. Iba vestida con pantalones vaqueros muy ceñidos, una chaqueta negra de cuero y, debajo, un jersey beis ajustado. Mientras caminaba se guardó en la axila izquierda su pistola.

—Vaya puntería —le indicó David haciendo una mueca de sorpresa y guardándose la pistola.

—¿Y eso? —preguntó ella con una amplia sonrisa, indicando con un gesto de cabeza su arma —. ¿No es bastante pequeña para un hombre tan crecido como tú?

—Soy maduro, pero discreto —contestó sonriendo.

—En ese caso te recomiendo la Sig Sauer de 9 mm —dijo mostrándole su arma, que descansaba bajo su chaqueta.

La ropa ceñida a su atlética figura no le pasó desapercibida: la cintura estrecha, el vientre plano y el corte de la chaqueta le resaltaba el pecho voluminoso.

—Me alegro de que Julián se preocupe por mantenerte en forma —dijo él con sinceridad.

—Un vale-obsequio en la sección de gastronomía en El Corte Inglés cuando celebren la semana de la India será suficiente...

—No deberías esperar para degustar un buen pollo al curri, ya te mandé a un indio. ¿Es que no te ha dicho Varun que es un gran cocinero?

—No.

Los dos se fueron juntos del lugar con el paso acelerado y David hizo un gesto con la cabeza hacia atrás.

—Gracias.

—¿Es que no te llegó la noticia?

—La verdad es que no —replicó frunciendo el ceño.

—Ahora en el Cervantes soy una experta en esto.

—¿En qué?

—En matar a los malos.

—Ya somos dos.

Con el paso acelerado, caminaron juntos en silencio por las calles adoquinadas hasta que llegaron a un lugar abarrotado de gente: turistas extranjeros con sus mapas y manteniendo al aire sus teléfonos móviles para captar un preciso instante frente a un antiguo edificio de estilo Tudor; parejas sin rumbo; niños tomando helados junto a sus padres; jóvenes estudiantes de distintas nacionalidades vestidos con la misma camiseta y mochila a la espalda con el logo de la organización académica con la que habían viajado a Cambridge para seguir un curso de inglés intensivo; personas admirando la música callejera de un vibrante jazz; un músico aburrido frente a una librería tocando el clarinete; adolescentes ingleses ataviados con chándal y con el último grito en zapatillas deportivas y escuchando rap desde un móvil mientras caminaban con aire desenfadado...

David sabía que la preparación de Laura García en el Cervantes había tenido que ser brutal en el aspecto psicológico, pues de otra forma Julián Fernández jamás le hubiese dado tanta libertad para actuar al margen de la ley. Esa rigurosa instrucción le había metido en la cabeza que poseía el permiso, cuando no la obligación, de matar a una amenaza en plena calle.

Tras bordear la agitada muchedumbre del centro histórico de Cambridge, se dirigieron hacia el parque de Jesus Green. A lo lejos comenzó a escucharse el ulular de las sirenas. No había duda de que la alarma había saltado.

Por su parte, Laura era consciente de que esta sería una de las pocas ocasiones que estarían juntos. Como miembro del Cervantes, disponía de muy poco tiempo para vivir unos instantes fuera de escrutinio. Aquel momento libre caminando junto a David Ribas por el parque le resultó como un placer sagrado que quería que perdurara.

Un joven en bicicleta con unos auriculares colgando del cuello y una bolsa de cuero en bandolera cruzó ante ellos. Luego, una joven pareja sudorosa con ropa deportiva mientras escuchaban iPod sujetos a unos brazaletes. Una madre empujaba el cochecito de su bebé.

Hacía un día limpio, reluciente y brillante, no muy común en Cambridge durante aquella época del año.

A la luz del sol fue cuando ella reparó en las configuraciones de arrugas que David tenía en la frente y alrededor de los ojos. Dedujo que la contaminación y el clima de la India le había estado mermando la salud. Pero también su situación personal; la amargura, el resentimiento y la furia acumulada le estaba perjudicando considerablemente. Quiso hablar de ello, pero guardó silencio.

Laura se puso tensa. Un hombre corpulento sujetaba una barra de hierro mientras caminaba lentamente por la hierba.

David se percató de que el aguzado sentido de la percepción de Laura le decía que estaban en peligro. Cuando ella intentó hacerle a un lado, le susurró:

—Ese hombre no es una amenaza. Se saca un sobresueldo con un detector de metales. En España también hay quienes van por las playas buscando anillos o monedas.

Ella suspiró y asintió al tiempo que sobrepasaban al hombre y le escudriñaba el rostro.

Bordearon el río Cam, donde surcaban varias regatas de clubes privados de remo. El móvil de

Laura emitió un tono reservado para mensajes urgentes: era Varun Grover desde el Cervantes.

—Se dirige al aeropuerto de Stansted —dijo tras leerlo y guardar de nuevo el móvil en el bolsillo.

—Debe de tener algún pasaporte escondido. De su casa no pudo coger su documentación. Necesitamos averiguar a dónde volará.

En el Cervantes los dedos de Varun se movían sobre las teclas de los ordenadores, cambiando imágenes en la pantalla, cuando recibió el mensaje de Laura ordenándole que no perdiese de vista al terrorista una vez localizado en las inmediaciones del aeropuerto.

Le ordenó que averiguase el número de vuelo, la información de la tarjeta de crédito si no pagaba en efectivo y el nombre que figurase en su pasaporte.

David paró un taxi y se dirigieron al aeropuerto.

En el trayecto al aeropuerto Qasim había intentado contactar con sus hombres. No había recibido noticias de ellos, por lo tanto, habían fallado. Dedujo que no era una sola persona quien andaba detrás de él, sino que habría un equipo.

Pagó al conductor, se bajó del vehículo y tiró su móvil y la tarjeta SIM a una papelería; entonces cruzó la entrada de la terminal de salidas.

Estaba completamente confiado en que no habrían difundido su fotografía. Quienes quiera que fuesen sus perseguidores, no pertenecían a las autoridades británicas, ni mucho menos al MI5, como tampoco al MI6. Por tanto, no debía mostrarse nervioso ante la presencia de las cámaras, de policías de paisano y del personal de seguridad del aeropuerto.

Alzó la cabeza intentando identificar la ubicación de los lavabos. Fue hacia la izquierda, hacia el situado en el punto más extremo de la terminal.

En el interior del taxi, Laura leyó en voz alta un nuevo mensaje recibido: «Ya está en Stansted. Va hacia los lavabos».

—Eso quiere decir que o se verá con un contacto o tiene allí escondido el pasaporte —dijo David.

Qasim entró. Tres viajeros estaban orinando de pie y las cuatro puertas con acceso a retretes estaban cerradas. Quedó en un lado a la espera. La primera puerta se abrió y salió un hombre terminando de abrocharse el cinturón.

Sin embargo, Qasim no entró, a la espera de que la tercera y última puerta quedase libre. No pudo evitar que su rostro mostrase su desagrado por el nauseabundo olor.

Cuando el ocupante salió, Qasim entró sin más dilación. Bajó la tapa del retrete y esperó a escuchar el potente ruido del secador de manos. Cuando este fue accionado, se subió a la taza y de un golpe empujó la placa cuadrada del techo. Metió el brazo y comenzó a palpar con la mano el interior del techo falso. No tardó en coger el paquete escondido. Se bajó de la taza y rompió el envoltorio, tirándolo a un rincón.

Había un pasaporte, una tarjeta de crédito y un fajo de billetes de cien libras. Se lo metió todo en el bolsillo. Accionó la cisterna y salió. Se limpió el cabello de la suciedad que le había caído, se peinó con las yemas de los dedos y salió de los lavabos.

En el Cervantes, Varun lo vio cruzar el vestíbulo de la terminal, llegar al mostrador de Emirates y hojear el programa de vuelos.

—Quizá quiere engañarnos, por si le estamos vigilando —dijo en voz alta sin perder de vista

al terrorista.

—No lo creo —dijo Julián a su lado—. Va muy confiado. Date cuenta de que está en un aeropuerto, un lugar del que es muy difícil salir si tu rostro está circulando entre los agentes de seguridad. Él es consciente de que no se ha dado el caso.

Goyo dio su conformidad con un gesto de la cabeza.

El técnico indio se giró hacia otro ordenador y tecleó algo para acceder a un sitio diferente. Todos pudieron ver cómo Qasim entregó su pasaporte en el mostrador de venta de billetes de la aerolínea Emirates.

Después de darle a la empleada la tarjeta de crédito, a los pocos minutos recibió su billete. Vieron cómo le indicaba dónde tenía que ir para recoger su tarjeta de embarque. Lo vieron caminar con prisas hacia el mostrador de *business*, donde evitó la larga cola de los viajeros en clase turista con maletas.

Julián ordenó a Varun informar a Laura de inmediato: «Viaja a la India, a Ahmedabad. En *business*. Pasaporte indio con nombre de Laeeq Siddiqui. Vuelo de Emirates». Tras leerlo en voz alta, preguntó a David:

—¿Llevas contigo tu pasaporte?

—Por supuesto.

—Mejor será que me des tu pistola, yo me hago cargo de ella.

David se la tendió de forma discreta y ella se la guardó en su chaqueta de cuero. El taxi estacionó a la altura de la puerta, en la terminal de salidas.

—Todo tuyo —dijo Laura.

—Gracias por haber estado en el momento y lugar oportunos —respondió David mirándola a los ojos.

—Ya tendrás tiempo de agradecersele personalmente a Julián, que es quien me mandó echarle un ojo.

David abrió la puerta y salió. Laura bajó la ventanilla y alzando la voz a su espalda, dijo:

—Espero verte pronto en España.

David respondió con una sonrisa fugaz antes de alejarse con paso decidido, metiéndose entre la muchedumbre y desapareciendo casi de inmediato.

En más de una ocasión David Ribas se había hecho pasar por copiloto, una magnífica tapadera. A menudo el control de seguridad en los aeropuertos era mucho más laxo con las tripulaciones de las líneas aéreas.

Gracias a Nadeem Murtaza, piloto profesional, el español tenía acceso a terminales, hangares y cualquier zona aeroportuaria. Conocía todos los protocolos de seguridad, podía entrar y salir sin levantar ninguna sospecha. Además, sobre todo en los aeropuertos de la India, Nadeem le informaba de qué cámaras de seguridad funcionaban o no.

Nadeem era un eslabón de la red del crimen organizado que Hassena tenía extendida en todos los ámbitos e instituciones de la India. Desde su posición había realizado muchas labores para la mafia, desde simples pases de entrada a zonas restringidas en distintos aeropuertos a robo de documentos, falsificaciones de licencias e incluso pilotar aviones de carga de conocidas empresas de paquetería como DHL o UPS cuyos productos en bodega eran destinados al negocio del contrabando.

Emirates había cerrado el vuelo. Con la intervención de Hassena había conseguido asiento en el vuelo de Air India con destino a Ahmedabad que salía en una hora.

Los pasajeros entraban en fila a la aeronave. Nadeem, junto a dos azafatas ataviadas con el distintivo sari de la aerolínea, los recibían con una sonrisa dándoles la bienvenida.

Después de una pareja inglesa, el piloto miró al nuevo pasajero que entraba y le dedicó un leve movimiento de cabeza, distintivo solo entre ellos dos.

—Bienvenido —pronunció Nadeem al unísono con las azafatas, juntando las palmas de las manos a la altura del pecho.

David asintió con una inclinación de cabeza.

Entraron todos los pasajeros y quedaron a la espera de los más rezagados. Tras varios minutos, el avión estaba listo para el despegue.

—Todo está en orden —anunció Nadeem a su copiloto tras acomodarse en su asiento y repasar la complicada lista de control de despegue.

Dio instrucciones a sus ayudantes de vuelo y fue pulsando interruptores. El avión fue ganando velocidad por la pista de despegue y levantó el vuelo hacia el cielo, ascendiendo paulatinamente.

Tras trece horas, el vuelo de Emirates aterrizó en el aeropuerto internacional de Sardar Vallabhbhai Patel, en la ciudad de Ahmedabad.

Desde el Cervantes, Varun lo vio caminando por un pasillo junto a otros pasajeros; sacó el móvil del bolsillo.

—¿De dónde ha sacado ese móvil? —preguntó en voz alta.

—Tal vez cuando desembarcó —contestó Laura, sentada a su lado observando las imágenes de las cámaras del aeropuerto indio—. Fue directamente a los lavabos, como hizo en Inglaterra. Allí alguien le estaría esperando para darle el móvil.

Qasim marcó un número.

—¿Puedes dar con la señal? —preguntó Laura.

Varun guardó silencio mientras tecleaba en su ordenador. Desde los altavoces se escucharon unas palabras en urdu antes de que vieran a Qasim colgar la llamada y meterse el móvil en el bolsillo.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho literalmente: «Quiero verlos morir esta noche y que el vídeo se difunda por las redes sociales».

—¿Qué has podido averiguar de las imágenes que mandó David desde la vivienda de Qasim? —preguntó Julián.

—Antes de que pudiese meterme en ello eliminaron toda la información de los ordenadores a través de un dispositivo *keylogger* muy sofisticado. Pero sobre las demás fotos hay muchos documentos inconexos. No puedo llegar a entender la conexión de unos exámenes de inglés con mapas sobre plantas industriales.

—Quizá uno de esos hijos que ha utilizado como tapadera ha estado estudiando para sacarse un nivel de inglés —añadió Goyo.

—Esos exámenes están sin marcar —dijo Varun—. Es decir, que los ha recibido por terceras personas y estos a través de los cauces oficiales por las oficinas centrales de Cambridge Assessment.

—Qué raro. ¿Y de la planta industrial? —preguntó Julián.

—Son planos de una nave dedicada a la fabricación de productos químicos —contestó Varun.

—Parece grave —replicó Goyo.

—Más no puede serlo —dijo Varun.

—Entonces, ¿estás seguro de que ese loco ha pensado en utilizar una bomba sucia? —volvió a preguntar Julián con aire adusto.

—Un artefacto de dispersión radiológica, diría yo —contestó el indio observando a cada una de las tres personas frente a él.

Desde su marcha de Inglaterra, Qasim tenía la fatal sensación de que alguien le estaba siguiendo. Caminaba por detrás de una pareja de turistas extranjeros en dirección a Inmigración. Luego, él tomó la fila para nacionales indios.

Mientras esperaba su turno, cavilaba sobre la situación. Pero no sabía quién podía ser y a qué agencia extranjera de inteligencia podría pertenecer. Sus planes, hasta entonces intachables, estaban en peligro. De eso sí que estaba seguro.

El agente de Inmigración selló su pasaporte con movimientos letárgicos.

«Piensa», se dijo nada más salir del control y encaminarse hacia la salida.

Salió al ardiente sol y al denso tejido humano. Había una bulliciosa multitud agolpada frente al mostrador de taxi de prepago. Nadie guardaba orden ni cola. Estaba lleno de indios y de muchos extranjeros arrastrando el *jet lag*, con gruesas mochilas a la espalda y maletas con ruedas. Qasim se aproximó pensando en su modo de actuar.

Al otro lado de la acera vio a un taxista apearse de su vehículo para increpar a un airado conductor sij que no dejaba de hacer aspavientos violentos contra él. Mientras los dos conductores se enzarzaban en una acalorada discusión en medio de la carretera, Qasim no lo pensó dos veces.

Cruzó la mediana de la carretera, se metió dentro del vehículo, arrancó crujiendo

estrepitosamente la caja de cambios, y tras acelerar violentamente, dejó atrás al incrédulo conductor y, al poco tiempo, las inmediaciones del aeropuerto.

David se dirigió a Inmigración, a la fila de extranjeros.

El reflujo de pasajeros del vuelo de AirIndia se juntó con uno procedente de París operado por Air France. Las colas se hicieron largas para pasar el control de pasaportes, aumentando el cansancio de los viajeros.

Cuando salió de la aeronave, Nadeem no se encontraba en la puerta despidiéndose de los pasajeros junto a las azafatas. Pero sabía que el contacto de Hassena tendría algo preparado.

Se encontraba con la mirada al frente tras un grupo de ruidosos turistas italianos cuando al girar la cabeza hacia un lateral, vio al uniformado piloto observándole. Se quitó la distintiva gorra y luego se la volvió a colocar. David salió de la fila y se dirigió en su dirección.

Nadeem se puso a caminar por delante. Dio la vuelta a un estante lleno de conocidas marcas alcohólicas, levantó una botella de Johnny Walker, miró distraídamente la etiqueta y salió de la tienda observando su reloj de muñeca con aire apresurado.

David fue al estante, levantó la botella y cogió rápidamente una tarjeta de acceso. En ella había pegada una pequeña pegatina de papel amarillo que ponía: «Salida puerta fondo derecha. Bajaj Pulsar. Rojo».

Se metió entre un grupo de turistas extranjeros que acaban de desembarcar e iban en dirección a la aglomerada sección de inmigración. Entonces, discretamente metió la tarjeta por un lector electrónico situado junto a una puerta con el cartel de «Solo personal autorizado».

Entró y caminó con el paso acelerado por un estrecho pasillo. Cruzó varias salas del departamento de aduanas, empujó una puerta y accedió a unas escaleras. Bajó corriendo, entró al aparcamiento del personal de seguridad y enseguida distinguió la moto.

En el guardabarros delantero había una distintiva pegatina roja, y debajo, sobre el neumático, encontró las llaves. Giró la llave en el contacto, arrancó y pronto se encontró sumergido en el tráfico.

Tras introducirse en el caos urbano de la capital del Estado de Gujarat, de nuevo se enfrentó con las maldiciones letárgicas de los conductores indios, con los griteríos de voces, con el insufrible calor, con la densa contaminación más la fetidez de los tubos de escape y, si ello no fuera suficiente, con los enérgicos bocinazos tan característicos en todas partes de la India.

Al español le parecía la India un mundo caóticamente maravilloso, como si los creadores de su universo, Shiva, el destructor, Vishnu, el conservador, y Brahma, el creador, hubieran creado aquel surrealista crisol adrede o dejado a medio hacer.

Quizá fuese esta la razón por la que su idiosincrasia y su cultura tan exclusiva permanecían incorruptas ante las influencias externas, a pesar de haber estado sometida durante tantísimos años como colonia británica.

El periodista Mark Hamilton y su cámara Tommy Martin habían sido secuestrados hacía tres días.

El primer día, un hombre encapuchado les dijo que a la mañana siguiente morirían. No sucedió. Mark, más experto en cuestiones de terrorismo y del Estado Islámico, sabía que era una táctica para desmoronarlos psicológicamente.

Los hombres con pasamontañas no eran conscientes de que Mark les entendía, pues no les había dicho que sabía urdu, además de hindi. Había estudiado las lenguas asiáticas durante sus estudios de periodismo en Georgetown.

Tras su graduación, trabajó dos años como reportero en Tel Aviv, luego cinco en Lahore y seis en Nueva Delhi antes de trasladarse a vivir a Dubái. Viajaba a menudo por todo Oriente Medio, ocasionalmente a Siria y muy a menudo a la India.

Fue durante un reportaje que estaban realizando en Pakistán sobre el pasado histórico de Lahore, para una popular revista especializada en viajes, cuando él y su cámara fueron obligados a punta de pistola a meterse en una furgoneta. En su interior fueron encapuchados y atados, para ser ocultados después en diferentes lugares hasta que los retuvieron en el interior de una vivienda lejos de cualquier población.

El segundo día del secuestro Mark supo que el líder del grupo se llamaba Mohid Hamid, y que por su acento no era pakistaní, sino indio. Los americanos notaron su extraordinario aspecto físico: a diferencia de los demás hombres, era tremendamente musculado, como si hubiera salido de la WWF.

De piel muy oscura y nariz chata, era muy alto, de espaldas anchas, de unos cuarenta años, y como todos, con una barba descuidada, muy poblada y con tinte de color naranja a base de henna.

Mohid Hamid, como acérrimo musulmán, utilizaba la henna como tinte del pelo y de la barba, ya que supuestamente Mahoma se aplicaba cúrcuma en su barba: como quedó constancia en los hadices, la colección de dichos del profeta y que ha sido objeto de estudios a lo largo de los siglos por parte de los eruditos suníes.

El profeta se teñía el pelo de color rojo o naranja, lo que hacía que un buen musulmán evitase teñirse el pelo de negro. Pero si lo hacía con mala fe, como engañar con la edad a una mujer para casarse con ella, entonces la henna se volvía *haram*, prohibido.

Había sido él quien, el primer día del secuestro, con un pasamontañas negro con agujeros para los ojos y la boca, y agitando un AK-47, había dicho frente a una cámara de vídeo que británicos y norteamericanos debían de abandonar todas sus bases en Afganistán o de lo contrario los dos periodistas serían ejecutados.

Al acabar la grabación, sus cinco acompañantes, junto a una enorme bandera negra del Estado Islámico a sus espaldas, gritaron eufóricos: *¡Allahu Akbar!*

Al contrario que su amigo, Mark sabía que no había esperanza. Y ante sus insistentes preguntas acerca de lo que había dicho el líder de los secuestradores ante la cámara de vídeo, le había mentido sobre lo que de verdad había escuchado.

—¿Y qué posibilidades crees que hay de que salgamos con vida?

—Haberlas, las hay. Intenta relajarte.

El ambiente se estaba volviendo enrarecido. Nada asusta más a las personas que lo que son incapaces de comprender.

—Me mientes —dijo Tommy mirándole con sus grandes ojos castaños empañados. Tenía un inflamado hematoma en la mandíbula.

—No te miento. Es evidente que las fuerzas de la coalición seguirán en Afganistán durante muchos años.

—¿Quieres decir que no aceptarán sus demandas? Porque doy por entendido que estos locos habrán pedido algo.

—Hay que admitir ese hecho.

—Mis hijos... —dijo Tommy entre sollozos—. Quiero verlos. Quiero estar con ellos... Una última vez...

El plazo se cumpliría en unas horas, si es que no había acabado ya. Mark era consciente de que ningún gobierno se pondría de rodillas ante la demanda de unos terroristas. En tan solo unas horas el gobierno de los Estados Unidos ya habría tomado una contundente decisión.

Era indudable que los islamistas querían ganar tiempo y ver de qué modo podían utilizar la vida de los norteamericanos para sus fines.

Durante todo aquel tiempo, Mohid Hamid les había tratado cortésmente, no como los demás, que les escupían y pegaban patadas. Era él quien les traía la comida. Siempre era la misma: arroz, verduras y tortas de trigo.

Les había prometido en su perfecto inglés con marcado acento indio que serían liberados a su debido tiempo y que no les ocurriría nada. Pero todo lo que había dicho era mentira.

Era mentira porque Mark era un avezado reportero, especialista en todo lo relacionado con el terrorismo islámico, el Medio Oriente y el conflicto interminable entre Pakistán e India. No le cabía la menor duda de que el terrorista, aunque se vistiera de cordero, era un salvaje y que la civilización le era ajena.

El llanto de Tommy y el consuelo de Mark fueron interrumpidos cuando Mohid Hamid entró trayendo consigo dos platos de comida idénticos.

Les había ordenado que cada vez que él entrase tenían que permanecer de espaldas con los brazos extendidos y las palmas de las manos junto a la pared. De lo contrario, recibirían azotes con un cinturón.

Los americanos conocían muy bien los preceptos coránicos respecto a la alimentación: o era *halal*, que estaba permitido, o era *haram*, que estaba prohibido. Por descontado, allí todo alimento era *halal*.

—Me tendréis que disculpar —dijo el terrorista en tono cortés—, pero hoy no he incluido dátiles.

Dejó los platos en el suelo y se marchó, cerrando delicadamente la puerta tras él.

Tommy comenzó a temblar. Desde hacía dos días no había comido nada. Mark aspiró y espiró profundamente. Con un gesto de cabeza le indicó que hiciese lo mismo.

—Respira hondo, Tommy. Como estoy haciendo yo.

Tommy le imitó. Tras varios minutos de ejercicios de respiración, tenía que convencerle de que probase bocado.

—Cómete el arroz.

—No —contestó con un temblor en su voz—. No tengo hambre.

Era evidente que el miedo le estaba dominando y que estaba sumido en una terrible ansiedad.

—Tienes que comer —le dijo con severidad—. No importa cómo una persona resista su

cautiverio, pero no se puede negar a comer porque hay que conservar las fuerzas.

—No.

—Sí, y vas a comer —le dijo en tono autoritario, como un padre a un hijo desobediente—, porque es la única forma que tienes para enfrentarte a esta situación. No debes debilitarte. Si nos quisieran muertos, nos habrían dejado morir de hambre, ¿no es así? Así que quizá acabemos liberados.

»También nos podrían haber drogado la comida y torturado físicamente. ¿Lo han hecho? No. Si comes, estás resistiendo. Si no comes, estás siendo dominado. Así de claro. ¿Quieres ver a tus hijos?

—Sí.

—Pues come. Alimenta tu cuerpo. Mantente vivo.

Como había ocurrido desde el primer día de cautiverio, por las noches Mohid Hamid entraba en la habitación con una baraja de cartas. Mark era un buen jugador, pero aun así se dejaba ganar siempre. Tommy rehusaba jugar con su captor porque en lo único que no podía dejar de pensar era en el día que acabaría con su vida.

—Nada te ocurrirá —dijo Mohid adivinando su temida preocupación y sonriendo al tiempo que mostraba una carta a su compañero norteamericano.

Mark había oído que el plazo era de una semana para que, si las fuerzas de la coalición no empezaban a retirarse, sería voluntad de Alá que ambos fueran ejecutados. Habían transcurrido tres días. Las exigencias de sus captores no serían satisfechas. Era indudable que pronto morirían.

Durante las partidas de cartas, Mark le había intentado hacer entender que él y Tommy siempre habían sido comprensibles con la comunidad musulmana allá donde habían estado. Incluso en un último reportaje él se había mostrado comprensivo con el pueblo de Afganistán, mencionando la retirada de las tropas norteamericanas.

—Si nos liberas, te ganarías a la opinión pública extranjera —dijo con aire de súplica—. Les demostrarías que eres un musulmán clemente, bueno y comprensivo.

Mohid soltó una risa ronca y gutural al tiempo que ponía un juego de cartas sobre el tablero. Este inesperado gesto hizo que Mark pensara que todo acabaría bien y se aferró mentalmente a esa posibilidad.

—Vosotros inventáis mentiras.

—Nosotros, no —protestó débilmente—. Son los políticos.

Una lenta sonrisa se extendió por el rostro del islamista. Se levantó y se acercó. Se inclinó con las manos en las rodillas y la cara al nivel de la de Mark. Pronunció sus palabras con suavidad, en un murmullo, con enloquecedora serenidad.

—Sois de ellos. Sois norteamericanos, por tanto, terroristas que invaden nuestras tierras.

—Hablas de invadir, pero tú no eres de aquí. Por tu acento sé que eres indio y por el color de tu piel del sur, de Kerala o Tamil Nadú, y que yo sepa en nuestra historia siempre hemos sido muy respetuosos con la India.

—Tras la partición en 1947, mis abuelos fueron masacrados por los hindúes —dijo con tono mesurado—. Mi padre, siendo un crío, consiguió refugiarse en la India, y se quedó allí, pero no porque no quisiera vivir en Pakistán, sino porque no tuvo elección. Pronto se casó, abrió un negocio y nacimos sus hijos. Ahora yo vivo aquí, en Pakistán, junto a mis hermanos.

»Los británicos invadieron el Deccan indio durante muchos años, pero hoy en día vosotros os inventáis mentiras para justificar una invasión. Queréis liberaros de nosotros, que a vuestros ojos no somos sino unos infieles.

—Escúchame. Eso no es así. Os da miedo nuestra civilización porque no la entendéis.

La expresión de Mohid se endureció. Levantó la mano al aire a modo de amenaza, sin darle tiempo para exponer sus argumentos. Su voz sonó corrosiva.

—¿Miedo? A nosotros no nos da miedo nada. Abrazamos la muerte como mártires —masculló el islamista agitando la mano como para espantar aquellas indeseables palabras del infiel—. Nos despojáis de nuestro poder, de nuestra dignidad. Tenéis una cultura que es una abominación. Por eso vuestra influencia en nuestra sociedad es como un cáncer que hay que extirpar.

—¡Eso no es verdad! —gritó Tommy desde un rincón de la habitación sin muestras de temor—. Tú solo ves lo que quieres ver, nada más.

—*La ilaha ill allah*. Es verdad todo lo que he dicho —dijo Mohid girándose hacia él con el rostro contraído por la ira. Dio unos pasos para acercarse y bajó la voz. Se inclinó. Su cara casi tocaba la de Tommy—: Infiel, nosotros sufrimos la ocupación cristiana, la amenaza constante. Es nuestra identidad cultural la que actualmente está en juego. Vuestros ejércitos ocupan nuestras tierras. Hemos jurado ganar esta batalla y volveremos a vencer a los cruzados modernos.

—Lo único que sabéis hacer es destruir. No creéis en la educación.

—Decretaremos la *sharia* —dijo Mohid como si no hubiese escuchado el último comentario de Tommy—. Los *kufar* como vosotros no habéis hecho más que imponernos una influencia satánica alejada de las doctrinas del profeta con la única intención de oprimirnos y destruirnos.

—Empieza a ayudar a tu pueblo, edúcalo. Solo os dedicáis a inculcar el Corán y las enseñanzas de Mahoma. ¿Y qué queréis conseguir? ¿Prosperidad? Solo queréis vivir en la edad de Piedra. Eso sí, con internet, ¿verdad? ¡Vuestro odio os ha vuelto ciegos!

El terrorista le atenazó la garganta. Mark se levantó, corrió e hizo amago de socorrerle, pero con la otra mano le apuntó con su pistola. Tommy se quedaba sin respiración. Su captor lo arrojó violentamente contra el suelo de la celda.

—Te compadezco —murmuró Tommy jadeando.

Entonces la mano derecha de Mohid hendió el aire. El norteamericano estaba tan débil que no pudo esquivarlo. El fuerte bofetón lo dejó tirado boca abajo.

Fue entonces cuando su teléfono vía satélite zumbó. Al sacarlo de uno de sus muchos bolsillos de su chaleco militar y ver quién llamaba, su aspecto cambió. Se giró sobre los talones y salió apresuradamente de la habitación dando un portazo.

Qasim al-Abadi le informaba de que se encontraba en la India y le ordenaba tomar acción, instándole a grabar lo sucedido para difundirlo por las redes sociales.

## 30

Tras salir del aeropuerto, David recibió la ubicación del taxi que había cogido Qasim. A través de la cámara de seguridad exterior de la terminal Varun identificó la matrícula y consiguió acceder al GPS del vehículo: se encontraba aparcado en el mercado Dhalgarwad.

Serpenteaba el tráfico mientras seguía con su móvil la ubicación exacta. Vio el taxi aparcado de mala manera junto a la acera. Las ventanas estaban bajadas. No había nadie en su interior.

Esperó sentado sobre la motocicleta. Pese a que ahora la población daba una imagen alegre y pacífica, David conocía su trágica historia reciente. Gujarat fue el lugar donde nació Mahatma Gandhi y comenzó el movimiento que acabó obligando a los británicos a dar la independencia a la India.

Sin embargo, nada de encantadora resultó años después, cuando en 1960 y en 1989 se desató de nuevo la violencia entre hindúes y musulmanes, la más mortal desde la división de la India en 1947. Motines, incendios, masacres y saqueos a gran escala. La violencia entre hindúes y musulmanes siempre ha tendido a repetirse en la India.

Tomarse su tiempo tuvo su recompensa. Vio a Qasim caminando junto a otro hombre. Parecía agitado. Le daba instrucciones moviendo las manos al aire con ímpetu.

Los vio subir a un coche Honda Civic de color blanco. Qasim conducía. David arrancó y se internó en el tráfico guardando las distancias.

Tras cuarenta minutos cruzando la parte vieja de la ciudad, el coche se apartó de la carretera y siguió un tortuoso camino de calles estrechas.

Encogido sobre los manillares, David giró a la derecha y luego a la izquierda, sorteando una intersección y aumentando la potencia de la moto hasta situarse de nuevo tras el Honda Civic.

Por fin, se detuvieron en una zona llena de almacenes y edificios abandonados aislados por gruesos candados de metal. Era una zona antigua retorcida por el tiempo y la crueldad de la historia de la India tras la partición.

El acompañante de Qasim se bajó y abrió una verja. Después, el vehículo entró y el hombre cerró.

El español permaneció un tiempo a la espera. De vez en cuando volvía sus ojos entornados hacia los alrededores del edificio. Muy poca gente caminaba por las inmediaciones, apenas una mujer con hiyab y túnica negra y un hombre empujando un carro lleno de verduras al tiempo que gritaba al aire su mercancía.

Decidió dar una vuelta al edificio para estudiar las salidas. Era un cubil de calles antiguas y estrechas. Observó que había una puerta metálica más moderna que la anterior, que se abría electrónicamente. Volvió a la anterior entrada, aparcó y decidió subir la verja.

La luz del atardecer entró mostrando el polvo y la suciedad que inundaban aquel almacén industrial.

El interior estaba muy sucio, olía a aceite de motor y verduras podridas. Había sacos abiertos de patatas y legumbres con ratas dándose un festín. Qasim y su acompañante se habían marchado del lugar utilizando la puerta posterior.

Había una mesa con varios cajones y una estantería. Los ficheros habían sido abiertos y sus hojas arrancadas. Había facturas de electricidad y de un teléfono fijo. Por el suelo había tres alfombras deshilachadas para el uso del rezo musulmán, y mucha publicidad de Pizza Hut, de Domino's Pizza, de kebabs y ejemplares atrasados de periódicos locales en urdu. Sin duda tenían prisa y habrían recogido todos los documentos valiosos.

Le asaltó un olor extraño, desconocido para él. Buscó por las estanterías y cajones y encontró una linterna. La encendió y continuó caminado por el profundo interior del almacén.

Entonces se dio cuenta de que ese olor picante era de carne humana. Había presenciado incineraciones al borde del río Ganges y sabía que ese hedor nauseabundo provenía de cuerpos en descomposición.

Un ruido a su izquierda le puso en alerta. Alguien estaba al acecho; el movimiento suave de sus zapatos al deslizar la suela sobre el polvoriento suelo de cemento había desvelado sus intenciones asesinas.

Cuando una sombra fue a descargar un duro golpe con una barra de hierro sobre la cabeza de David, este se apartó golpeándole con la linterna en la nuca.

El hombre era el acompañante de Qasim. Olía fuertemente a tabaco y a sudor rancio. Su poblada barba le llegaba hasta la altura del pecho. Tenía un aspecto terrorífico.

Antes de que David fuese a por él, ya se había levantado. Le lanzó al español una patada en el aire, movimiento que aprovechó para soltar la linterna de su mano y agarrarle el zapato; lo torció con tanta violencia que el tobillo chasqueó con un ruido estremecedor.

Al caer de rodillas, David le agarró con tal fuerza del mentón y la cabeza, que al tirar le rompió el cuello.

Le chequeó la cintura. Vio que llevaba a la espalda una Sig Sauer P226. No la cogió, evitando que quedasen sus huellas en el arma. Pero esto le dio a entender que la intención del terrorista no era matarlo, sino capturarlo con vida y así torturarlo, convencido de que sus métodos hubieran revuelto las tripas incluso a los responsables de Abu Ghraib.

Quasim lo había ideado muy bien, había utilizado al español a la manera en que un cazador utiliza a un batidor, para que aceche a su presa y le lleve al lugar donde está escondido.

Le revisó los bolsillos. El terrorista no llevaba móvil ni cartera. Nada. Cogió del suelo la linterna y se adentró en la oscuridad del almacén, que cada vez parecía más profundo y con un ambiente más caluroso; la camisa, empapada de sudor, la llevaba pegada a la piel.

Se paró en la penumbra achicharrante. La luz del exterior revoloteaba y gorjeaba por todas partes, ya que el techo y partes de las paredes del almacén estaban agrietados. Se limpió el sudor de la cara. Cuando no había recorrido más que veinte metros, oyó el zumbido de las moscas y comenzó a oler a cartón amargo, a un repulsivo olor a putrefacción.

Alumbró en todas direcciones, escudriñando la penumbra con los ojos entrecerrados. Por el suelo había huesos. David sintió que se le aceleraba el corazón.

Estaba sudando y no solo por el despiadado calor. Arrugó la nariz. El lugar hedía a muerte. Se fijó en una figura apoyada a la pared. Estaba en estado de descomposición. Era como si le hubieran rociado con ácido. No tenía nariz, los ojos y la carne estaban carcomidos. Dedujo que algún tipo de líquido le había devorado los tejidos. «Ácido», se dijo a sí mismo.

Sacó su móvil. El *flash* repetido inundaba de luz brillante al cuerpo demacrado, dándole una presencia espectral y horripilante.

En ese momento descubrió una fosa en el suelo de tierra apisonada del almacén; daba la impresión de haber sido escarbada a toda prisa. En el interior había tres cuerpos rociados de cal viva y arena. Apartó con la mano una nube de moscas y siguió sacando fotos.

Varios sobres de plástico y hojas mecanografiadas estaban esparcidos por el suelo. El membrete de una de ellas le llamó la atención: Cambridge Assessment. Eran parecidos a los exámenes que había visto en la vivienda de Qasim en Inglaterra.

Se puso de cuclillas y los observó: eran fotocopias de exámenes de inglés expedidos por la Universidad de Cambridge. Conforme sacaba fotos de todo se las iba enviando a Varun, que desde el Cervantes analizaba en tiempo real toda información que recibía.

Le llamaron la atención unos sacos de arena apilados en un rincón. Acercó la linterna al interior, fotografiando la arena de cerca; era la misma que habían esparcido sobre los cadáveres.

Avanzó con ayuda de la potente luz de la linterna. Llegó el momento en que tuvo que contener la respiración. Inmediatamente sintió la necesidad de salir de allí cuanto antes.

Respiró profundamente, llamó a Hassena y le contó lo que había visto.

—Esa zona la han estado utilizando para el tráfico de detonadores de alto voltaje —dijo ella—. Y, por lo visto, de mineral de uranio.

—Sus intenciones no parecen ser muy buenas. Ese Qasim, que merece estar ardiendo eternamente en el infierno, tiene contactos con en las altas esferas del terrorismo, ya que parece que le proporcionaban ingentes cantidades de dinero.

—Detonadores, uranio... A no ser que haya en alguna parte una planta con medios suficientes, estarán fabricando una bomba atómica en algún sitio. Sigo haciendo mis averiguaciones y te llamo enseguida.

David cerró la verja, y cuando arrancó la moto, recibió la llamada de Hassena.

—Por lo que he podido saber, el mineral de óxido de uranio es muy fácil de conseguir, pero es imposible refinarlo y conseguirlo altamente enriquecido en una planta que reúna las características, y menos aún en las afueras de un casco urbano.

—Es decir, que tendría que buscar una edificación grande y protegida.

—Eso es.

David miró al cielo. Estaba seguro de que en el Cervantes le estaban monitorizando.

—Tenemos que obtener una información más concreta. Estamos ante una amenaza real. Ahora Qasim está prevenido y concentrado, y es muy suspicaz, lo que le hace ser más peligroso.

—Llama a tus amigos españoles y que barran vía satélite los alrededores montañosos. Te mantengo informado si doy con algo.

Tras colgar, recibió una llamada de Varun.

—No comprendo qué conexión puede haber con esos exámenes que me has enviado. A simple vista parecen fotocopias de los encontrados en su vivienda de Cambridge —dijo el indio desde el Cervantes frente a varias pantallas de ordenador.

—Así es, son fotocopias. Pero ¿qué ha podido tramar Qasim?

—Quizá a través de su red criminal haya estado vendiendo los exámenes a terceros para tratar de obtener financiación. Sé que pueden pagar mucho dinero. Para algunos, es tan importante como la obtención de un pasaporte, un visado... Hay gente que está dispuesta a pagar una auténtica fortuna por tener esos exámenes y así tener la acreditación de inglés por la Universidad de Cambridge. Igual en Inglaterra tenía un contacto dentro de la universidad y este se los pasaba...

—Me resulta extraño.

—Seguiré indagando a ver cuál puede ser la conexión.

—¿De la arena sabes algo?

—Esto es lo importante. Escucha. Esa arena que encontraste proviene de las cuevas naturales de la montaña de Madhupura. Estoy seguro de que ha estado haciendo experimentos químicos en esa zona. Porque si yo estuviese metido en esa actividad, ese sería el lugar remoto ideal en el que

montaría el tinglado.

—Por lo visto, habrá secuestrado a algún desgraciado de la calle y realizado experimentos en este almacén. La arena la habrán utilizado para que el ácido no dañase el suelo de cemento.

—Te mando ahora mismo la ubicación del perímetro aproximado de donde procede. Te va a llevar muchas horas recorrerlo. Conviene que te lleves muchas botellas de agua, porque hace un calor horroroso, y también que te hagas con un vehículo en condiciones, porque el lugar es pedregoso. Con esa moto no llegarás lejos.

David miró por los alrededores y vio a un hombre de negocios aparcando su Tata Safari.

—Veré qué puedo conseguir.

## 31

Conocían muy bien al gremio de periodistas como para saber que se habrían movilizado reporteros de todas las asociaciones y nacionalidades para exigir la liberación de inmediato.

—Estoy seguro de que estarán armando tanto revuelo que conseguirán presionarlos para que nos dejen en libertad —dijo Mark queriendo dar esperanzas a su compañero—. ¿Qué van a conseguir matándonos? Nada. No van a ganar nada.

Se oyeron pasos en el exterior. La mirilla de la puerta se abrió.

—Junto a la pared —gritó Mohid Hamid.

Hicieron lo que les ordenaban. La visita era sorpresa, pues les habían dado de comer hacía escasamente dos horas.

La puerta, sin picaporte ni cerradura, se abrió y apareció el terrorista sosteniendo dos monos de color naranja. Los americanos se dieron la vuelta.

—Señor Hamilton y señor Martin, pónganse esto, por favor —dijo con una sonrisa amplia y tranquila.

La mente de Mark funcionaba a toda prisa. Tommy de rodillas, gritó con una expresión de súplica, levantando juntas las palmas de las manos.

—¡No, por favor! ¡No nos mates!

—No te preocupes —respondió Mohid—. Es solo para grabar un vídeo. Para demostrar que seguís vivos.

Le tiró el mono a Tommy y tendió el otro a Mark, que no hizo gesto de cogerlo.

—No entiendo por qué debemos llevarlo —aseveró Mark.

—Digamos que es para impresionar. Es parte de nuestras reglas cuando negociamos un secuestro. Ponte esto encima, por favor.

Tommy se levantó del suelo; tenía los ojos enrojecidos. Acallando el estruendo de su corazón, preguntó:

—¿Quieres decir que van a pagar un rescate por nosotros?

—Así es —dijo Mohid Hamid sonriendo y ladeando la cabeza.

—Entonces, ¿no nos vais a matar? —preguntó Tommy de nuevo en voz baja, implorante.

El terrorista respondió con gesto despectivo, como si el cautivo fuera un moscardón revoloteando alrededor de su descuidada barba.

—Amigo mío, eres periodista. No sirve de nada matar a un periodista.

Mark había entrevistado a numerosos musulmanes, líderes locales de poblaciones en Siria, Irak y en Afganistán. Además, había viajado mucho por Pakistán y recorrido la India de desde Cachemira a Kerala. Su experiencia le decía cuándo le estaban mintiendo. Y en ese preciso instante aquel hombre estaba mintiendo.

Como si adivinase sus pensamientos, el advenedizo Mohid se giró y, aproximándose a Mark, empujó con delicadeza el mono contra su pecho.

—Por favor, pónitelo —dijo—. Es solo un vídeo.

Como no le hacía caso, retrocedió y llamó a sus hombres, que entraron cubiertos con

pasamontañas. Mark sintió que iba a perder el conocimiento.

—No tenéis por qué hacer esto —dijo.

—Pero ¿cómo? Si es solo un vídeo. Mira, como me caéis bien, os grabaremos por separado.

Se apartó y habló en voz baja a sus hombres. Ellos ya estaban saturados de violencia y pasaban muchas horas jugando a los videojuegos, volando la tapa de los sesos a la gente.

Dos de ellos pusieron dos sillas separadas por una sábana oscura que mantenían extendida otros dos hombres. Sus ojos tenían una mirada hosca de nativos de las montañas.

Tommy miró de soslayo a su amigo. Mark estaba a punto de desvanecerse. Tommy, al presentir el miedo que invadía a su amigo, se asustó, sintió que las fuerzas le abandonaban; miró la puerta y salió corriendo, pero dos encapuchados lo sujetaron de los brazos. Le ayudaron a ponerse el mono y le hicieron sentar en una silla.

—Relájate, Tommy —gritó Mark.

—Mark, por dios. No dejes que me hagan esto.

Mark hizo amago de quitar la sábana, pero un hombre le bloqueó el paso y lo empujó contra la pared apuntándole con un fusil.

—No seas idiota, Mark, o empeorarás esta situación —dijo Mohid acercándose al periodista—. Ponte el mono o tendré que forzarte.

Mark respiró lentamente varias veces. Sujetó el mono, metió una pierna y luego la otra. Mohid hizo un gesto hacia uno de sus hombres y este le ató las muñecas a la espalda con una brida de plástico, haciéndole sentar en una silla bajo la custodia de dos de sus hombres.

—Es solo un vídeo, Mark. Primero grabaremos a tu amigo y luego a ti.

Mohid pasó al otro lado de la sábana. Mark no pudo contenerse y rompió a llorar.

—Tommy, te quiero —gritó.

—Joder, Mark, yo también —dijo sollozando.

Mark escuchaba los lamentos y lloros de Tommy. Pudo oír a Mohid murmurar algo en árabe, pero no consiguió entenderlo entre el llanto de su amigo y su rezo continuo del padrenuestro.

Mohid estaba hablando frente a la cámara sostenida por uno de sus hombres. A través de la sábana, Mark podía ver la luz de un foco profesional. Luego escuchó al terrorista alzar la voz explicando el motivo del secuestro y airadamente recordó la amenaza que profirió al comienzo del cautiverio.

—Y perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden...

De repente, se dejó de escuchar a Tommy.

—¿Tommy? ¿Tommy?

Tras un instante, Mohid dio la vuelta a la sábana. Un hombre encapuchado colocó el trípode frente a Mark y luego el foco de luz. Dos hombres se situaron a la espalda del norteamericano y extendieron la bandera negra del Estado Islámico.

—Eres un miserable cobarde —le espetó Mark.

El terrorista, que se había levantado el pasamontañas hasta la frente, ni se inmutó por el comentario.

—Toma —dijo Mohid ofreciéndole una botella de agua—. Te sentará bien.

Mark la tomó temblándole visiblemente la mano. Bebió lentamente, tragó y siguió bebiendo.

Le quitaron la botella. El hombre que manejaba la cámara hizo una señal a Mohid y este se cubrió el rostro de nuevo con el pasamontañas.

Comenzó una diatriba parecida a la anterior. Culpó a las fuerzas de coalición de la situación en la que vivía Afganistán y el pueblo musulmán en general. Habló de Siria e Irak. Señaló la bandera mientras hablaba y continuó vociferando mientras los hombres gritaban al unísono *Allahu*

*Akbar, Allahu Akbar...*

Las fuerzas le habían abandonado. Las bridas de plástico se le estaban clavando en las muñecas, pero a Mark ya no le importaba. Cerró los ojos y comenzó a respirar hondo. Trató de recordar los rostros de su familia.

Mohid se acercó a la cámara y de forma airada continuó hablando: no había más que odio y veneno en sus palabras. Prometió que nuevos ataques se cometerían muy pronto y que los países que habían dado su apoyo a los británicos y norteamericanos lo pagarían muy caro.

—Padre nuestro que estás en los cielos... Santificado sea tu nombre... Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad...

Mark no conseguía completar el padrenuestro. En su estado mezclaba la oración. Comenzó a repetir «Señor, apiádate de mí», arremolinando esa frase en su mente. Presintió que Mohid había acabado su discurso. Sintió que avanzaba hacia él pronunciando de manera histérica *Allahu Akbar, Allahu Akbar...* Había algo en su mano. Era un cuchillo.

Antes de que pudiese oponerse, una mano le agarró el pelo, tirándole con violencia la cabeza hacia atrás. El cuchillo se deslizó por su cuello y sintió que le cortaba la tráquea. No sintió su cuerpo, solo una sensación de quemazón mientras la sangre le corría a borbotones.

Entonces fue cuando todo se volvió negro.

No era la primera vez que Julián Fernández se reunía con el agente de la CIA Andrew Houghton de manera extraoficial en la embajada de los Estados Unidos en Madrid.

Su aspecto físico no dejaba traslucir el hombre severo y sin contemplaciones que había estado destinado en algunos de los lugares más peligrosos del mundo: Medellín, Río de Janeiro y Damasco, entre otros.

El norteamericano apreciaba al español entre otros motivos porque tenía la virtud de concebir planes e ideas de la forma más asombrosa. Además, el hecho de que dirigiera el Cervantes, una organización secreta que consideraba que estaba todavía en pañales a diferencia de la CIA, pero con una capacidad tecnológica absolutamente asombrosa para luchar contra el terrorismo, le merecía su absoluto respeto.

En Estados Unidos, los diversos servicios de inteligencia seguían con sus celos a la hora de proteger información. Nadie compartía nada debido al miedo a posibles filtraciones. Era todo parecido a un reino de taifas privado.

Querían que el gobierno les financiase sus altos costes, pero a la hora de compartir datos entre las agencias, por un bien común, se negaban a hacerlo. Este era otro motivo por el que Andrew, siempre que podía, buscaba el apoyo del español.

Julián ocupó una silla frente a él. Como siempre, el americano llevaba en la solapa una diminuta insignia con la bandera americana. Conocedor de este detalle, el director del Cervantes se había puesto un brillante alfiler de corbata con la bandera española.

Un joven asistente se aproximó a ellos.

—¿Qué tomas? —preguntó Andrew.

—Un café solo.

Andrew hizo un gesto al auxiliar alzando dos dedos al aire, este asintió y desapareció.

—¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—Cuando reclutamos a nuestro hombre David Ribas para eliminar al terrorista estadounidense Nick Preston, conocido por su nombre islámico Mahmoud Ghaleb.

—Ah, sí. Fue un trabajo excelente. Terrorista musulmán nacido en Estados Unidos, es muy triste decirlo, la verdad.

En una pared cercana colgaba el retrato del presidente de los Estados Unidos junto a la bandera del país: los miraba con aire severo y seguro de sí mismo. El funcionario trajo los cafés y volvió a dejarlos solos.

Andrew sacó un fichero de su maletín de cuero y lo puso sobre la mesa.

—Doy por entendido que te habrás enterado del asesinato de los dos periodistas.

—Claro, la misma célula que perpetró el ataque en la India. Mataron a dos españoles, catorce italianos, diez británicos y...

—Y veinte norteamericanos —replicó soltando un bufido—. Los dos ataques han sido atribuidos y, así lo han confirmado, al grupo de Qasim al-Abadi, del extinto califato islámico.

—Reunir seguidores y crear una red de lobos solitarios requiere una buena dosis de carisma y

ser un buen líder.

—Y por lo que vemos, este Qasim al-Abadi nos lo ha demostrado en la India y en Pakistán — aseveró Andrew. Dejó pasar unos breves instantes en silencio, en los que ambos sorbían el café —. En la actualidad, la sociedad está inmunizada contra las terribles imágenes que muestran los videojuegos y las películas de acción. Por eso se esfuerzan esos desgraciados en sus grabaciones de vídeo. Duraron poco tiempo en las redes antes de que tomáramos medidas y las eliminásemos.

—Eran sobrecogedoras.

—Hasta ahora habíamos pensado que la manera más efectiva de acabar con una organización terrorista era infiltrarse en ella. Pero una persona puede ser capaz de desmantelarla desde fuera.

—Y ese hombre, ¿tiene nombre? —replicó frunciendo el ceño.

—David Ribas —contestó el norteamericano observándole fijamente—. Porque para sentirse vivo necesita experimentar situaciones extremas. No porque David no valore la vida, sino porque no teme a la muerte. Como nos demostró asesinando a Mahmoud Ghaleb en Alemania, él es una persona que no se le pasa por la cabeza que pueda fracasar.

Julián frunció más el ceño mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Encontrar y eliminar al autor de estos asesinatos es una prioridad absoluta para mi organización. De hecho, David Ribas dio con Qasim en Inglaterra y le ha seguido los pasos hasta la India. Es cuestión de tiempo que lo elimine. No veo la necesidad de que tu agencia se involucre.

—Hemos averiguado que los hombres afines a Qasim han estado transportando en la India uranio y detonadores. No tenemos las coordenadas exactas. Pero puedo proporcionarte la localización de la planta donde creemos que están enriqueciendo uranio.

—Se necesitan cientos de centrifugadoras para obtener uranio enriquecido para fabricar una sola bomba nuclear. Necesitarán instalaciones muy grandes.

—Pues así es, amigo mío. Puedo darte la información que poseemos. Indudablemente, esto os ayudaría a cazar a Qasim. Yo no puedo mandar drones ni espías satélites para barrer todo un Estado indio. Generaría todo un problema diplomático entre la India y mi país.

»Los de la Fox News y los de la CNN crearían una tormenta mediática fomentando un escándalo internacional cuyas consecuencias serán perjudiciales para la actual administración en la Casa Blanca. Aparte de que rodaría mi cabeza.

Julián comprendió que se enfrentaban a una bestia, a un enemigo fuera de lo corriente.

—La idea de que una red terrorista posea dióxido de uranio resulta terrorífica —dijo el español—. El polvo de dióxido de uranio solo puede enriquecerse si se dispone de una serie de laboratorios y medios decentes.

—Efectivamente. Seguramente operen en unas instalaciones con nombre falso como tapadera. Tendrán gente entrando y saliendo de una nave industrial. Ese Qasim tiene a personas implicadas esparcidas por todo el mundo: Reino Unido, Pakistán, India... Es improbable que no se produzca una filtración... Es casi imposible que un trabajador no hable o comente algo con un vendedor local de té. Un comentario de lo más inocente..., ya sabes.

—¿Qué estas insinuando? —preguntó el director del Cervantes.

—Que dada la amistad que David Ribas mantiene con Hassena, la jefa del crimen organizado, proporcionándote la información que poseemos, ella puede averiguar a través de sus confidentes la ubicación exacta de esos laboratorios.

—Y hacérselo saber a David Ribas.

—Efectivamente —repuso Andrew.

—¿Y no crees que deberíamos de informar al gobierno indio de esta amenaza nuclear?

—De momento, no. Ni siquiera tenemos una localización exacta. Además, en estos momentos no me fio de los políticos indios. En el proceso se nos filtrarían las comunicaciones acabando en los medios y dañando a mi organización y a mi gobierno.

—Como sucede en todos los países, los políticos con carácter que llegan al poder se ablandan durante el ejercicio de sus funciones.

—Siempre ha sido así. Son débiles por naturaleza. Los políticos, con sus limitaciones, tienen sus carreras limitadas: van y vienen cada cuatro u ocho años, mientras los verdaderos habitantes permanecen.

—Limitadas no. Muchos acaban en el sector privado con puestos más lucrativos. Abren la agenda de contactos a directivos y CEO agradecidos y se abre la veda del espionaje corporativo.

—La verdad es que sí. A precios exorbitados acaban vendiendo al mejor postor las conspiraciones y trapos sucios de los grandes empresarios, plutócratas y oligarcas de todo el mundo. A quien quiere incluso una guerra bien arregladita, y ellos las ofrecen como regalo a sus clientes incluso con un lacito bien atado.

—¿Y si mandases mercenarios?

—La India no es Afganistán ni Irak ni Siria, donde el sistema jurídico es una porquería —dijo Andrew sonriendo.

—Sí, desde luego, a pesar de que por mi experiencia la India es una pesadilla burocrática.

—De ellos no se puede recibir una mísera información de su organización de inteligencia sin que pase por la consulta y consentimiento de una decena de personas de cuatro departamentos distintos.

—A veces resultan exasperantes en el trato, pero responden como es debido. Aun así, puedes mandar a exmiembros de la SEAL, de los Rangers o de vuestra Delta Force, que actúan bajo fondos legales. Antes de que el gobierno indio se pudiese enterar ya estarían fuera del país. Una operación como la que realizasteis en Pakistán, cuando cazasteis a Osama Bin Laden.

—Esos «perros de la guerra» en general no están sometidos a un código de conducta del gobierno americano. Tendríamos que hacer una selección individualizada y eso lleva un tiempo que no tenemos. Aparte de que los mejores están ya contratados por compañías privadas.

»Ahora todos están pendientes de Irán. Las empresas de ejércitos privados de mercenarios utilizados por mi administración tienen los ojos abiertos como platos a la espera de sacar miles de millones de una guerra en un nuevo teatro de operaciones. Además, los que están en Afganistán, Irak..., lejos de casa, tienen la impresión de que lo que les rodea no tiene sentido y es absurdo.

»Ellos, aunque tienen mucho talento, no son las personas adecuadas que necesitamos en esta situación, ya que, digamos, requerimos algo más sutil...

—¿Cómo crees que podemos ganar la guerra contra el terror? —interrumpió Julián.

El americano quedó en silencio un instante, como si quisiera pulir su respuesta.

—Lo que actualmente está ocurriendo es una guerra declarada por el islamismo contra nosotros. Pero los ensimismados personajes que infestan la política no lo quieren ver. Se dedican a alimentar con subvenciones y fomentar las estupideces dilatorias de los llamados pacifistas del *welcome refugees*.

»Mientras tanto, en Europa y América las células terroristas atacan contra nuestros ciudadanos. Y nuestra victoria es decirles a los terroristas que no tienen éxito, que no cambian nuestras vidas, que seguimos viajando, saliendo a la calle a disfrutar de la vida, a dar un paseo, a tomarnos un helado o un café...

—El tiempo apremia —dijo Julián sacudiendo con énfasis la cabeza—. Vamos a acabar con Qasim cuanto antes.

CUARTA PARTE

# NO ES UN BUEN DÍA PARA MORIR

Tras cumplir la misión, Mohid Hamid había abandonado la base de Pakistán. Era una zona montañosa, lejos de cualquier ciudad, aislada, donde se encontraba el centro de operaciones de la célula terrorista en la India.

Bajó del todoterreno. Había una actividad frenética. A pocos metros, varios hombres quemaban papeles en bidones metálicos. Fue directo a un grifo exterior, incrustado en la pared de un pequeño edificio de adobe y ladrillo. Se lavó las manos y la cara, se secó con su largo *kurta* gris y entró.

Caminó por un pasillo mal iluminado. Era opresivo. Se cruzó con varios hombres barbudos como él, entrando y saliendo de habitaciones, portando ordenadores y pantallas: estaban recogiendo todo, haciendo desaparecer la presencia de la célula terrorista en Guyarat.

Llegó a una pequeña habitación fuertemente iluminada por la luz del día. Frente a una ventana, un hombre estaba sentado con las piernas cruzadas sobre una desvencijada esterilla para orar. Sus susurros se mezclaban con el ruido de motores en el exterior y el suave zumbido de insectos en el interior.

Después de esperar de pie, por fin Qasim al-Abadi se volvió hacia él, y extendiendo una mano hacia un lado, le conminó a sentarse.

—*Salam alaikum* —le dijo Mohid observando la inquietante serenidad de su líder, cuyos ojos imperturbables lo desconcertaron.

—*Wa alaikum salam* —respondió pasando una mano por su enmarañada barba. Del bolsillo de su *kurta* sacó un pequeño estuche y se metió en la boca una hoja de betel envuelta en nuez triturada, cardamomo y tabaco—. Hiciste un buen trabajo degollando a esos infieles. La difusión del vídeo fue un éxito.

—¡Alá es grande!

Una sombra de la untuosa sonrisa de Qasim apareció en su rostro.

—La siguiente fase lleva en proceso desde hace tres días. Hoy el gobierno británico ha confirmado que es un ataque terrorista. Esperemos que esto desvíe la atención de nuestra misión final —Qasim le dirigió una penetrante mirada—. Ahora debemos darnos prisa. Nuestro programa se ha adelantado.

Mohid Hamid sintió que se le contraían los músculos, como siempre le ocurría antes de un enfrentamiento físico.

—¿Qué ha pasado?

—Hay gente poderosa tras nosotros.

—¿La CIA? —preguntó impresionado.

—No sé de quién se trata y no vamos a pararnos a averiguarlo. Pero de una cosa sí que podemos estar seguros: lo lamentarán.

Una sonrisa arrugó la cara del exculturista indio, revelando tras su barba unos dientes picados. Levantó una mano carnosa.

—¡Alá es bueno! —repuso con entusiasmo.

Qasim gargajeó y escupió en un pequeño cuenco de latón.

—Procedamos pues.

—¡No hay más Dios que Alá!

En Inglaterra cundió el pánico. El suceso saltó a internet y a las agencias de noticias con el ímpetu de un huracán. En un primer momento se habló de un atentado con ántrax por parte un grupo islámico radical inglés relacionado con el Estado Islámico. Luego, que el material radiactivo no era ántrax, sino polonio. Después hablaron de arsénico.

Cuando se corrió la voz, todos los canales de televisión británicos y extranjeros acamparon a la entrada del edificio Cambridge Assessment DC10 en Hill Farm Road. Los periodistas comenzaron a rondar por las inmediaciones buscando de dónde sacar una fotografía exclusiva sobre lo que los expertos estaban haciendo en el interior.

En aquel edificio perteneciente a la Universidad de Cambridge recibían y despachaban los exámenes acreditativos de inglés a colegios, academias e instituciones de idiomas en todo el mundo. Una vez realizadas las pruebas, estas eran enviadas, debidamente selladas, para su corrección profesional en el Cambridge Assessment.

Los empleados eran tanto británicos como extranjeros, a los que se les exigía una confidencialidad extrema. Si un familiar había solicitado el examen, se tenía que informar a la administración para que el empleado cambiase de departamento, ya que si encontraban algún parentesco se penalizaba al estudiante restándole dos puntos a la nota final o incluso suspendiéndole directamente.

Los exámenes se cuidaban con celo excesivo. La seguridad era muy rigurosa; no se admitían teléfonos móviles en el interior, bajo pena de ser expulsado de inmediato, teniendo que dejarlos en los apropiados casilleros con llave de la entrada.

De este modo se evitaba la fotografía. Bajo el continuo escrutinio de profesionales había cámaras de seguridad en todos los pasillos, habitaciones, salas y almacenes.

Hacía tres días que habían recibido, según estaba programado, quinientos exámenes procedentes de una academia de idiomas de la India. Durante esos días muchísimos empleados de Cambridge Assessment habían tocado directa o indirectamente las hojas; al abrir los paquetes, al moverlos de una mesa a otra, al ponerlos en orden, al auditarlos...

Los que más rápido sufrieron las consecuencias fueron los que comían o masticaban chucherías azucaradas o *snacks* mientras corregían los exámenes, ya que chuparon las yemas de los dedos. También los que no se lavaban las manos con gel desinfectante tras manosear las hojas empapadas por el hasta entonces desconocido producto químico mortífero.

Todo comenzó cuando repentinamente una empleada cayó al suelo con pérdida de conocimiento. Al llegar la ambulancia fue declarada muerta. Mientras, treinta personas caían enfermas y eran trasladadas al hospital.

Al día siguiente fueron muchos los que no se presentaron a trabajar alegando una noche con vómitos, fuertes fiebres y dolores de cabeza. Estos síntomas se agravarían. Comenzaron a contarse los muertos.

El incidente había desconcertado a la sociedad, al mundo de la seguridad antiterrorista y a los medios de comunicación, que no paraban de especular sobre el origen del ataque terrorista.

En las portadas de los periódicos digitales y en *los trending topics* de las redes sociales, sus espacios fueron acaparados por imágenes captadas en el edificio Cambridge Assessment DC10 de expertos con ropa protectora, mascarillas especiales que tapaban toda la cara y pesados guantes y

transportando maletines metálicos.

Avivaron de nuevo el caso del excolaborador del MI6 y exespía ruso, Sergei S. Skripal, envenenado en suelo británico con un agente nervioso llamado *novichok*, de origen soviético. También el atentado con polonio contra el residente en Londres Alexander Litvinenko, opositor de Putin.

«Sondead con bayonetas a Rusia», mencionaba el titular de un periódico amarillo junto a la exuberante fotografía de una mujer rubia con los pechos descubiertos. Los ejemplares circulaban como la pólvora por las estaciones de metro, andenes y cafeterías.

Varios medios clamaban sanciones contra Rusia, como la expulsión de sus diplomáticos. Otros, más sensacionalistas, hablaban del desencadenamiento de una nueva guerra mundial. En televisión, analistas de seguridad hablaban de un nuevo escenario mundial: «En el siglo XXI hemos coqueteado con el neofascismo, y esta es la semilla que hemos sembrado».

Pero las autoridades fueron rápidas en desmentir cualquier implicación de Rusia. *The Times* aseguró en su editorial digital que pudo haber sido realizado por grupos terroristas locales, segundas generaciones de inmigrantes pakistaníes.

Pero por la cantidad de mensajes que circulaban por internet, en las redes sociales nadie se creyó que esos jóvenes papanatas pudieran ser responsables de un atentado tan minucioso y planeado como ese, con la utilización de un agente radioactivo.

Medios de comunicación británicos y de todo el mundo exponían más o menos los mismos titulares en sus ediciones digitales y en papel: «Guerra», «Resurgimiento del Estado Islámico», «Occidente, al borde del abismo».

En las redes sociales fomentaron los chismes conspiranoicos de siempre, como que había sido un ataque terrorista de falsa bandera para justificar en el Reino Unido una guerra contra Irán, apoyado por Estados Unidos, que siempre había deseado una intervención.

Los expertos en la BBC se sumaron a acaloradas discusiones de si se trataba del extinto Estado Islámico, de Hezbolá o de un acto de sabotaje por parte de lobos solitarios con nacionalidad británica, fruto de la radicalización rampante que predominaba en las mezquitas del Reino Unido.

El gobierno británico no quería que se desatase el pánico. Tenían que estar seguros de que no había peligro nuclear ni radiactivo de ningún tipo. Era prácticamente imposible evacuar toda la ciudad de Cambridge.

Por este motivo, el gobierno se mostró receloso a comentar lo que verdaderamente pensaban que había ocurrido, dando públicamente lacónicas respuestas. Ante aquella desabrida actitud los medios intuyeron que ocultaban algo.

Los partidos de la oposición clamaron enérgicamente contra la Administración y finalmente, en una rueda de prensa a espaldas de la archiconocida calle Downing Street número 10, el primer ministro británico salió a la palestra confirmando que había sido un ataque terrorista islámico.

Argumentaba que la seguridad se había impuesto, y que no existía peligro alguno radiactivo. Comentó, mostrándose muy seguro de sí mismo, que el MI5 y el MI6 estaban colaborando con las organizaciones de inteligencia europeas y estadounidenses para realizar una cooperación conjunta y prevenir futuros ataques de este tipo. Así mismo, prometió un castigo ejemplar contra el terrorismo islámico.

Pero la verdad era que, de momento, no se avistaba un final contra el terror.

## 34

Mientras toda la atención mundial la acaparaba el ataque terrorista en el Reino Unido, en el Cervantes estaban trabajando entre dieciocho y veinte horas diarias para evitar un mal mayor.

El pánico ante un inminente atentado terrorista se les había metido hasta el tuétano, almacenándose allí como un grano de polonio, pero nadie iba a permitir que este desquebrajase su confianza en que todo acabaría bien.

Julián Fernández no había esperado un instante y desde la embajada de los Estados Unidos había llamado a David Ribas. Le informó de la zona montañosa a las afueras de Ahmedabad donde los norteamericanos habían detectado vía satélite movimientos extraños y actividades que les llevaban a pensar que era el lugar aproximado donde Qasim y su célula se hallarían. Luego había vuelto al Cervantes para monitorizar la operación.

Estaba plantado frente a un televisor viendo las últimas declaraciones del primer ministro británico.

—Cada vez buscan nuevas formas de atacar —murmuró Julián, cuyo rostro mostraba una tensión desacostumbrada en él.

—Desde luego es algo que no pudimos pensar que pudiera suceder —dijo Goyo.

Laura y Varun se encontraban frente a sus pantallas de ordenador estudiando la orografía del lugar: panorámicas generales, accidentes del terreno e incluso hitos topográficos.

Las enormes pantallas planas emitían imágenes vía satélite. Otras mostraban gráficos. El tiempo acuciaba y todos en el Cervantes eran conscientes de ello.

—¿Y si lanzamos ahora mismo una serie de misiles con nuestro super dron Taranis, aquí y allá? —dijo Varun alargando el brazo hacia una pantalla—. Hacemos puff, puff, a todo ese terreno y luego organizo una campaña mediática por redes sociales de que extraños objetos no identificados cayeron a la Tierra y de la invasión alienígena y meto en el tinglado al Ramayana con el rey dios Rama y el demoníaco rey de Lanka. Los indios acaban creyéndoselo todo. —Alzó la vista y se dio cuenta de que todos le estaban mirando—. Vale, vale. No hablaba en serio.

Julián suspiró.

—No hay nada más terrible en esta profesión que esperar una tragedia y sentirse impotente para poder evitarla.

Goyo asintió. Iba vestido con su uniforme habitual: pantalones oscuros y camisa blanca con las mangas subidas, como en todas las operaciones que monitorizaba desde la sala del Cervantes.

—El grupo de Qasim tiene una planificación muy meticulosa, estudiada desde hace mucho tiempo.

—Justo en las narices de los indios, sin que hayan podido detectarlos —dijo Julián frotándose la mandíbula.

—Porque es una organización con muchos recursos y con mucha influencia —añadió Goyo, más para aliviar la tensión que porque tuviera convencimiento de tal cosa.

Llevaba todo el día conduciendo. En el suelo y en el asiento del copiloto había varias botellas de agua vacías. A medio día realizó una parada en la estación de servicio de un pueblo para llenar el depósito antes de volver a adentrarse en la zona montañosa.

El Tata Safari traqueteaba por una carretera llena de baches, bajo un sol devastador y un calor implacable. Mientras conducía escuchaba desde su teléfono móvil BBC Radio 4, tras ser informado desde el Cervantes por mensaje cifrado del atentado terrorista en Cambridge y las muertes posteriores.

—Maldito seas, Qasim —dijo en voz alta golpeando con fuerza el volante.

Su teléfono emitió el tono de llamada reservado para Hassena y puso el manos libres.

—Adelante, te escucho —contestó David.

—Ya sabemos dónde se encuentran. Hay un pueblo que se llama Nempur. Justo a las afueras hay un lago. Llegando desde Nempur, y bordeando el lago por la derecha, hay una fábrica de especias. Ahí es donde están. Sé prudente. Buena suerte.

David llamó a Julián y le informó de la localización exacta.

—Varios empleados de la Universidad de Cambridge son extranjeros, ¿algún español entre las víctimas del atentado?

—Dos en cuidados intensivos, pero fuera de peligro —contestó Julián en voz baja, soltando un profundo suspiro—. Pero han muerto setenta y siete personas de distintas nacionalidades. Un centenar están hospitalizadas. Los fallecidos son los que más tiempo han estado tocando las hojas de los exámenes, exponiéndose al producto químico en contacto con la piel. Ya va siendo hora de acabar con...

—Que no te quepa duda —replicó David revelando su impaciencia por ahondar de lleno en algo que estaba convencido que iba a realizar.

El camino se allanaba por momentos, salpicado con las ocasionales piedras que había que sortear. Se acercaba a la población.

Conducía por campos flanqueados por esqueletos de proyectos en construcción olvidados por sus promotores. La aldea no parecía más que una aglomeración de casuchas. Un lugar anodino.

En las calles, dispuestas en cuadrícula, no se veía a nadie. Las viviendas estaban deterioradas, la mayoría incluso abandonadas. Era un ambiente moribundo.

Avanzó por el sendero en dirección al lago. La meseta ascendía progresivamente. David entendió muy bien que hubieran instalado en aquellos lugares una base: estaba siendo más pedregoso y arbolado.

Aparcó el vehículo y abrió la guantera en busca de algo que le sirviera como arma. De un estuche de herramientas sacó un destornillador. Subió corriendo la empedrada colina.

Al llegar arriba vio las instalaciones: tiendas de tela de camuflaje, varios edificios de hormigón. En un extremo se extendía una pista de aterrizaje en la que estaban posados dos helicópteros.

Varias personas se estaban despidiendo y se marchaban del lugar en motocicleta y en coches y furgonetas. Los helicópteros estaban dispuestos a partir. En uno de ellos terminaban de cargar una serie de bidones, atándolos en el interior con gruesas correas.

En la sala de operaciones del Cervantes estaban utilizando termografías para detectar puntos de calor a través de las paredes.

Julián llamó a David.

—Están huyendo y van fuertemente armados.

—Sí, ya lo estoy viendo.

—Podríamos enviar uno de nuestros drones y destruir el campamento. Así evitaríamos la

calamidad que arrojaría la sustancia mortífera que poseen. Antes de que las autoridades indias se enteraran ya habrían sobrepasado su campo de radar.

—Eso llevará tiempo, y para entonces ya habrán escapado.

—Entonces haremos el seguimiento de los helicópteros, pero tú no bajas.No hagas nada. ¿Me has oído?

David desconectó, guardándose el móvil en el bolsillo con cremallera. Había decidido tomar parte en la acción.

El problema ahora era que el único armamento que tenía era un destornillador frente a los fusiles del enemigo. Era una clara desventaja. Se tenía que acercar mucho a ellos, no había alternativa.

Descendió la colina. Se aproximó a un edificio. Un hombre con un fusil en bandolera caminaba portando un bidón de gasolina.

Manteniéndose agazapado, David saltó por sorpresa sobre el hombre, clavándole el destornillador. Con un giro rápido y violento, le rompió el cuello.

Otro hombre armado se acercó corriendo. David le dio una patada en la entrepierna al tiempo que arrancaba el destornillador del cuerpo del otro hombre y se lo clavaba entre las costillas. Se desplomó.

Un terrorista apareció, bloqueándole el paso. Levantó su rifle de asalto, pero David se lo arrancó de las manos con sorprendente rapidez, golpeándole en la cara con el cañón.

Otro terrorista hizo aparición, apuntándole directamente con su AK-74. David levantó el rifle y le disparó limpiamente entre los ojos.

Vio a lo lejos a Qasim corriendo hacia uno de los helicópteros al tiempo que hacía aspavientos a sus hombres en dirección a David.

El piloto decidió que era el momento adecuado para expresar a Qasim su preocupación sobre cómo se estaban desarrollado los acontecimientos.

—¿Qué has dicho? —preguntó mirándole con dureza a los ojos.

—Que esta mercancía es altamente peligrosa. Por eso exigimos conocer el destino, además del doble de dinero acordado, o no volamos.

—¡Exigís! ¿Hablas por ti solo o también por el otro piloto?

—Por los dos helicópteros. Y le recuerdo que pertenecen a una compañía privada...

Sin mediar palabra, Qasim sacó su pistola y le disparó a bocajarro en la cabeza, salpicando de sangre el cristal y parte de la consola de mandos. Mohid abrió la puerta y empujó el cadáver del piloto afuera.

—Toma el mando —dijo al copiloto—. Te indicaré el destino cuando nos larguemos de aquí. Y dile al otro piloto que se atenga a las consecuencias.

—Sí, señor.

Un hombre apareció por la espalda de David, pero este se giró a tiempo. Le dio un tremendo golpe en la nariz con el canto de la mano. El hombre cayó de rodillas, aturdido. Acto seguido, le asestó un golpe en la sien con la culata del rifle y se desplomó.

Llegó otro hombre blandiendo una barra de hierro. David se apartó, esquivándolo. Con el cañón del rifle le rompió la clavícula de un golpe. El terrorista se tambaleó y cayó al suelo, inmóvil.

Los rotores de los dos helicópteros se pusieron en marcha. David intentó aproximarse, pero una lluvia de balas lo puso en tierra. La adrenalina corría por sus venas como un río de fuego.

Tumbado en el suelo, vio todo el armamento abandonado por las prisas. Se levantó, cogió un lanzamisiles y tomó cobertura detrás de una furgoneta. Una descarga de balas destrozó el

parabrisas e hizo bambolear con cada impacto al vehículo a la vez que se estremecía violentamente.

El lanzamisiles medía casi dos metros, pesaba algo más de diez kilos y disparaba misiles Stinger. Su empuñadura era como la de una pistola.

Sujetó el lanzamisiles como si fuese un fusil. Tomó posición sobre la agujereada carrocería. Puso la mano derecha en la empuñadura y con la izquierda apuntó a un helicóptero.

Más balas hicieron pedazos los guardabarros delanteros y destrozaron los faros.

Desde uno de los helicópteros, Qasim urgió a Mohid a saltar del aparato e ir a por él. El helicóptero descendió y el terrorista obedeció echando a correr bajo el remolino provocado por la aeronave, hasta que salió de la circunferencia de las aspas. En ese instante el español respiró hondo y apretó el gatillo.

El motor activó el sistema de propulsión. David vio el rastro de humo del combustible del cohete, pero no vio acercarse a Mohid bordeando el terreno.

Cuando el terrorista fue a saltar sobre él, el misil acelerado alcanzó de lleno uno de los helicópteros, produciendo una explosión infernal. El estruendo los tiró al suelo.

El aire se volvió más caliente y tierra y trozos de metralla pasaron volando alrededor de ellos. Un pedazo de una de las arrugadas aspas giratorias del helicóptero impactó contra la furgoneta, aplastando el techo.

Sin embargo, los rotores del otro helicóptero comenzaron a girar más deprisa, produciendo una gran polvareda. Tras ganar altitud, se inclinó ligeramente hacia delante y partió a toda velocidad.

Antes de que David pudiera prevenirlo, Mohid se lanzó sobre él enrollando un cable alrededor de su cuello. La mano del español intentaba detenerlo, pero el musculoso hombre tiraba con más fuerza, jadeando.

David podía sentir su nauseabundo olor a sudor y aliento pestilente; la enmarañada barba grasienta le pinchaba en la nuca además de emanar un olor desagradable. Tenía que actuar enseguida o perdería la conciencia.

Clavó las rodillas en el suelo, movió las caderas hacia un lado, y girándose, le golpeó con el codo derecho en la cara, rompiéndole el tabique nasal. El terrorista se dobló soltando instintivamente el cable. David se giró por completo, le asestó un golpe en el rostro con el canto de la mano al tiempo que le arrebatava el cable y, doblándose sobre su espalda, se lo envolvió alrededor del cuello.

Mohid Hamid, con los ojos hinchados, se movía frenéticamente. David, inclinado hacia delante, apretaba con plena determinación y podía ver la córnea entera de su adversario. El terrorista no dejaba de soltar sonidos guturales hasta que, de repente, sus hombros se hundieron. David mantuvo su fuerza hasta que supo que lo había matado.

Lanzó el cuerpo hacia delante y corrió de vuelta colina arriba, hacia el vehículo Tata Safari.

Arrancó a toda velocidad, llamó al Cervantes y puso el manos libres.

—Han debido de transportar los bidones al lugar donde piensan hacerlos estallar.

—¿Tienes idea de las consecuencias que tiene lo que estás diciendo? —preguntó Julián.

En el Cervantes, las pantallas mostraban fotografías vía satélite del lugar donde se encontraba David.

—Tendremos las imágenes ahora mismo —anunció Varun—. Tres, dos, uno...

Se veía una panorámica general de la fábrica. De repente, en la pantalla principal apareció la imagen del helicóptero volando a poca altura.

—No lo pierdas.

—De acuerdo, *boss*.

—¿*Boss*?

—Quiero decir que eso está hecho —respondió Varun recordando que a Julián Fernández no le gustaba el uso de apodos.

En la sala de operaciones se escuchó la voz de David Ribas.

—¿Qué dirección está tomando? —preguntó esquivando un buey en medio del camino polvoriento y adentrándose en el pueblo abandonado.

—Noroeste —confirmó Julián.

—¿Hacia Bombay? —volvió a preguntar sin quitar la vista de la carretera pedregosa.

—Efectivamente —contestó Varun.

Tras pasar la ciudad de Vadodara, el helicóptero aterrizó en un pueblo llamado Rajbangam.

Desde el Cervantes, donde la atmósfera estaba cargada de nerviosismo, vieron cómo descargaban con absoluta rapidez los bidones sobre el remolque de un camión, y de ahí a la estación de ferrocarril de una localidad vecina llamada Nugpaur, donde estaba estacionado un tren de mercancías.

Varun maximizó la imagen y leyeron el número del ferrocarril: 4010 Bombay Express. Informáticamente, analizó el peso, el volumen y el contenido de la carga; tras obtener la información exacta del contenido de los bidones, todos en el Cervantes consideraron tanto la magnitud del ataque terrorista como las terribles repercusiones.

—Ponme con David —ordenó Julián a Laura—. A estas alturas me considero incapaz de sorprenderme por nada.

David conducía con cautela, consciente de las tortuosas curvas del camino y de las enormes piedras que debía sortear.

La voz de Julián se escuchó en el interior del coche. Al volante, David pegaba brincos en el asiento debido a la poca estabilidad del terreno. Había baches tan profundos que parecían capaces de partir un eje del castigado vehículo.

—El isocianato de metilo es una sustancia altamente tóxica con la que hace años mataron a miles de personas en la ciudad de Bhopal. No vamos a permitir que otra desgracia suceda a manos de unos terroristas islámicos.

En Bhopal, considerada «la Bagdad de la India», en la mañana del 3 de diciembre de 1984, una válvula de alivio de un depósito de almacenamiento de la planta de pesticidas Union Carbide India Ltd. que contenía isocianato de metilo (MIC) produjo un escape al exterior.

La nube tóxica que se formó afectó a la ciudad de Bhopal, de aproximadamente ochocientos mil habitantes. Muchas personas intentaron huir, pero lo hicieron erróneamente, en la dirección de avance de la nube tóxica.

Se estimó que entre seis mil y ocho mil personas murieron en la primera semana tras el escape tóxico, y al menos otras doce mil fallecieron posteriormente como consecuencia directa de la catástrofe, que afectó a más de seiscientos mil personas, ciento cincuenta mil de las cuales sufrieron graves secuelas de por vida.

—Si consigo sabotear el tren, y que los vagones se desenganchen, evitaré que hagan estallar el producto químico antes de que el tren entre en Bombay.

—¿Y por qué motivo en esa ciudad? —meditó Julián Fernández en voz alta frente a las pantallas digitales.

—Qasim se habrá propuesto desestabilizar la región creando el epicentro en Bombay. No creo que haya elegido otra ciudad como Nashik, que está de camino. Ha elegido Bombay para que en toda la nación haya enfrentamientos entre hindúes y musulmanes, y de este modo la acción terrorista tenga repercusión internacional.

—Hemos estudiado esos bidones y son a prueba de balas. Así pues, aunque el tren se

descarrile o caigan a una velocidad excesiva, no se producirá un derrame. En teoría no se rompen, aunque caigan de un avión.

—Deberá tener explosivos a mano para hacerlos estallar.

—Eso creo yo. En Bhopal se liberaron más de cuarenta mil toneladas. En ese tren no hay tal cantidad, sino muchísimo menos, ya que destrozaste el otro helicóptero cuyos bidones se han quedado allí, pero sí la necesaria para causar una catástrofe. Buena suerte. Estamos muy pendientes de ti.

Lo sucedido en Bhopal fue considerado como el peor desastre ambiental de la historia. El primer efecto fue una gran picazón en los ojos, seguida de mucha tos. Nadie podía adivinar qué era lo que estaba sucediendo. De inmediato sucumbieron centenares de perros, vacas y búfalos.

En cuanto a las personas, los primeros en morir fueron los habitantes más frágiles: ancianos, inválidos y niños. Se produjeron estampidas de gente desesperada, quienes morían instantáneamente por asfixia. Con las manos extendidas, suplicando piedad, las personas caían fulminadas al suelo y sus cuerpos eran disecados, demacrados, los dedos quedaban como sarmientos y las cuencas de los ojos, vacías.

Las calles de la ciudad de Bhopal quedaron alfombradas de cuerpos sin vida. Los que no llegaron a morir sufrieron mutilaciones, pérdidas de la vista, problemas en los sistemas nervioso y respiratorio y un sinfín de secuelas.

—Hackea la Estación Terminal Chhatrapati Shivaji —dijo Julián a Varun—. Que se vaya retrasando la llegada de trenes. Y cambia los horarios de salidas en la página web de los ferrocarriles indios.

—A los pasajeros les mandan un SMS sobre la información de sus trenes —dijo Varun—. Obtendré los números de teléfonos móviles de los pasajeros y mandaré un mensaje a todos.

—Hazlo inmediatamente —ordenó Julián—. Nuestro propósito es evitar el mayor número de personas en esa abarrotada y ruidosa estación.

La Estación Terminal Chhatrapati Shivaji, construida en estilo indo-sarraceno para conmemorar el Jubileo de Oro de la Reina Victoria, fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Bautizada en 1887 como Estación Victoria, en la actualidad es una de las estaciones de ferrocarril más concurridas en la India.

El maquinista mantenía una velocidad constante hasta llegar a un puente. Tras cruzarlo, tuvo que aminorar de nuevo durante un largo trayecto debido a que tenían que atravesar una zona llena de curvas.

Tras pasar por un barranco de paredes de roca y después por una llanura pedregosa, David consiguió ganar distancia. Olió a fertilizante en el aire, quizá porque tenía los sentidos aguzados. «El miedo causa este fenómeno», pensó.

En el campo de cultivo que atravesaba, los agricultores lo habían utilizado rociando la cosecha con productos químicos.

Al aproximarse pudo escuchar los chirridos metálicos de los bidones de metal. Por un instante bajó la mirada y vio que el depósito de su automóvil estaba casi vacío; circulaba con la reserva.

## 36

El tren se aproximaba a Bombay. Desde lejos se podían divisar los edificios. Los terroristas islamistas pretendían desestabilizar la región, crear el caos.

David sabía muy bien del pasado tenebroso de la India con respecto a las luchas entre distintas religiones. Tras lograr la independencia de los británicos en 1947, surgieron terroríficas matanzas entre musulmanes e hindúes. Ahora David Ribas se encontraba allí para impedir otro horror de igual magnitud. Tenía que hacer descarrilar el tren cuanto antes.

Se aproximaba a un paso a nivel. Desde lejos vio cómo la barrera se bajaba. Un pequeño vehículo Maruti 800 de color blanco llegó y quedó junto al Tata Safari a la espera de que se abriera la barrera. El tren pasó a gran velocidad.

David no se lo pensó dos veces. En el momento en que sonó el distintivo sonido de la apertura de la barrera, salió del vehículo, abrió la puerta del Maruti, sacó al conductor y se puso al volante. Pisó el acelerador al tiempo que desembragaba. El vehículo se dirigió hacia delante con una violenta sacudida, cruzando las vías férreas y adentrándose en la carretera.

Echó un vistazo rápido a la pantalla de su móvil con sistemas y prestaciones especiales. Desde el Cervantes Varun le transmitía la ruta exacta para poder alcanzar el tren.

—Tienes que llegar al punto que te señalo en rojo, donde cambian las vías —le oyó decir—. Es la única forma de hacer descarrilar el tren.

—Descuida —gritó David paseando la vista entre la carretera y el teléfono móvil, entre el continuo traqueteo al sobrepasar los numerosos baches.

Tomó una curva cerrada demasiado rápido y a poco estuvo de volcar si no hubiese dado un volantazo en el último momento. El coche patinó varios metros y de nuevo volvió a tomar el control. Estaba ganando terreno. Los cambios de marcha protestaban por el trato violento. El español no hizo caso y se concentró en mantener la velocidad.

La función de las máquinas es cumplir el propósito que les había dado su fabricación: motores eléctricos, cadenas de montaje, bombas hidráulicas... Qasim era conocedor de todo el engranaje de la construcción de una locomotora moderna.

Junto con el maquinista, puso la vista más allá de las vías. Tenía ya ganas de vislumbrar la principal estación de tren de Bombay. Quería cumplir su cometido. La inminencia de la muerte le extasiaba.

El maquinista parecía nervioso. Qasim le había prometido que ni sería despedido ni detenido por las autoridades. El pago de seiscientos mil rupias le había convencido. Ingenuamente pensaba que los bidones que transportaba eran de carácter inofensivo, y aunque no lo fueran, él se lavaba las manos.

Lo importante había sido cobrar con antelación la primera mitad del dinero y esperar a llegar a su destino para cobrar la otra mitad.

—¿Cuándo llegaremos? Parece que vamos lentos.

—Vamos a la velocidad máxima que nos podemos permitir. De hecho, debo reducir a partir de ahora, ya que no tengo permitido cruzar la próxima estación a la velocidad que vamos.

—Debemos mantenernos así —dijo alzando la voz.

—No podemos hacerlo —replicó lanzando una exclamación ahogada—. No está permitido...

Antes de que el maquinista pudiese seguir hablando, Qasim le disparó en la cabeza. Abrió la puerta corrediza y arrojó el cuerpo al exterior. El tren continuaba su mortífera carrera.

Qasim calculaba mentalmente la velocidad y los ángulos. A la velocidad a la que iban, la locomotora se aplastaría al chocar con el primer tren estacionado, produciendo una explosión y, consecuentemente, los bidones estallarían destrozando por completo la Estación Victoria.

David condujo lo más deprisa posible sobre la superficie irregular del terreno. Se sorprendió de que el vehículo aguantase tanto castigo, pero por eso el Maruti 800 había sido un éxito en la India desde el primer año de su salida al mercado.

Llegó al punto exacto que le había dicho Varun. Puso el Maruti en medio de las vías. A penas manteniendo el control del pequeño automóvil, pisó con fuerza los frenos, patinando entre la gravilla y las vías de acero. El coche paró envuelto en una polvareda. Salió corriendo del vehículo y empujó con fuerza la palanca clavada en los cambios de vías.

Corrió hacia el campo y acto seguido la locomotora apareció a toda velocidad. Las ruedas delanteras se salieron tras impactar con el Maruti 800 y salirse de la vía. Con un tremendo estruendo, la locomotora y los vagones descarrilaron.

Durante unos metros la locomotora, arrastrando los vagones, continuó arremetiendo sobre la tierra blanda de cultivo, levantando arena, piedras y polvo por derredor. Por fin, entre crujidos y chirridos, dejó de arrastrarse.

Tumbado sobre la tierra, lleno de polvo, David reconoció el estampido de una explosión: la detonación de una granada. Se levantó. Se sacudió la ropa y se acercó hacia el amasijo de hierros.

En el aire flotaban todavía astillas, humo untuoso muy oscuro y mucho polvo, fragmentos de destrucción.

Desde la distancia vio la figura de un hombre, Qasim al-Abadi. En su desesperanza había lanzado a lo lejos una granada con el fin de hacer explotar algún bidón que desprendiera las sustancias peligrosas. Pero los bidones habían salido despedidos y cada uno se encontraba separado de los demás a gran distancia.

David se aproximó, abriéndose paso entre el polvo que inundaba el lugar. Pudo ver cómo la explosión de la granada había destrozado la vía dejando un profundo agujero. Junto a él, la enorme locomotora echaba aún humo de sus motores.

Caminó en paralelo a las vías, atento a la aparición del terrorista. Los conductos de ventilación, las ruedas del tren, válvulas, planchas de hierro, todo estaba destrozado y producía ruidos, gases, chasquidos y silbidos, como si fuera el cuerpo moribundo de un gigante vencido.

—¿Quién eres?

David se sobresaltó y se dio la vuelta. Un hombre avanzaba tambaleante ante él. La rabia afloraba en sus ojos con toda la fuerza. Cojeaba visiblemente. El muslo de su pierna derecha estaba destrozado y manaba sangre en abundancia. La herida era bastante grave.

En su mano derecha llevaba una poderosa granada, cargada de mortífera metralla de cobre, y sobre un hombro una pesada mochila. David dedujo que estaría cargada de explosivos.

—Tu verdugo —contestó David desafiante.

Qasim se paró a escasos metros. Ahora observaba al español con sus ojos insondables. Sonrió fríamente, con la mirada fija puesta en él. Por unos segundos guardó silencio. Tocó el costado de un vagón abollado como si fuera un padre acariciando a su hijo pequeño.

Entre ellos el aire se había vuelto espeso debido a los gases que expulsaba la locomotora.

—Te felicito por haber impedido miles de muertos. No sé de dónde eres ni de qué país

provienes, pero ten por seguro que aunque hayas ganado esta batalla, nuestra guerra no está perdida. Vendrán más después de mí.

—Los estaré esperando.

Qasim soltó una carcajada y acto seguido apretó la boca, como reteniendo una ira descontrolada.

—Eres un infiel necio, ignorante, estúpido.

—¿Has acabado?

—No, aún no.

Qasim quitó con sorprendente rapidez el seguro del explosivo que sostenía en la mano e hizo amago de lanzárselo al grito de *¡Alah Akbar!*, Dios es grande.

—Y yo también soy grande —dijo David un instante antes de pegarle un tiro en la cabeza.

La granada cayó al suelo al mismo tiempo que el cuerpo de Qasim.

David saltó hacia el otro lado de la vía, donde los vagones descarrillados le protegieron de la deflagración, levantando piedras y más polvo.

Se levantó y dio la vuelta a los vagones. El cuerpo del terrorista estaba destrozado. La cabeza la tenía reventada, así como el torso.

Del ancho bolsillo de su pechera David sacó su teléfono móvil. Limpió la pantalla y abrió una aplicación dándole un vínculo de prioridad con la organización secreta de inteligencia española.

Se inclinó al brazo menos dañado y apretó el pulgar y el índice del terrorista contra la parte central de la pantalla. Acto seguido envió la imagen obtenida al Cervantes.

David se puso en camino.

En el Cervantes hubo un suspiro de alivio colectivo. El ambiente tenso y dramático había llegado a su fin.

—¡Enhorabuena! —gritó Laura a todos los presentes.

Varun saltó de su asiento, abrazó a Goyo y se puso a bailar con aspavientos al aire.

—Puede que al fin y al cabo haya justicia en este mundo —prorrumpió Julián abrazando a Laura con fuerza. Sentenciando implacablemente, dijo en voz alta a todos los presentes—: Ya no tengo esa odiosa espina clavada. Al final ese maníaco islamista recibió lo que se merecía ante la impunidad en la que ha vivido hasta ahora por gobiernos y sus políticos.

»Pero aunque nuestra lucha es larga, hoy las almas de nuestros compañeros caídos en Irak pueden descansar.

Hubo abrazos, sonrisas y estrechamiento de manos.

Pronto se haría de noche. David Ribas se encontraba en un restaurante chino llamado Indian Dragon. En el interior y en la calle reinaba un tumulto de olores, ruidos y griteríos en distintas lenguas. Era una zona de Bombay congestionada, conocida por su comida callejera.

Los vendedores ofrecían de todo, desde té masala hasta tabaco de mascar, e incluso en el interior de los edificios artesanos continuaban los explotados trabajadores en sus labores de productos alfareros y textiles.

La noche en las calles de Bombay estaban iluminadas por la cercanía del festival de Diwali. Cables con sus pequeñas bombillas decoraban los edificios y las casas. Era todo un espectáculo multicolor parpadeante.

En un viejo televisor de pantalla ondulada emitían la retransmisión de un partido de críquet que parecía no tener fin. Desde que vivía en la India el español no captaba las sutilezas de aquel deporte nacional, como tampoco toleraba la duración de un partido, que podía prolongarse varios días.

Un brillante jugador bateó de tal forma que hizo que varios comensales se levantaran de sus asientos entusiasmados con los brazos al aire.

Cuando terminó de comer llamó con un gesto de cabeza al regente, que era a la vez camarero del local e incluso cocinero.

Se llamaba Drupadh y era nepalí. Al notar la señal dejó el airado chisporroteo de un enorme *wok* de hierro colocado sobre una llama desnuda. Siempre iba con su *dhoti* atado alrededor de la cintura y una camisa de tirantes sucia y raída.

Dio la vuelta al mostrador y se dirigió al español con un pequeño platito de metal, portando *saunf* (semillas de hinojo) para mejorar la digestión y evitar el mal aliento. Nunca le cobraba, ya que él mismo era un empleado de Hassena, un confidente.

Cuando David vio que bajo el puñado de semillas había un papel en blanco semejante a una factura, supo que le estaba alertando de un peligro. Levantó la cabeza y miró fijamente al nepalí que estaba de vuelta tras el mostrador, que le hizo un gesto con los ojos hacia la derecha.

David observó el exterior y pudo identificar al otro lado de la calle a un hombre sentado sobre una moto Honda. Su rostro era vulpino, triangular. Su cuerpo era ancho, musculado. Nada bueno auguraba su presencia.

Conocía muy bien la disposición del local, como la de todos los lugares que frecuentaba. Después de meterse en la boca un pequeño puñado de semillas, se levantó y se dirigió a la puerta trasera.

El desconocido se percató de que David se había levantado, pero también de que no había salido del local. Bajó de la moto y fue a dar la vuelta al edificio.

Le habían advertido de que David Ribas era un objetivo muy bien entrenado. El mejor modo de matarlo, le dijeron, era con la mayor eficacia posible y absoluta rapidez, sin darle ocasión de contraatacar.

Mientras caminaba, el sicario puso el silenciador en el extremo del cañón de su pistola.

Quería matarlo con el mayor sigilo posible. Fue a doblar la esquina posterior del edificio cuando en ese momento el español apareció con el paso acelerado, dándole un golpe en el antebrazo y otro en el plexo solar que lo desplazó hacia atrás. La pistola cayó al suelo.

El hombre se enderezó, calculando la distancia y los ángulos como un profesional, y le lanzó un puño. Era una finta. Adoptando la postura clásica de un boxeador, David se había anticipado: con su izquierda bloqueó el golpe al tiempo que le asestaba un potente puñetazo en un riñón.

Con ojos llenos de ira, su contrincante lanzó una inesperada patada, cayendo David al suelo junto a la pistola. Antes de que tuviera tiempo de agarrar el arma, el sicario se giró y salió corriendo. David se levantó con rapidez, tiró la pistola al interior de un bidón oxidado y salió en su persecución.

Él arrancó con rapidez su motocicleta y David hizo lo mismo con su Enfield Bullet, adentrándose en el tráfico.

Entraron en un pequeño callejón lleno de botellas vacías de cerveza, vasos de plástico y de alcohol local. Allí bebían los alcohólicos de Bombay a escondidas de los ojos de los transeúntes. Esquivaban cubos de basura y borrachos comatosos, pero no eran los únicos, porque al girar bruscamente hacia la izquierda el sicario se encontró la calle repleta de perros callejeros y de basura.

Varios perros corrieron tras él y otros aullaron al paso estruendoso de la Enfield de David, que se echó hacia atrás al tiempo que revolucionaba el motor. El sicario levantó el morro de su motocicleta y se abalanzó por la boca del callejón. Un perro estuvo a punto de morderle la pierna, pero pudo virar la moto con rapidez.

En su persecución, David logró esquivar de un bandazo a un viejo Ambassador Classic, pero al hacerlo golpeó un *autoricksaw*, al que dejó una profunda abolladura. El conductor, con una voz ronca, salió del vehículo gritándole obscenidades. David aceleró con brusquedad, enfilando a toda velocidad hacia la próxima carretera principal.

Un conductor de autobús lleno de pasajeros se asustó al ver que la moto se dirigía directamente hacia él, lo que le obligó a dar un volantazo al tiempo que pisaba el freno y cambiaba la marcha.

David aprovechó para virar bruscamente hacia la izquierda y enfilarse hacia una calle repleta de basura. A poco estuvo de atropellar a una de las muchas vacas que el gobierno de Bombay permite que deambulen por las calles.

El sicario pasó a gran velocidad por las cercanías de un templo. «Mala elección», pensó el español detrás de él; se conocía las laberínticas calles de Bombay como la palma de su mano.

Un grupo de mujeres portaban ofrendas de frutas sobre sus cabezas; otras, guirnaldas de color naranja y bolsas con flores amarillas. Según sus creencias, era una hora propicia para pedir favores a los dioses. Asustadas por la velocidad de las motocicletas, dieron un respingo hacia un lado de la carretera.

Alertada por el ruido y aquellos movimientos descontrolados, una vaca sacudió su cornamenta y a punto estuvo de golpear la motocicleta del sicario al pasar junto a ella. David aprovechó para virar en sentido contrario y esquivarla, dejándola atrás.

Un camión con el remolque lleno de sacos apareció cruzando la avenida. El golpe hubiera sido mortal si la moto no hubiera caído al asfalto entre una lluvia de chispas, deslizándose entre los ejes del camión. Al salir por el otro lado, David se enderezó aprovechando su peso y la inercia y arrancando de nuevo el motor.

Tras diez minutos de estremecedora persecución, entre furiosos bocinazos y chirridos de neumáticos, el sicario se dio cuenta de que el español le ganaba terreno y era cuestión de tiempo

que le alcanzase. Sacó su pistola. David estaba siendo un blanco perfecto cada vez que se aproximaba.

Debía tener cuidado, pues el menor error de cálculo erraría el tiro y quizá no podría tener otra oportunidad tan clara. Con la mano derecha asiendo fuertemente el manillar, fue a girar la cintura y apuntar a su perseguidor cuando dos seguidores de Hare Krishna se interpusieron en medio de la calzada.

Quiso guardar la pistola para poder maniobrar con las dos manos, pero el arma cayó al asfalto. Al intentar mantener el control, la motocicleta dio unos giros violentos y el conductor cayó al suelo.

El sicario se levantó respirando agitadamente y salió corriendo.

Con el corazón retumbándole en el pecho, David frenó, dejó la moto y salió en su persecución. Ambos sortearon el tráfico para llegar a la otra parte de la carretera. Jugaron a la ruleta rusa con dos *autoricksaws* que circulaban a gran velocidad. Los conductores y sus pasajeros les increparon.

Poco o nada conocedor de Bombay, el sicario se internó en un callejón sin salida. Se giró y sacó un cuchillo con una hoja larga y delgada.

David llegó corriendo. A escasos metros optó por una posición defensiva, pero listo para el ataque. La aviesa punta trazaba en el aire un amplio semicírculo hacia arriba y hacia fuera.

Rápidamente el español clavó sus puños justo debajo de su caja torácica. El tremendo dolor al sentir que una de sus costillas cedía le hizo gruñir. Pero sin perder un instante, el asesino le sorprendió moviendo el cuchillo en la mano que había bajado a la altura de la pierna izquierda para levantarla con gran rapidez y clavar la hoja en el costado de David.

El español jadeó casi de manera inaudible. El asesino comenzó a moverse alrededor de él, esperando el momento para asestarle de nuevo otra cuchillada; era consciente de que la herida en su costado comenzaría a debilitar gravemente sus fuerzas.

El corazón le golpeaba en el pecho mientras se movía evitando los envistes de la afilada hoja del cuchillo. Sabedor de la situación en la que se encontraba y de que pronto caería preso de su debilidad, decidió atacar.

En un momento en que el sicario alargó el brazo con el arma, David agarró la empuñadura, le partió la muñeca, y moviendo el cuchillo en sentido inverso, lo hundió en pleno pecho del asesino, atravesándole la carne entre las costillas y ensartándole el corazón. Abrió los ojos como platos por el momentáneo desconcierto.

Como profesional que era, retuvo el control de sí mismo: su instinto de supervivencia era extremo. El hombre se incorporó y agarró del cuello a David. Pero este con las palmas de las manos golpeó una y dos veces los oídos de su adversario. Fue tan brutal la presión que ejerció que le perforó los tímpanos y cayó de golpe al suelo.

Sentado sobre el asfalto, le sonrió malévolamente. Iba a morir y lo sabía. David le agarró de la solapa.

—¿Quién te contrató? ¿Para quién trabajas?

Un líquido espumoso surgió de su boca. David lo soltó. Con fuertes espasmos cayó de espaldas al suelo, y tras un instante revolviéndose, quedó quieto.

David se incorporó jadeando. Dio unos pasos, tambaleándose como un boxeador que ha sufrido durante demasiados asaltos a un contrincante superior. Hizo largas, profundas y controladas inspiraciones para calmar su dolor. Se dio cuenta de que la herida era profunda. Estaba sangrando a borbotones.

Sintió que las fuerzas le abandonaban. Debía moverse por sitios oscuros para evitar ser visto

y que diesen la alarma. Un dolor ardiente palpitaba en su costado, y cada vez que su corazón palpitaba, sentía que perdía más sangre.

Salió del callejón y se adentró en una zona residencial poco transitada.

Intentó recobrar la calma y situarse en el lugar exacto en el que se encontraba. Conocía bien Bombay. Tenía que permanecer en movimiento, despierto. Su objetivo era llegar a una farmacia situada a pocos metros de distancia, en el mercado Block-C.

Cada vez le costaba más mantenerse en pie. A lo lejos se oía el crepitar del tráfico. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Intentaba no caer. Un grupo de gente se aproximó. Se escondió en las sombras de un edificio.

Respiraba trabajosamente, de vez en cuando sentía que perdía el equilibrio, pero de nuevo se erguía. No debía permitir caer inconsciente y caer en manos de las autoridades. Cuando el grupo pasó por delante, continuó. Para entonces la luz del día ya se había diluido completamente en el crepúsculo y este había sido víctima de la noche.

La herida de cuchillo que tenía en el costado seguía sangrando y sentía que no podría aguantar así mucho más tiempo. Marcó el número de emergencia de Hassena. Tan solo tenía que recibir esa llamada y el mecanismo de rescate se efectuaría enviando a su ubicación un equipo bien preparado.

Llegó al desértico mercado, poco iluminado. Era una serie de edificios construidos en semicírculo.

A los lados estaban adosadas las casetas de tiendas de alimentación de todo tipo de productos. Había dos peluquerías y una farmacia. En medio del semicírculo había una plaza en la que durante el día los clientes aparcaban y que era zona de carga y descarga. Por la noche era un lugar solitario.

Pasó por delante del vertedero de basura del mercado, que hacía esquina. El olor era nauseabundo. El suelo estaba sembrado de basura y el olor a orina y comida podrida era sobrecogedor. En ese momento le costaba sacar y meter aire de sus pulmones.

Sobre los restos de toneladas de comida y miles de bolsas de plástico estaba agrupado el siniestro ejército de frenéticas ratas, dándose un festín. Una sensación de vértigo se apoderó de él y cayó al suelo.

Una ávida y escurridiza rata se aproximó a su rostro. Sería la primera y pronto estaría rodeado de ellas. Su experiencia le decía que o se levantaba en ese mismo instante o acabaría devorado por la furia de los roedores. No sería la primera víctima que las ratas de Bombay se comían o mutilaban.

Se hizo noche cerrada conforme se adentró en el mercado con sus andares torpes. Hojas de periódicos volaban impulsadas por el ligero viento de la noche. Unas farolas proyectaban una luz enfermiza y amarilla.

Sudando, y con el corazón latiéndole con fuerza, pensó que estaba tardando una eternidad en atravesar la pequeña plaza del mercado.

Desde la oscuridad de un rincón, unos perros aullaron en la distancia y se acercaron a la zona iluminada que el español se apresuraba a cruzar. Sus demacrados cuerpos parecían cimitarras. Por las noches eran conocidos por cometer atrocidades contra personas que se aventuraban a caminar en la oscuridad. Reducían los cuerpos a jirones, hasta que a la mañana siguiente los servicios municipales retiraban el cadáver.

Al sentir la débil presencia de David, correataron en círculos olisqueando la sangre derramada. Él se quedó quieto; un escalofrío recorrió su espina dorsal.

Uno de ellos se acercó con su negro hocico alzado, percibiendo el olor ferroso de la sangre.

Enseguida enseñó los dientes, aproximándose con la intención de atacarle. David, pálido, con el sudor corriendo por su frente, se inclinó ligeramente, alargando su mano hacia el morro del animal para que le oliese.

El perro pareció calmarse. Creyó entender que el hombre estaba combatiendo su miedo. No era una posible víctima para sus encarnizadas fierezas ni una amenaza, sino un amigo. David le acarició su flanco. El perro le lamió la mano y los demás volvieron a internarse en la oscuridad.

Con el animal pegado a su lado, siguió caminando por el desierto del mercado lleno de escombros y restos de basura por todas partes.

Llegó a un pasillo oscuro. Las paredes se estaban desconchando y había por el suelo cajas de cartón vacías de marcas de productos alimenticios. Un viejo reloj Ajanta de pared marcaba el paso de los segundos ruidosamente. «¿O es mi corazón, que está a punto de reventar?», pensó.

Sentía que los pies se mantenían sobre suelo sólido, pero de repente comenzó a perder equilibrio. Sintió una punzada de dolor más intensa y se desplomó contra la áspera verja metálica de una tienda; poco a poco, respirando con dificultad, se fue acuclillando hasta sentarse en el frío suelo de cemento. El perro se acercó lentamente a olerlo, moviendo la cola, y le lamió el rostro.

Cerró los ojos un momento. Su cuerpo estaba empapado en sudor frío y se sentía como si estuviese en un sueño. Se retrotrajo a la época en que perdió a Cristina. Su mala conciencia por la muerte de su esposa era inmensa.

Gurú le había aconsejado muchas veces que concentrara sus energías y su mente en el presente. Sus palabras le vinieron a la mente: «Puedes adaptarte y superarlo, o por el contrario, rendirte, siendo consumido y morir, consecuentemente».

Como una reacción en cadena, pensó en el pasado queriendo ver cómo se habían entrelazado todos los acontecimientos vividos en la India desde su llegada, cómo uno había llevado inexorablemente a otro y de este modo había acabado moribundo en aquel oscuro y solitario mercado.

Pensó en Cristina. Las lágrimas que durante tanto tiempo se resistían a salir finalmente afloraron, corriendo por sus mejillas. Hacía mucho tiempo que no lloraba. Alguien dijo que los intentos por poder controlar la vida terminan en lágrimas. ¿Por qué lloraba?

Había tratado la muerte antes. Lloraba por ella, pero también por la situación en la que había acabado, sin familiares ni antiguos amigos de España, por él mismo, porque en cierto modo se sentía más solo que nunca.

El mundo parecía infinito y vacío. Sintió una aterradora sensación de que iba a morir. Pensó en utilizar las enseñanzas aprendidas por Guru en el Akhara. David era plenamente consciente de que, si controlaba su mente y su respiración, podía sobrevivir durante horas.

Por un instante quiso sentir que la vida había brotado del suelo, pero enseguida le hizo recordar que para él había muerto junto a su esposa embarazada hacía ya tiempo. Continuó escrutando el recuerdo.

¿Y si fuese mejor acabar su vida de una vez? ¿No había sufrido psicológicamente ya bastante desde la pérdida de Cristina?

Pensó en qué había estado haciendo consigo mismo durante todo el tiempo vivido en la India. Su vida había sido conflicto, ansiedad y tensión. En ese momento se sintió capaz de mirar en su interior. Un remolino de emociones y recuerdos se habían escapado de su férreo control.

¿No sería el momento de pensar en volver a España, reunirse con sus familiares y disfrutar de la vida en un pueblo cerca del Mediterráneo, como antes soñaba hacer junto con Cristina? Observando a los invitados, conversando en alegre sintonía mientras picoteaban los aperitivos y bebían cerveza en el jardín, ella le decía: «¿Qué serías sin la amistad de tus amigos?».

Tomó una bocanada de aire, luego otra. Sus pensamientos giraban frenéticamente. Las imágenes y los sonidos de las voces de familiares y amigos celebrando su cumpleaños se disolvieron, se difuminaron hasta volverse borrosas.

Las palabras de Gurú ahora brotaban en sus oídos: «Sin responsabilidades, el luchador va a la deriva y pierde el envite. No permitas vivir en un mundo de sombras».

Las náuseas y el mareo comenzaron a remitir. De repente se sentía como si hubiera sido expuesto a una ordalía de fuego.

Cerró los ojos. Echó la cabeza hacia atrás, contra la pared, y recordó las palabras de la persona que le dio una segunda vida, Hassena: «En la vida nada es fácil. Coge las cartas que te han tocado y juégalas con sutileza. Recrea a partir de ahora tu propia historia. Adopta una identidad completamente nueva. Sí, tiene sus riesgos: nada de familia, nada de amigos. Pero te prometo que conseguirás: uno, perdurar en el recuerdo de tu esposa; dos, venganza. Así pues, deja ahora mismo de gastar tu valioso tiempo y energías en lamentaciones. Es ahora tu momento. Agarra la vida».

Inspiró y espiró lentamente. Escuchó de nuevo la voz aguda de Gurú: «Tu vida jamás cobrará sentido si no haces las paces con tu pasado. Solo tienes esta opción para honrar a tu mujer y a aquel hijo que pudiste tener. Así obtendrás una felicidad plena».

Una campana de un templo hindú se escuchó a lo lejos.

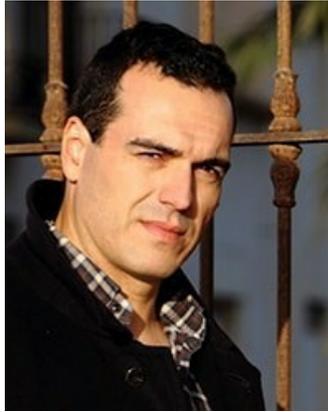
«Aquel hijo que pudiste tener... Aquel hijo que pudiste tener...», las palabras retumbaban como un eco en su mente.

«¡Basta ya!», se reprendió para poder concentrarse en sobrevivir. En aquellos momentos David Ribas estaba demasiado enfadado para morir. La ira le corroía como un ácido.

Había demasiada ira, demasiada sangre derramada desde su llegada a Bombay, demasiada ya, pero mucha más se derramaría. Sintió que su fuerza mental y física regresaba.

El perro comenzó a retozar a su lado.

## Sobre el autor



Braganza es autor de la novela histórica *Amrita: la apasionante historia de la Frida Kahlo de India* (Suma de Letras-México), *La princesa Noor* (Ediciones B-México); *thriller* ambientado en la Segunda Guerra Mundial con prólogo del célebre periodista y escritor César Vidal, y de las novelas *Nadia sin miedo*, *Ganga bruta*, *Niño*, *Tigre y Soldado*, y *Matar a Dawood*. Acreedor de premios internacionales por su faceta de guionista, productor y director cinematográfico, ha viajado por diferentes países y trabajado en diversos campos. Durante muchos años ha vivido en la India. Actualmente prepara su siguiente novela.

## Sígueme en mis redes sociales



Alfredo de Braganza



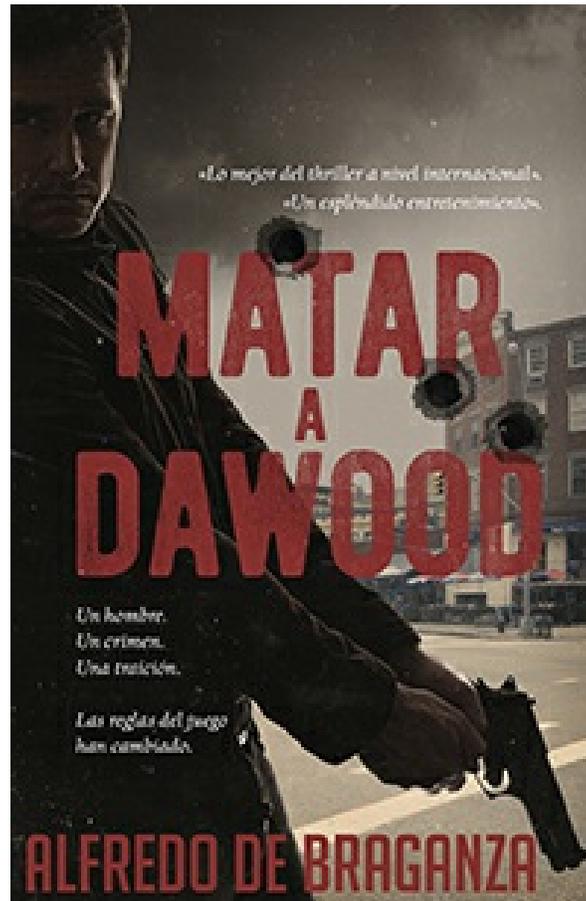
@alfredodebraganza



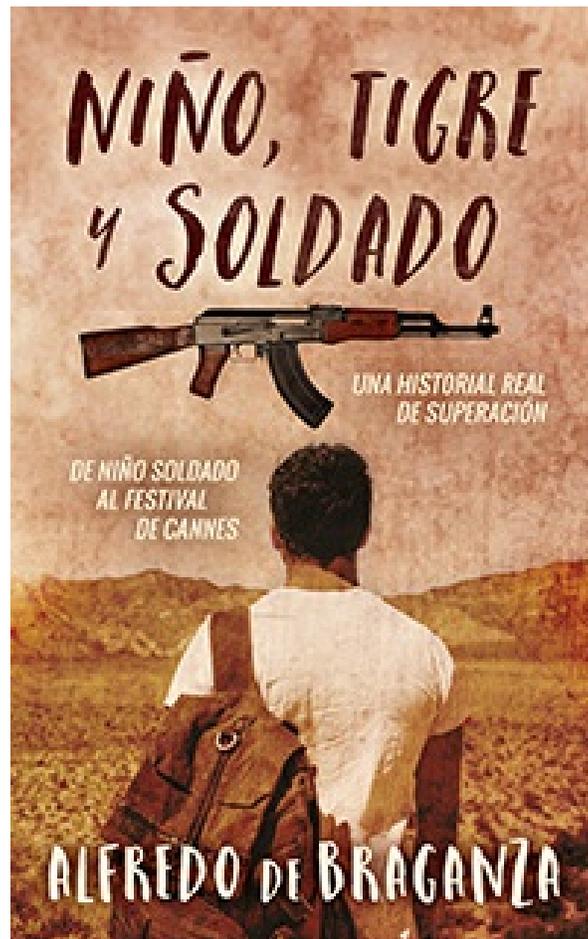
alfredodebraganza.com

## Otras obras del autor

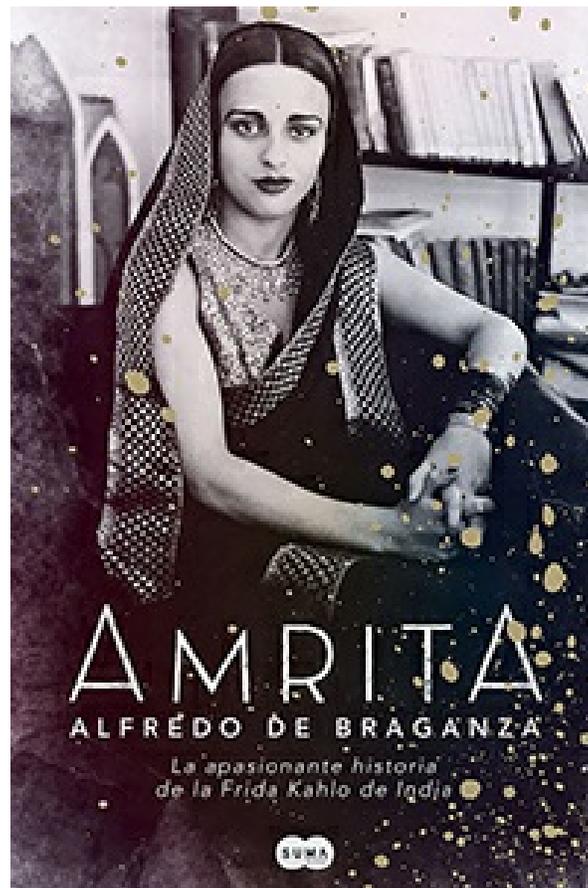
### MATAR A DAWOOD



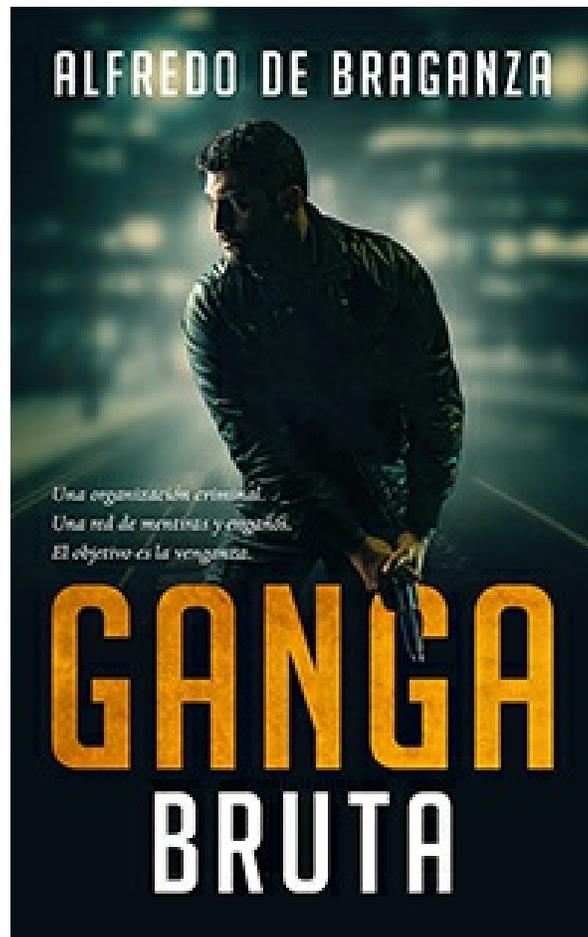
NIÑO, TIGRE Y SOLDADO



AMRITA



GANGA BRUTA: EL IMPERIO DEL CRIMEN



## NADIA SIN MIEDO



LA PRINCESA NOOR

